

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

1º DE AGOSTO DE 1898

Nº 159

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA CACIONERA — Por D. Maelse

A CRISTOBAL COLON

Venient annis sæcula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbis
Nec sit terris ultima Thule.

(SENECA, *Medea*.)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremente quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza llevando de Castilla
La veneranda enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba?

¿No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,
¿No ves cómo á deshora
Del Norte amigo y firme se desvía,
Y á Dios y á la ventura el leño fia?

Y el piélagos elevado
¿No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cuál su furia crece;
Y el sol cómo entre nublados se oscurece?

¿Ay! que ya el aire inflama
De aligeras centellas lluvia ardiente:
¿Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño:

Y cuál su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver á España!

¿Ay triste! que arrastrado
De pérdida esperanza, al indo suelo
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamífero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón buscados en vano;
En vano á Mangí ardiente;
Ni de las ondas aguas de Oceano
Jamás verás patente el grande arcano.

Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¿Colón! clava la entena;
Corre, vuela; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira!

Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, dance el hombre y breme el viento
Con furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento!

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria á Dios y á España un mundo.

¿Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!

Él la tostada arena
Te vio, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente,
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo Rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Inca en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada á tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Ángel te llama y como Dios teadora.

¿Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto al pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que busca ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones:

De ambos polos vecino
Entre cien mares que á sus pies quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudos, espumosos,
Rey de los otros ríos, se arrebatan
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilatan.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el condor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? Lleva á Europa
De tamaño portentoso alta presa!
Hiera céfiro en popa,
O rudo vendaval, que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea!

El piélagos sonante
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará lúgubre,
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar al bramido
Unirá contra tí la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¿Piloto sin ventura! ¿á qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
O tal vez de las ondas libertado
¿Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De férvido anhelar que vence, y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece, y cuanto adora.

Mas ¿qué á tu fe del viento,
Del rayo y la traición crudos azares?
Levanta el pensamiento,
¿Elegido de Dios! hiende los mares
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la funosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierva ondeando el puerto, el monte, el llano
Cual en tierra labrada
Mece la blanda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¿Colón! exclama y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima
¿Oh rey de Lusitania! los portentosos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos, y avarientos.

De tí y de tus iguales,
El ángel poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales
¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España;

Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á sér divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocés en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¿Fernando! ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vio en Granada?

Dílo tú, que en el templo
Vagas ínclita en medio á los depojos
¿Oh sombra de alto ejemplo!
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos!

Mas no á la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que á tí fue abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y uniré su alta gloria
A tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,

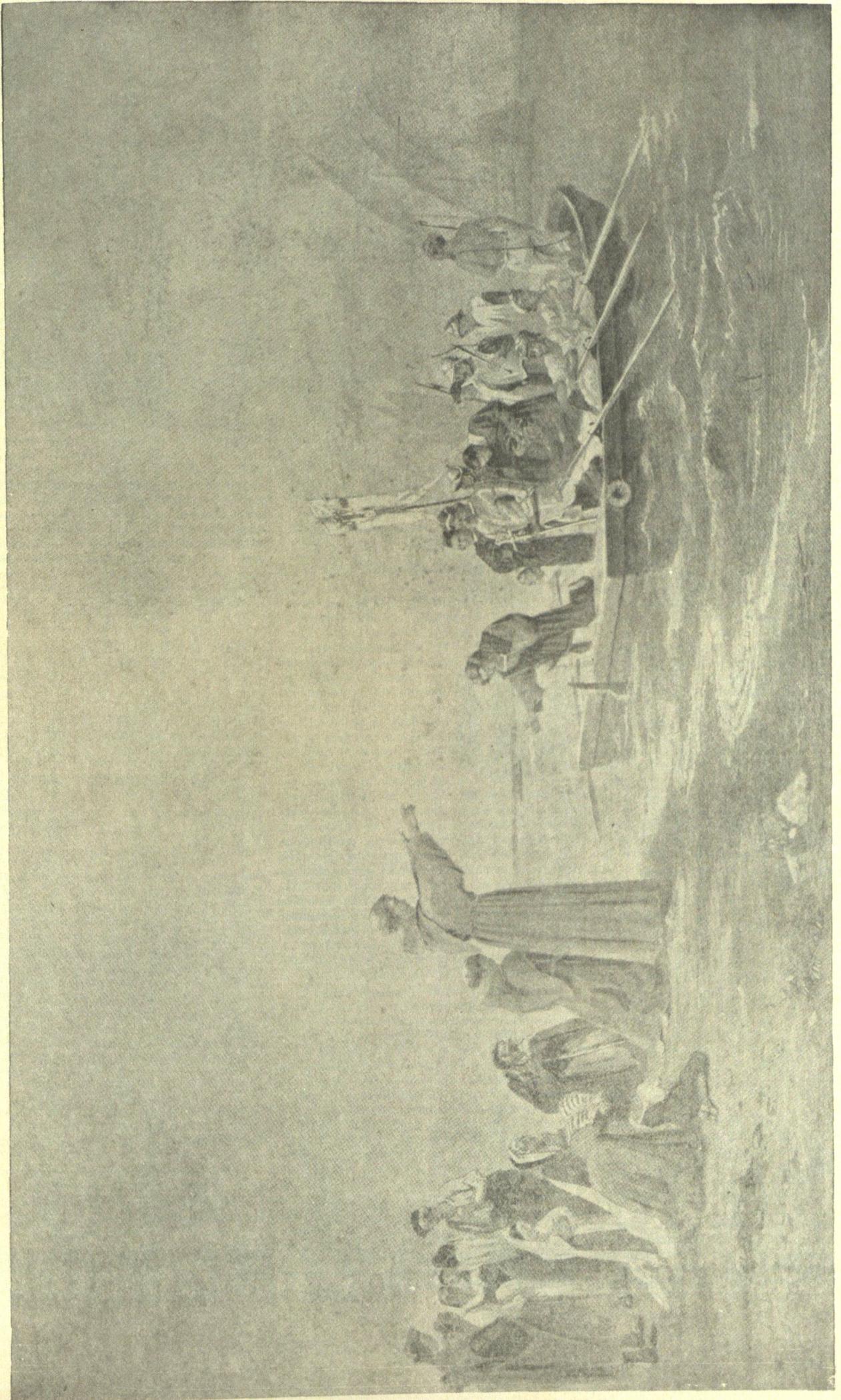
Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¿Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira:
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descorcha el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¿Colón! el mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo á polo
Resuena el canto: extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre.



SALIDA DE COLON DEL PUERTO DE PALCOS — Copia de una acuarela de Ramón Bolet, que se halla en poder del Honorable señor R. T. C. Middleton

CUARTO CENTENARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DEL CONTINENTE



ENTRO de cuatrodías se cumplirán cuatrocientos años del descubrimiento del continente americano, realizado personalmente

por el mismo infatigable y animoso navegante que seis años atrás penetró en tierra de Lucayas este misterio tenebroso del planeta.

A tan corta distancia, relativamente, del descubrimiento, si bien puede mirarse con claridad el camino recorrido y presenciarse la formación de la nacionalidad, no sería sino aventurado á ligerezas y errores todo juicio definitivo acerca de lo que se ha obtenido ó ha podido obtenerse.

No se ha caracterizado plenamente en el breve espacio de cuatro siglos ninguna civilización propia, ni se ha acentuado de una manera viril la fisonomía de ningún pueblo, ni se ha vigorizado el organismo de ninguna raza. No es sino por larguísima períodos que los autóctonos van revelando los diversos grados ascendentes de su evolución; y acaso la etnología de bien pocos pueblos pueda ofrecer el expediente completo del desarrollo regular de la raza primitiva, sin que en el curso de su desenvolvimiento mudanzas, cataclismos geológicos, guerras, epidemias é invasiones vengan á torcer, alterar y destruir el rumbo y caracteres iniciales.

La fórmula étnica del venezolano no podría establecerse definitivamente, mientras una estadística formal y copiosa como fundamento, un estudio metódico, meditado y regular de las costumbres en las diversas regiones del país, una revista de tradiciones, climas, producciones y alimentación, el establecimiento en nuestras penitenciarías del sistema antropométrico, resúmenes,—por grupos étnicos,—de tendencias é ideas y cuantos datos prometan las más exactas conclusiones, no nos permitan asignar su verdadero puésito á cada uno de los términos de la fórmula y colocar, si se nos permite la expresión, por el orden de sus densidades las diversas sangres que han venido á formar ésta que en nuestras venas circula. Vario el carácter, múltiples las tradiciones, diversos bajo diversidad de climas y sobre diversidad de suelos los grupos indígenas de los cuatro ámbitos del territorio, tienen, sin embargo, un fondo común de melancólica resignación fatalista, que los hace aparecer en su época como fatigado campamento de viejos nómadas venidos de extraña tierra á la tierra que señorean aztecas, muiscas y peruvianos. La presión de la coyunda, si se estudia con serenidad y respeto de sí mismo el tiempo de la conquista, parece que los disciplina en actividades para las cuales no muestran carencia de aptitudes.

No es oportunidad de decidir si la piedad evangélica de Fray Bartolomé y la consiguiente introducción del esclavo africano, con la transfusión de una nueva sangre en la mezcla de iberá é indígena, determinó los caracteres del pueblo que de tan peregrina manera para el pensador y el sociólogo hizo el 19 de abril, que treinta y seis meses de guerra implacable por su liberación no se la hacían comprender y por el contrario, con mayor presteza "doblaba la rodilla ante la mágica frase de "Su Majestad el Rey," que

constituyó el ejército más formidable contra la Independencia, el ejército de Boves, ejército de criollos, y que necesitó del insólito decreto de Trujillo para abandonar,—por miedo del mayor flagelo,—las huestes y disciplinas españolas.

Es, por tanto, de poquísimos años, de 1830 para acá, de donde debe tomarse la observación y estudio de la nacionalidad, en presencia y consideración de la influencia de aquellos antecedentes sobre nuestra autonomía y vida emancipada.

La índole de EL COJO ILUSTRADO, principalmente literaria y artística, no permite sino indicar, como una patriótica contribución en los días del cuarto centenario del descubrimiento de Venezuela, la obra excelente, fecunda y hermosa que puede servir de honroso empeño á tantas de nuestras vigorosas inteligencias y á brillantes plumas de nuestras generaciones pensadoras.

Así comenzaría la labor que necesariamente ha de llegar á un término de perfección, yendo primeramente, con reposo, con sosiego, por los senderos del pasado, trazados débil ó enérgicamente por sobre eriales ó por lozanos campos, por entre los sarcófagos de nuestros abuelos, dentro de la espesura de nuestras montañas, desde los manantiales de nuestros ríos; se comprendería mejor, conociéndolo, el presente; y se apuntaría con mayor precisión al porvenir. Teniendo conciencia de lo que fuimos y cómo nos hemos formado, sabríamos á qué debemos aspirar y veríamos en dónde se encuentran los medios y elementos de selección y excelencia.

ELOY G. GONZALEZ.

DESCUBRIMIENTO DE TIERRA FIRME

(1.º DE AGOSTO DE 1498)

I



MEMÓRASE el cuarto centenario del descubrimiento de Venezuela cuando el cañón deja oír su potente estampido en las aguas del Atlántico y la Perla de las Antillas enrojece su oriente con la sangre de sus hijos. La desposada del Océano lucha por su independencia; y la estrella solitaria anhela brillar donde luce sus colores el estandarte de Castilla. Nada le restará dentro de poco de sus dominios de ultramar á la nación poderosa que dio el oro de sus arcas y la vida de sus hijos para arrancar á la barbarie el inmenso territorio que se extiende de polo á polo en el hemisferio occidental; ningún derecho tendrá la patria de Isabel la Católica sobre el suelo de que la posesionaron con su planta Colón y Pizarro, Cortés y Valdivia, Magallanes y del Cano; los hombres encargados de completar el globo terrestre, justificando así el verso de Gagliuffi:

Unus erat mundus; duo sint, ait iste: fuere.

Y es por su intolerancia por lo que los descendientes de San Fernando perderán á Cuba, como perdieron ayer á Venezuela y á Nueva Granada; al Ecuador y al Perú; á Chile y á la Argentina. España, como aquel Bertran de Bornio, habitador de uno de los círculos del Infierno del Dante, camina llevando la cabeza en las manos, acaso para evitarse el trabajo de pensar. En tiempos de Carlos III, un eminente hombre de Estado, el conde de Aranda, dijo á su Monarca estas notables y proféticas palabras:—"Esta República federal (los Estados Unidos) ha nacido pigmea, por decirlo así, y ha necesitado el apoyo de la fuerza de dos Estados tan poderosos como la España y la Francia, para lograr su independencia. Tiempo vendrá en que llegará á ser gigante y aun coloso muy temible en aquellas vastas regiones. Entonces ella olvidará los beneficios que recibió de ambas potencias y no

pensará sino en engrandecerse. Su primer paso será apoderarse de las Floridas para dominar el golfo de Méjico. Estos temores son, señor, demasiado fundados y habrán de realizarse dentro de pocos años, si antes no ocurriesen otros más funestos en nuestras Américas. Una sabia política nos aconseja precavernos de los males que nos amenazan".....

Otro notable publicista, el señor Pi y Margall, dejó oír en época reciente su patriótica voz en la cuestión cubana, para recomendar la autonomía como único medio de contener la desmembración originada por un sistema opresivo, en la herencia legada por el inmortal genovés. Hoy, como ayer, el Gobierno español desoyó la voz de la verdad para oír la vocinglería de los especuladores que no sienten en su avaricia las tristezas de la patria; y cosecha los amargos frutos que estamos presenciando.

En la lucha que sostienen cubanos y peninsulares nuestro corazón de patriotas simpatiza necesariamente con los Gómez y Maceos que pertenecen á la heroica estirpe de nuestros libertadores, de quienes no podemos renegar sin odiosa ingratitud.

Pero la cuestión de Cuba ha tomado una nueva faz desde la intervención norte americana.

Una raza soberbia y egoísta, despreocupada y utilitaria, inicia descaradamente su política de absorción sobre los pueblos situados entre el mar Caribe y el estrecho de Magallanes.

Los espíritus superficiales, los que reniegan de nuestra tradición, los que quieren colocarnos en la inclusa y hacernos aparecer como los expósitos de la historia, aplauden sin reservas la actitud del coloso del Norte, olvidándose de que los Estados Unidos constituyen una amenaza para la civilización desde que han atropellado todas las fórmulas del derecho de gentes y de la justicia internacional.

II

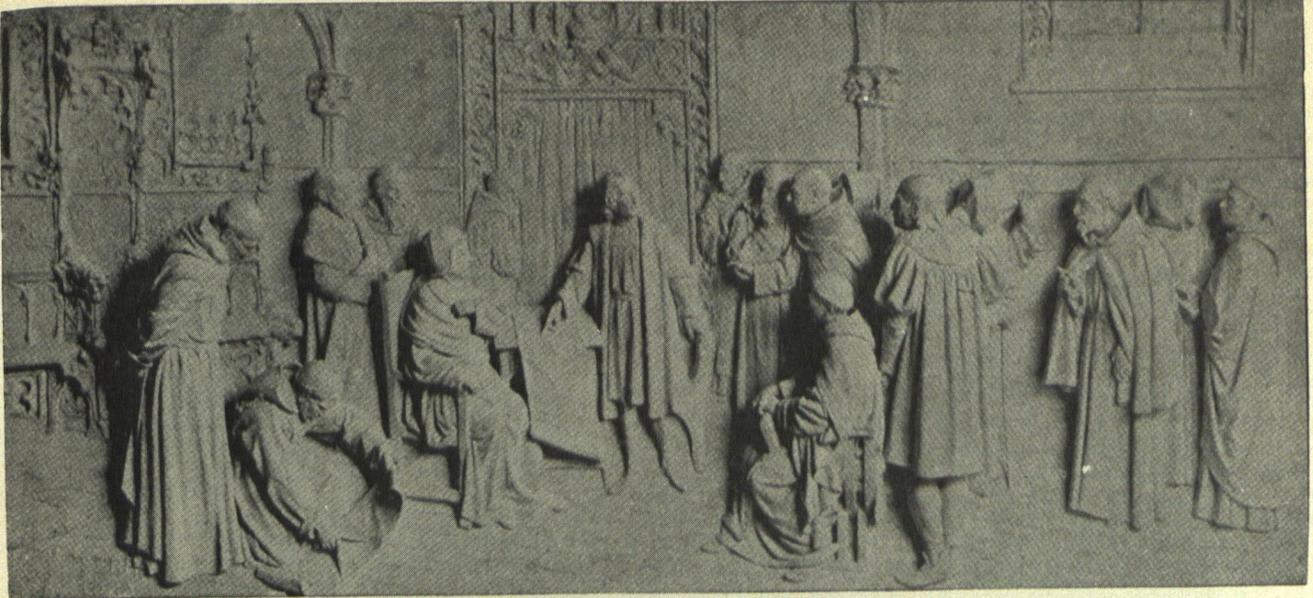
Pocas épocas han sido agitadas por más diversos problemas morales que la nuestra. Y, ¿cuántos ha resuelto? Fuera del dominio propio científico, nuestro siglo va á dejar una inquietante herencia; y si como en la antigua Roma debemos celebrar por un *carmen saecular* el término de semejante período, seguramente no encontraremos el entusiasmo y la confianza del viejo Horacio.

Con razón decía no há mucho un notable publicista francés: "En todos los caminos del espíritu humano han surgido dudas y dificultades cuya existencia hace medio siglo no se sospechaba.

"En filosofía toda idea recta se tiene por defectuosa y el fundamento mismo de la moral es continuamente removido; en el arte y en la literatura no hay sino corrientes superficiales y efímeras que se van siguiendo unas á otras como las olas sobre la playa, sin dejar rastro de su paso; en el orden político, el parlamentarismo, que parecía la última fórmula del *self government*, ha venido á ser un rodaje débil y estrepitoso que se mueve en el vacío sin servir á los verdaderos intereses del pueblo, ni aun representar las tendencias reales de la nación; en el orden internacional jamás los ejércitos han sido más amenazadores para la paz del mundo; en el orden económico no se ve sino los males de la competencia, la dificultad de escoger una profesión, la inseguridad de los salarios, los escándalos de la especulación, los desperdicios del lujo, los progresos del alcoholismo, y, en fin, la persistencia por no decir la agravación del pauperismo."

Todos estos males reconocen un solo origen: el egoísmo individual y colectivo. Obremos del presente, nos hemos olvidado de que las naciones necesitan de cierta labor que está por cima de la labor cotidiana, á fin de que la materia no ahogue las almas.

Bien sabemos que las sombras impotentes del pasado no podrán detener el movimiento hacia lo porvenir; con todo, cuando se preconiza el



CONFERENCIA DE CRISTOBAL COLON CON ISABEL LA CATOLICA. — Bajo relieve del sepulcro de Colón. — Santo Domingo

reinado de Sancho queremos recordar las aventuras de don Quijote. Arminio, libertador de los Germanos—dice Tácito—fue desconocido de los griegos, que sólo se admiran á sí propios, y poco celebrado entre los romanos á quienes había vencido; pero aún lo cantan algunas naciones bárbaras.

III

España es la tierra clásica del valor: Sagunto y Numancia, Covadonga y las Navas, Granada y Gerona son númenes sagrados en la historia del patriotismo. *Lo que la encumbra sobre todos los pueblos es su constancia: vencerla no es someterla: su murmullo acompaña á través de los siglos el ruido de su cadena involuntaria.* Cuando Napoleón decía á la diputación de Madrid: *No hay obstáculo alguno que pueda retardar por mucho tiempo la ejecución de mi voluntad,* olvidábase de que el ardiente suelo de la península había devorado dos Escipiones.

Los toreros, los frailes y las manolas, defendieron á Zaragoza: aquella multitud híbrida que cargaba sus armas al son de las guitarras y de las castañetas, hizo retroceder al vencedor de Europa. Tras la jornada de Bailén aparece Wellington emplazando al César francés para la llanura de Waterloo.

El gran Emperador se olvidó de escribir á su hermano lo que Plinio el joven á Máximo: “—Os envían á Grecia en donde han tenido su origen la urbanidad, las letras y hasta la agricultura misma. Respetad la antigua gloria de aquella nación y la vejez sagrada de sus monumentos; tributad homenaje á sus antigüedades, á sus célebres hazañas, hasta á sus fábulas mismas: nada emprendáis contra la libertad, contra la dignidad ni aun contra la vanidad de nadie: tened de continuo presente que hemos tomado nuestro derecho de ese país, que nos ha dado sus leyes después de habérselo suplicado”.

IV

En marzo del año de 1485 llamó á la puerta del convento de Santa María de la Rábida el hombre extraordinario que debía cumplir la ya olvidada profecía de Séneca:—

..... Venient annis
 Sæcula seris, quibus Oceanus
 Vincula rerum laxet, et ingens
 Pateat tellus, typhisque novos
 Detegat orbis, nec sit terris
 Última Thule.....

Un fraile español, Juan Pérez de Marchena, adivina al genio bajo los harapos del mendigo y tiende á Colón mano protectora.

En aquella época los descubrimientos geo-

gráficos ocupaban la atención de sabios y de ignorantes; que hasta la naturaleza misma hacía presentir la existencia de un mundo desconocido. Un piloto del rey de Portugal halló á 450 leguas al oeste del cabo San Vicente una escultura de madera de un arte singular trabajada sin ayuda de ningún instrumento de hierro; los habitantes de las Azores encontraron en sus playas pinos gigantescos arrojados por el mar, y en la isla de la Graciosa dos cadáveres de hombres de raza desconocida. En busca del País de las Especies, Juan de Bethencourt coloniza las islas Canarias; González Zarco y Tristán Vaz descubren la de Madera; Bartolomé Díaz dobla antes que Vasco de Gama el cabo de las Tormentas; y Sebastián Caboto toca con sus naves un fragmento de la América, que Dios escondía entre los mares para premiar el valor, la fe y la constancia, del inmortal genovés.

El día 10 de agosto de 1498 penetra Colón en el Golfo de Paria y hace clavar en la Tierra firme la enseña civilizadora del Calvario al propio tiempo que tremola con la diestra el estandarte de los Reyes Católicos. En pos de él vendrán hombres ávidos de riquezas y sedientos de sangre, con el propósito de extorsionar las dilatadas regiones que dotó la Providencia con caudalosos ríos, altísimas montañas y exuberante vegetación. Los conquistadores se llevan nuestro oro, derraman nuestra sangre; pero al cabo nos dejan su religión y su lengua: bienes sacratísimos que redimen muchas culpas y perdonan muchas faltas.

Condenemos los errores de nuestros antepasados sin renegar de nuestro origen.

JOSÉ E. MACHADO.

AD-PERPETUAM.....

Isabel y Colón! nombres benditos,
 Que en las páginas brillan de la historia
 Con caracteres de diamante escritos,
 Y son de España perdurable gloria.

Celebra con aplausos inauditos
 De polo á polo el Orbe la memoria,
 De aquel preclaro día cuando invitos
 Nuevo mundo ofrecióles la victoria.

Hoy libre y soberano señorea
 El continente que ilustró Castilla;
 Y aunque en él su estandarte no flamea,

El lábaro de Cristo excelso brilla,
 De España el verbo sin igual campea,
 Y perdura su Genio sin mancuella.

DOMINGO GARBÁN.

Caracas.

DE EL CIVILIZADOR

— 6 —

HISTORIA DE LA HUMANIDAD POR SUS GRANDES HOMBRES

—

—

Cristóbal Colón

.....

VIII



El océano allanó de nuevo su superficie; el sol sin nubes que limitasen sus rayos, reverberaba como en un segundo cielo; y las olas, cariñosas, coronaban la proa con ligeras espumas. Los delfines, más numerosos, no abandonaban las naves, y todo parecía concertarse con Colón en la naturaleza para inspiar á sus marineros infalibles esperanzas y hacerlos olvidar el tiempo transcurrido. El 10 de octubre se imaginaban no haber caminado más que seiscientas leguas fuera de los parajes frecuentados por los navegantes; pero el libro secreto de cálculos del Almirante acusaba más de ochocientas. Sin embargo, todos los signos de la proximidad de la tierra se multiplicaban en su derredor, aunque no la veían al través del horizonte: el terror se apoderó nuevamente de ellos. El mismo Colón, bajo su aparente calma se turbó y dudó; temió haber pasado, sin verlas, entre las islas de un archipiélago; haber dejado atrás la extremidad del Asia, que buscaba, y haberse extrañado en algún otro océano.

El más ligero de sus bajeles, la *Niña*, que navegaba á vanguardia, el 7 de Octubre, izó en fin el pabellón de descubrimiento, y disparó un cañonazo de alegría para anunciar una costa á los otros dos bajeles. Al aproximarse, reconocieron que la *Niña* se había engañado; una nube les pareció una población; el viento la había traído en los aires, pero esta corta alegría, se cambió en consternación: nada fatiga tanto el corazón de los hombres, como estas alternativas de falsas alegrías y de amargas decepciones. Tales son los sarcasmos de la fortuna. Volvieron á estallar las reconvenções contra el Almirante. No era ya la fatiga lo que los tripulantes echábanle en cara, sino la vida sacrificada sin esperanza: el pan y el agua iban á faltar.

Colón, desconcertado por la inmensidad del espacio cuyos límites pensó haber tocado, abandonó el camino ideal trazado sobre la carta, y siguió dos días y dos noches el vuelo de las aves, pilotos celestes que la Providencia pare-

cia enviarle en el momento en que la ciencia humana desfallecía. El instinto de estas aves, decía, no las dirigiría á todas hacia este punto del horizonte si ellas no viesen una ribera. Pero las aves mismas parecían á los ojos de los marineros, que se entendían con el desierto del océano y con los mentirosos astros para jugar con sus naves y con sus vidas. Al fin del tercer día, los pilotos, subidos en los mástiles á la hora en que el sol descendía en el horizonte, lo vieron sumergirse en las mismas olas de donde se elevaba en vano después de tantas auroras.

Creyeron en el infinito de las aguas, y la desesperación que los abatía se cambió en sordo furor. ¿Qué podrían hacer ahora con un jefe que había engañado á la corte, y cuyos títulos y autoridad sorprendidos á la confianza de sus soberanos, iban á perecer con sus ilusiones? El seguir más lejos, ¿no era asociarse á su crimen? ¿La obediencia no concluía donde concluía el mundo? ¿Quedaba otra esperanza que volver las proas hacia Europa, luchar contra aque-

llos vientos, cómplices del Almirante, y atar á éste á un mástil para que fuese objeto de la maldición de los moribundos, si era preciso morir, ó para entregarlo á la venganza de España si el Cielo les permitía volver á sus puertos?

Estas murmuraciones se convirtieron en clamores. El intrépido Almirante los contuvo con la imposibilidad de su rostro. Invocó contra los sediciosos la autoridad, sagrada para los súbditos, de los soberanos con cuyas facultades se veía investido; invocó al mismo Cielo, juez en este momento entre ellos y él; no se intimidó; y ofreció su vida en cambio de sus promesas. Solamente les pidió, con el acento de un profeta que ve lo que no ve el vulgo, esperasen tres días para desvanecer su incredulidad y su irresolución. Les hizo formal juramento, juramento temerario, pero político, que si durante el curso de tres soles la tierra no era visible en el horizonte, entonces les obedecería y regresarían á Europa. Los signos reveladores de la proximidad de las islas ó de los continentes eran tan visibles á los ojos del Almirante, que al mendigar estos tres días á sus revolucionarios tripulantes, se creía cierto de conducirlos al fin que se proponía. Los marineros, no sin repugnancia, le concedieron estos tres días; y Dios, que lo inspiraba, no le castigó por esperar tanto de él.

IX

Al amanecer del segundo día rodearon los bajeles un sin número de juncos sacados de

raíz. Se vieron flotar sucesivamente sobre las aguas una tabla trabajada con hacha, un bastón artísticamente labrado, una rama de ojiacanto en flor y un nido de pájaros suspendido en una rama rota por el viento, lleno de huevos, á los cuales cubría la madre todavía, al dulce arrullo de las olas. Los marineros llevaron á bordo estos testigos escritos, parlantes ó vivientes, de una tierra cercana. Eran las voces de la ribera que confirmaban las de Colón, quien antes de contemplar la tierra con los ojos del cuerpo, la deducía por estos indicios

Gutiérrez, en quien tenía más fe que en sus pilotos. Le indicó con la mano el punto del horizonte donde había visto el fuego, y le preguntó si no distinguía una luz hacia aquella parte. Gutiérrez contestó que veía, en efecto, centellear una luz fugitiva en la misma dirección.

Colón para confirmarse más en su convicción, llamó á Rodrigo Sánchez de Segovia, otro de sus confidentes. Sánchez, lo mismo que Gutiérrez, aseguró que distinguía una claridad en el horizonte. Pero no bien aparecía el fuego, cuando desaparecía para reaparecer en la



COLÓN EN EL CONVENTO DE LA RABIDA. — Bajo relieve del sepulcro de Colón. — Santo Domingo

de vida. Los sediciosos se prosternaron delante del Almirante ultrajado el día anterior; imploraron el perdón de su desconfianza, y entonaron el himno de reconocimiento á Dios, que los había asociado á su triunfo.

La noche sorprendió estos cantos religiosos que saludaban un nuevo mundo. El Almirante mandó cargar las velas, sondar delante de las naves, y navegar con lentitud por temor de los escollos, convencido de que las primeras claridades del crepúsculo descubrirían la tierra bajo las proas de sus bajeles. Nadie durmió en aquella noche suprema.

La intranquilidad del espíritu había quitado á todos los ojos la necesidad del sueño; los pilotos y los marineros, suspendidos en los mástiles, emulábanse en atención para lanzar la primera mirada sobre el nuevo hemisferio: el Almirante había ofrecido un premio á aquel que lanzara el primer grito de *tierra*, si la tierra en efecto llegaba á descubrirse. Pero la Providencia, sin embargo, le reservaba á él mismo esta primera mirada, que había comprado á costa de veinte años de su vida y de tanta constancia y peligros. Paseándose solo á media noche sobre la toldilla de su nave, y sumergiendo su mirada perspicaz en las tinieblas, una luz de fuego pasó, se extinguió y volvió á pasar por delante de sus ojos al nivel de las olas. Temiendo haberse engañado por un deslumbramiento ó por una fosforescencia del mar, llamó en voz baja á un paje de la corte de Isabel llamado

emersión alternativa del océano ora fuese la llama de una hoguera sobre una playa baja, descubierta y cubierta á la vez por el ondulante horizonte de las grandes olas, ora fuese el fanal flotante de alguna canoa de pescadores, alternativamente elevada y sumergida en el cruzamiento de las olas. Así la tierra y la vida aparecieron á un tiempo á Colón y á sus dos confidentes bajo la forma de fugitivo fuego en la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492. Colón, ordenando silencio á Rodri-

go y á Gutiérrez, encerró en sí mismo su visión, temiendo inspirar otra vez una falsa alegría y una amarga decepción á sus marineros. Perdió de vista la luz, y veló hasta las dos de la mañana, orando, esperando y desesperando solo sobre el puente entre el triunfo ó el regreso, todo lo cual iba á decirlo el día siguiente.

X

Sumergido se hallaba en aquella angustia que precede á los grandes sucesos, cuando un cañonazo que retumbó en el océano, á algunos centenares de brazas de su nave, resonó como el ruido de un mundo en su oído, y le hizo estremecer y caer de rodillas sobre la popa. Era el grito de *¡tierra!* lanzado por el bronce, señal convenida con la *Pinta*, que navegaba á la cabeza de la flota, para indicar el camino y sondear el mar. A este ruido, un grito general de "¡tierra!" estalló en las tres naves. Todos esperaban la aurora.

El misterio del océano había dicho su primera palabra en el seno de la noche, y el día iba á revelarlo todo. Los aromas más suaves y desconocidos llegaban hasta los bajeles con la sombra de una costa, el ruido de los arrecifes y el viento de la tierra. El fuego percibido por Colón anunciaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilización. No hubo noche que caminara más lenta para descubrir el horizonte, pues este horizonte era para los compañeros de Colón y para él mismo, una segunda creación de Dios.

XI

El crepúsculo, esparciéndose por el espacio, hizo poco á poco surgir del seno de las olas las formas de una isla, cuyas dos extremidades se perdían en las brumas de la mañana. Su costa baja se elevaba en anfiteatro hasta la cima de las colinas, cuyo sombrío verdor contrastaba con la claridad azul del cielo: á alguna distancia de la espuma que dejaban al morir de las olas, sobre una arena amarilla, bosques de árboles majestuosos y desconocidos se extendían confusamente por las sucesivas desigualdades de la isla. Verdes ensenadas y praderas luminosas dejaban

la, con el signo de la cruz y con la bandera española, estandarte de la conquista de Dios y de la conquista de sus soberanos por su genio; pero se contuvo y contuvo en su tripulación aquel apresuramiento de llegar á la ribera, queriendo dar á la toma de posesión de un nuevo mundo la solemnidad del más grande acto llevado á feliz término por un navegante, y llamar en defecto de los hombres, á Dios y á los ángeles, al mar, á la tierra y al Cielo en testimonio de su conquista sobre lo desconocido.

Se revistió con todas las insignias de sus dignidades de Almirante del océano y de virrey de las monarquías futuras; desplegó su manto

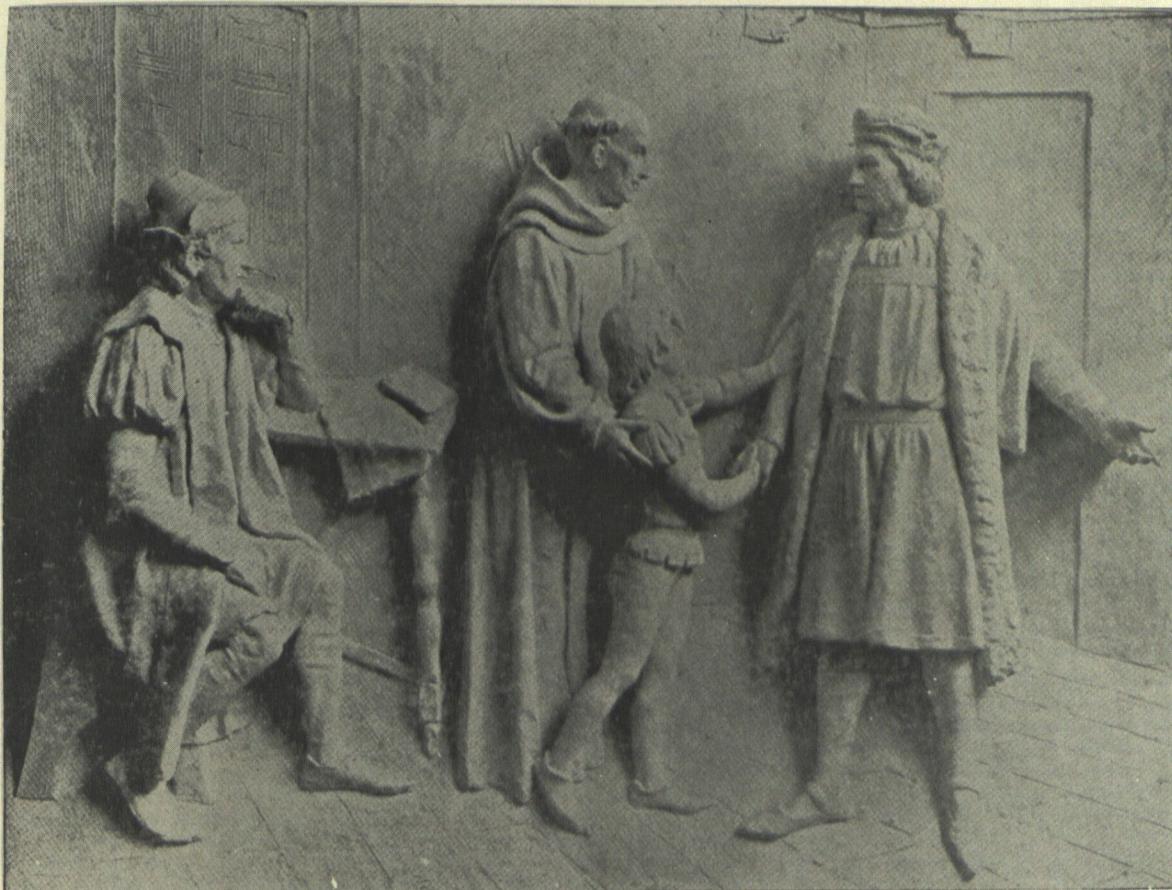
ANOTACIONES

—
"QUO VADIS" POR HENRYK SIENKIEWICZ

—
A César Zumeta.

Es incuestionable el prestigio de que gozan los libros destinados á revivir viejas épocas y viejas cosas, máxime cuando á esas épocas y á esas cosas va unido cierto esplendor y cierta magnificencia que de continuo atrae la imaginación de los hombres.

Todo lo antiguo seduce grandemente por el hecho de la lejanía y de la leyenda que en torno suyo han tejido los siglos. Y es que



CRISTOBAL COLON SE DESPIDE DE SU HIJO. — Bajo relieve del sepulcro de Colón. Santo Domingo

adivinar á medias en aquel fondo los misterios de la soledad.

Se entreveían habitaciones diseminadas, semejantes á chozas por su forma especial y por sus techos de hojas disecadas; grandes columnas de humo se elevaban acá y allá en las cimas de los bosques; grupos de hombres, mujeres y niños, asombrados más que asustados, se mostraban casi desnudos entre los troncos de los árboles más cercanos á la ribera, y se adelantaban tímidamente, atestiguando con sus gestos y con sus actitudes cándidas, tanto el temor como la curiosidad y la admiración, al aspecto de estos buques y de estos extranjeros conducidos allí por las aguas del mar.

XII

Colón, después de haber contemplado en silencio esta primera ribera avanzada de la tierra tan á menudo trazada en sus cálculos, y tan magníficamente colorida en su imaginación, la encontró todavía superior á sus pensamientos. Ardía en deseos de colocar primero el pie de un europeo sobre aquella arena y de atravesar-

de púrpura; y tomando en la mano derecha la bandera bordada con una cruz, donde las cifras de Fernando y de Isabel, entrelazadas como su reino, se veían con sus coronas, descendió á una chalupa y se adelantó, seguido de las chalupas de Alonso Pinzón y de su hermano, sus dos tenientes, hacia la ribera. Al saltar en tierra se postró de rodillas para consagrar por un acto de humildad y de adoración, el dón y la gracia de Dios en esta nueva parte de sus obras. Besó la arena, y con el rostro sobre la hierba lloró. Lágrimas de doble sentido y de doble augurio, que humedecieron por la vez primera el suelo de este hemisferio visitado por hombres de la antigua Europa; lágrimas de alegría para Colón, que revelaban á un tiempo el corazón altivo, reconocido y piadoso; lágrimas de duelo para aquella tierra virgen, que parecían presagiar las calamidades, las devastaciones, el fuego, el hierro, la sangre y la muerte que traían estos extranjeros con su orgullo, sus ciencias y su dominación. Colón derramaba estas lágrimas; mas era la tierra la que debía llorar.

gusta, por otra parte, á lo que de ensañador hay en el sér humano, la contemplación inalterable y fácil de las cosas desaparecidas. Siguiendo la estela azulada del ensueño, el alma penetra arcanos maravillosos, y alcanza á vivir, reconstruyendo, en mundos de poesía y de luz.

Ese placer que experimentamos con la lectura de una obra artística de reconstrucción es por de más explicable. Voluble y caprichosa, el alma que dentro de nosotros se agita, lucha por saborear á cada instante nuevas impresiones; y como á las veces no es bastante á satisfacer ese anhelo el espectáculo del mundo en que le ha tocado vivir, déjase arrastrar fácilmente hacia otras regiones de matices y colores para ella desconocidos.

La literatura de estos últimos años se ha enriquecido con obras admirables de este género, obras de arte exquisito que mucho deben á la erudición.

Para no citar sino las más recientes nos limitaremos á recordar *Taïs* de Anatole France, *Aphrodite* de Pierre Louys y *Belkiss* de

Eugenio de Castro. En todas tres hallamos novedad sorprendente que convida á la evocación de cosas muertas y al goce del arte supremo. Más que las dos primeras, es la última, simple trabajo de arte puro, joyel engastado en piedras del Oriente y cuyo espíritu perfuma la esencia rica de los amores de Salomón y la reina de Saba, que sirven de base al poema lusitano. Es un derroche de estilo encantador el libro en que Pierre Louys describe la vida de las cortesanas en la ciudad de Alejandro, estilo enrojecido como los labios de la diosa de las pasiones sensuales que él glorifica. La novela de Anatole France, como todos los libros de este envidiable escritor, abunda en observaciones sutiles y es un tesoro de buen decir y amable ironía. Como bandadas de mariposas de todos colores vuelan allí las ideas de los personajes, y discurre por sus páginas, junto con el estilo sencillo y transparente, la vida ya fulgurante, ora cándida, de la cortesana santificada.

A estos libros viene á unirse la novela *Quo Vadis* del polaco Henryk Sienkiewicz traducida hace poco al inglés.

En esta clase de libros no es difícil descubrir el temperamento ó los gustos del escritor. El asunto mismo sirve en muchos casos como medio de indagación, pues el cariño más ó menos acendrado que á determinada época se profese es indicio casi cierto de las ideas ó tendencias del que escribe. Partidarios de tal ó cual género de ideas, no nos contentamos con referirlas al medio en que nos agitamos. Con el propósito de estudiar sus orígenes nos remontamos al pasado, y cuando en el hallamos una época en que hayan predominado nuestros modos de ser, no vacilamos en reverenciarla bajo todas las formas y en presentarla como modelo digno de seguirse; ó cuando menos, la envolvemos en una atmósfera radiosa capaz de seducir ó fascinar. De allí ese empeño mostrado por algunos en acudir frecuentemente por vía de comprobación de sus ideas de actualidad, á una etapa determinada de la evolución humana, de donde extraen, como metal precioso, lo que al asunto tratado sirva de prueba rigurosa.

Por ello acontece que tras la obra en apariencia artística, se destaca una idea, una tendencia cualquiera, desenterrada por el escritor con el propósito de conmovir y allegar prosélitos. Domina en ellas la idea ó la tendencia, y propiamente, el trabajo del artista viene á ser simple decoración ó también parte integrante que es como contrapeso de la otra. Son las unas, obras de exclusiva propaganda y las otras, obras donde brilla al par que el hombre de ideas, el hombre de letras.

No son extraños los tiempos que corren á esas producciones. El arte por el arte, aun cuando practicado por un grupo respetable, no es la norma exclusiva que dirige las letras contemporáneas. En el campo de la novela, sobre todo, álzase á diario cátedras nuevas, y la confusión producida por las distintas voces alcanza los más apartados rincones del mundo. Cuántos profetas, cuántos luchadores ardorosos, se nos dan á conocer á cada instante!

La anarquía de los espíritus y el estado de angustia á ella consiguiente, favorece el curso de las ideas en este fin de siglo.

Ligado el hombre á una serie de vínculos, mediatos unos, remotos otros, no mira exclusivamente al porvenir. La voz de la herencia que dentro de él grita, le recuerda sin cesar los orígenes y á menudo lo arrastra á lo pasado. Vacilante y sin fe, gira entonces á favor de los vientos todos, escucha palabras cuasi mágicas, y dando espaldas á la luz, emprende al través de las sombras una peregrinación retrospectiva. Cuántos no permanecen en la obscuridad; cuántos no regresan, cargada la mente de sueños, á revivir leyendas ya olvidadas con las cuales pretenden mejorar la humana suerte!

La crítica inglesa, en el año último, con-

sideró como "la novela del año" *The Christian* de Hall Caine. Y, esa obra, aun cuando nueva por el medio que reproduce, es, no obstante, por el estudio del personaje que en ella domina, una á manera de resurrección de la época de Cristo; siendo así, que ese personaje, John Storm, es como otro hijo de María, nacido, no en Palestina, sino en tierra británica.

La novela de Sienkiewicz, á que dedicamos estas líneas, préstase á consideraciones de muy distinta índole. No se limitó el autor á pintar las costumbres de Roma en tiempo de Nerón, sino que también estudió en ella el problema moral á que debió su triunfo el cristianismo. Así, la obra, de suyo variada, es inmensa por las proporciones del tema y de innegable oportunidad, en razón del favor que ciertas almas atormentadas por el desbarajuste finisecular, prestan á las doctrinas de Jesús.

Gira la trama del libro al rededor de unos amores entre Vinitius, joven patricio, y Ligia, doncella del Norte, educada en una casa romana donde ya se rendía culto al nuevo dios.

La simple historia de estos amores, bien que estudiada con tino y sobriedad, habría formado por sí sola un libro de mérito dudoso; pero el autor quiso referirlos al lugar donde nacieron, y se dio, asistido por la historia, á reconstruir la vida de la Roma de Nerón. Por ello es difícil encontrar en la moderna literatura obra de más aliento y de estudio más riguroso. Si dura y expuesta al fracaso es la labor de quien reproduce el mundo donde se agita, supóngase cuantas dificultades no comporta el examen de siglos, muertos, cuyos grandes lineamientos solo poseemos, y cuyos detalles no es dable exclamar sino á costa de innumerables disquisiciones. Lo que de Roma se dice en esta novela, es algo más de la mera descripción de momentos ó paisajes, procedimiento muy socorrido para encuadrar el asunto de un libro.

Muchas veces nos hemos figurado que en los designios del autor entró por mucho la idea de construir una historia espiritual de la época neroniana. Con efecto, fuera del estado general de las costumbres, aparecen allí los actores principales de esos tiempos de locuras, de crímenes y de impudicia. De Nerón y Petronio, existen allí tantos datos relativos á sus modos íntimos de ser, cuantos con respecto al primero reunió en sus *Doce Césares* el severo Suetonio. Es algo así como una monografía el estudio que Sienkiewicz hace del emperador matricida y del poeta del *Satiricón*. Los refinamientos, las orgías, la lucha de los cortesanos, las escenas del circo, los albores de una alma nueva, la inmoralidad de las clases pobladoras; todo lo que en general constituye la Roma de esa época, ha sido descrito, examinado allí hasta en sus detalles más nimios.

Las ideas de los esclavos, los filósofos, los artistas y los retóricos, nos presentan en ese libro, con claridad elocuente, el espectáculo de ese pueblo en vía de ser destruido por las nuevas doctrinas, como lo fue en realidad, algo más tarde, por las hordas del Norte.

Todo cuanto de por sí ofrecen la historia y la arqueología ha sido aprovechado por el novelista polaco, quien más que á su poderosa fantasía, se atuvo á datos evidenciados por la crítica. Acaso sea ésta una de las bondades que han asegurado el éxito de *Quo Vadis*, de cuyo autor no podría decirse lo que Chateaubriand expresó de Walter Scott: que ha pervertido la novela y la historia.

Sin pecar de minucioso, el novelista llevó sus miradas al fondo de las almas, así como al interior de las casas romanas. Para lo primero adoptó un análisis riguroso, de modo que, lejos de ser los personajes de una sola idéntica estructura, brillan por la espantosa desemejanza que tan perfectamente se

aviene con aquella civilización en decadencia, en la cual estuvieron representados los hombres y las costumbres de todos los pueblos á quienes la ciudad del Latium dictó leyes y ató á su carro triunfador.

El esplendor y el lujo oriental de la Roma de los Césares es campo precioso para exhibir las bellas cualidades del estilo. La púrpura y el oro, los mármoles y las piedras preciosas, todo cuanto por el fulgor deslumbra, comunica al lenguaje escrito vida inefable que se traduce en una como reverberación de matices y tintes exquisitos. De allí que el estilo del libro seduzca grandemente, sobre todo, cuando el autor emprende la tarea de exponer á nuestros ojos la incomparable riqueza de los palacios y las fiestas. Hay en *Quo Vadis* un capítulo dedicado á describir una salida de Nerón, que por lo variado y grandioso del colorido, ofusca la mirada. Y al lado de esas páginas resplandecientes, aparecen otras, dictadas en estilo sereno y amable, que tiene de la candidez del armiño y de la pureza del idilio. Se desliza por sobre ellas, como onda de mansa luz, el tenue fulgor del mármol blanco y de los claros de luna.

La impresión de conjunto que este libro suministra está llena de movimiento, como si el autor, al posesionarse del asunto, hubiese vivido intensamente la época que estudia. Esa animación que advertimos en *Quo Vadis* es, sin duda, un reflejo de la poderosa sensibilidad del autor, sensibilidad que en opinión de algunos, es propia de los literatos polacos.

II

Con el advenimiento de los Césares principia la degeneración del carácter y la virtud antiguas. Muertos los magnos espíritus, aniquilados y dispersos los buenos ciudadanos, una multitud reclutada por los dominios del Imperio holló con su planta lo que de grande y de sagrado encerraba la ciudad gloriosa. Y los que para ese entonces representaban las ideas de libertad y de moralidad quedaron bajo el peso de la turba invasora, turba de esclavos y libertos, de ciudadanos corrompidos y corruptores.

Para el César, la alabanza perfumada y la entera sumisión; la voz de los tribunos dejó de oírse, y hasta crimen era, pagadero con la muerte, el envolverse en la toga y dejar campo á la ola inmunda: no se perdonaba ni la pureza ni la integridad.

El fango había salpicado aquel hogar romano, santuario enantes de virtud. Difícil era, dice Sienkiewicz por boca de un personaje de *Quo Vadis*, hallar mujer univira, y quien lo era, vivía azechada por los deseos del César.

La púrpura, manchada en los festines, cubría los hombros de criminales y degenerados, para quienes no existía más ley que el capricho, amenudo fecundo en sangre y dolor. Por eso la vida llegó á ser ilusión pasajera, momento que debía ser vivido en medio á los placeres más desenfrenados, á intento de recoger en el trance inseguro la mayor suma de goces terrenales. Contribuían á aumentar esa ilusión los espectáculos del circo, las diarias matanzas, el boato y la pompa de la corte, el derroche inagotable de las riquezas.

Un ejército de mercenarios acostumbrado al pillaje y á la revuelta, compuesto de hombres que sólo aportaron á Roma el caudal de los vicios adquiridos en las tierras lejanas por ellos conquistadas, velaba por el orden y la tranquilidad social. La filosofía y las letras, excepción hecha de la pléyade fecunda del siglo de Augusto y de uno que otro talento poderoso en la época de los emperadores posteriores, era ocupación de retóricos y sofistas. Como un grupo reducido de grandes señores se convirtiese en árbitro exclusivo de la propiedad, los rigores de la miseria dejábanse sentir más y más. Y, para que nada faltase al cuadro desgarrador, uno como furioso ven-



EPISODIOS DE LA CONQUISTA. — Bajo relieve del sepulcro de Colón. — Santo Domingo

daval en el cual se chocaban las supersticiones y las creencias míticas de todos los pueblos, azotaba las almas delirantes, hablándoles de misterios y de ensueños, en un lenguaje lleno de promesas.

En medio á esa corrupción y á ese desenfreno que parecía aniquilarlo todo, acertó á florecer el cristianismo. Bien pronto se distinguieron dos corrientes de ideas en la ciudad imperial, representante la una de la crueldad, de la impudicia y del crimen; representante la otra del amor, de la tolerancia y de la virtud. Para los espíritus reflexivos, nada de nuevo encerraba en sí la predicación del amable nazareno. La filosofía griega contenía preceptos de amor y de virtud altamente humanos y grandiosos; sólo que la tarea de los filósofos estuvo circunscrita á los pórticos y á los jardines, donde un grupo escogido, escuchaba entusiasmado la palabra elocuente del maestro.

El gran defecto de esos pensadores estuvo en no hacer asequible su prédica á todos los espíritus; de modo que los analfabéticos, compoedores siempre del mayor número, permanecían, cuando no indiferentes, ignorantes de las ideas filosóficas. Algunos de esos filósofos juzgaron, por otra parte, que el hombre de ciencia ha de ser extraño á las luchas de la vida pública, que sólo debe consagrar su existencia á la reflexión y al estudio, y mantenerse en un mundo aparte hasta el cual no llegue el clamor de la diaria batalla.

Y existía un grave inconveniente para que la filosofía se propagase entre las masas. Gracias á Epicuro, la filosofía había entrado de lleno por el camino de la observación, apartábase cada vez más de lo sobrenatural, y reducía por consiguiente á la nada la influencia de los seres creadores. Así, pues, una moral independiente, como había de ser la que se derivase de tal filosofía, no podía alcanzar los favores de la multitud supersticiosa.

Nacido entre gentes de condición humilde, el cristianismo había de allegar sus prosélitos entre los pobres por el espíritu y la inteligencia, entre aquellos, en fin, que con mayor rigor habían sufrido las calamidades de la época. Amable y consolador, sus partidarios estaban en el inmenso número de los que sufren y han sed de justicia; tolerante, él tendía los brazos á todos los hombres, sin distinciones de raza. Pero más que á su tendencia fraternal y generosa, debió su triunfo, abstracción hecha de las condiciones del medio en que llegó á desarrollarse, al origen divino que le atribuyeron y á las recompensas

que de continuo ofrecía á sus sectarios, en la otra vida.

Sin duda alguna que el novelista polaco anduvo acertado en colocar la acción de su obra en los días de Nerón. Este emperador representa, mejor que otro alguno, el reinado del vicio y la maldad. En sus delirios de artista, ese histrión coronado daba fuego á la ciudad, y no satisfecho con la sangre de su madre y de su hermano, ordenaba el martirio de gentes indefensas á quienes su fe imponía, como título inapreciable para otra vida mejor, la no resistencia al mal. El triunfo del cristianismo debía asegurarse por esos días. La suerte estaba echada; y entre Nerón, que personificaba los vicios del mundo antiguo, y Jesús, nuncio de perdón, de amor y de esperanza, la elección no era dudosa.

Las nuevas filas se vieron muy pronto engrosadas por todas las almas que el sufrimiento y la leyenda habían preparado. El mismo espectáculo ofrecido por cuantos en el circo sufrían el martirio con resignación, arrojaba sobre el nuevo credo un prestigio incalculable; y las narraciones maravillosas de los discípulos del Cristo, á más de acrecentar la fe de la muchedumbre, dejábale entrever, llevándola de la mano por los senderos del éxtasis, las fruiciones del mundo prometido.

Con el propósito de encauzar las simpatías del lector hacia un orden de ideas y de personajes, el novelista establece con suma habilidad los términos de la lucha emprendida por ambas civilizaciones. Dos mundos desemejantes se agitan en *Quo Vadis*: el uno, envilecido, depravado, envuelto en los destellos postreros de la antigua belleza; miserable, el otro, pero formado de gentes de alma buena y cándida. Quien quiera que lea este libro habrá de simpatizar con el grupo á quien el autor presta sus ideas de creyente primitivo. A primera vista echa uno de ver las inclinaciones del novelista; cuánta bondad, cuánto amor despiden esos cristianos que él nos presenta; y por el contrario, cuán repugnantes son, no obstante su esplendoroso exterior, ya Nerón, ora sus cortesanos, su mundo todo, en fin.

Otro de los puntos más interesantes del libro viene á ser el combate interior que libran los personajes principales, es decir, Vinicius y Ligia. Quiso representar el autor en el primero, al elemento de la más pura clase patricia convertido al cristianismo. Todo el espíritu del antiguo romano se agita en ese mancebo, y á destruirlo vienen, ayudadas por el amor, las ideas de la joven cristiana. Pero, sin duda, mayor influencia ejercieron en esa

conversión las artes del amor que el poder de la gracia.

Algo parecido acontece en la novela de Hall Caine, á que hicimos referencia. Los propósitos de regeneración social que bullían en el cerebro del héroe de *El Cristiano*, se debieron en gran parte al amor secreto que él profesaba á Glory.

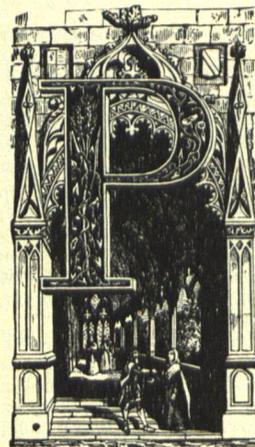
Encerrará la novela polaca alguna tendencia favorable á las doctrinas de Cristo? Es indudable que sí; y á corroborar esta creencia concurren, el inmenso cariño con que el autor juzga y analiza, así las ideas, como los personajes cristianos de su obra, y también el modo con que da fin á *Quo Vadis*: "Así pasó Nerón, como pasan, el torbellino, la tempestad, el fuego, la muerte ó la guerra; pero la basílica de Pedro domina hasta el día, desde las alturas del Vaticano, la ciudad y el mundo."

ANGEL C. RIVAS.

1898.

LA MUERTE DE PETRONIO

(CAPÍTULO LXXIII DE "QUO VADIS")



PETRONIO no se había equivocado. Dos días después, el joven Nerva, que fue siempre su amigo, envió su liberto á Cumas con noticias de lo que sucedía en la corte de César.

La muerte de Petronio estaba resuelta. Intentaban enviarle un centurión, en la mañana del día siguiente, con la orden de que se detuviese en Cumas y esperase allí instrucciones ulteriores; el próximo mensajero, algunos días más tarde, sería portador de la sentencia de muerte.

Petronio oyó las nuevas con gran serenidad. "Llevarás á tu señor, le dijo, una de mis copas; dile, que con toda mi alma le doy las gracias, pues estoy ahora en capacidad de anticipar la sentencia."

Y en seguida rió como un hombre que ha-

biéndose hallado una idea perfecta, se regocija de antemano con la realización de esa idea.

Aquel mismo medio día, sus esclavos corrieron de aquí para allá invitando á los augustianos que se hallaban en Cumas, y á todas las damas, para un banquete que debía efectuarse en la villa del árbitro.

Escribió en la biblioteca, tomó un baño y ordenó luego al vestiplica arreglase su vestido. Brillante y augusto como un dios, se dirigió al ticlinio para examinar de cerca los preparativos, y después á los jardines, donde vírgenes griegas de las islas tejían coronas de rosas para la noche.

Ni el más mínimo terror se trasparentaba en su rostro. Los sirvientes sabían que la fiesta había de ser extraordinaria, pues él ordenó inusitados presentes para aquellos de quienes estaba satisfecho, y ligeros azotes para los que no trabajasen á gusto suyo ó hubiesen merecido anteriormente vituperio ó castigo. A los tocadores de cítara y á los cantores, habíales mandado pagar con anticipación, liberalmente. Por fin, sentándose al pie de una haya al través de cuyas hojas los rayos de sol trazaban en el suelo discos de luz, llamó á Eunice.

Y vino Eunice vestida de blanco, con una corona de mirto en los cabellos, bella como una de las Gracias. La sentó á su lado y tocándole delicadamente las sienes, la contempló con la misma admiración de un crítico ante una estatua perfecta.

“Eunice, le dije, sabes que desde hace mucho no eres esclava mía?” Eunice volvió hacia él sus ojos tranquilos, azules como el cielo, y negó con un movimiento de cabeza.

“Soy siempre tuya,” contestó ella.

“Pero sin duda ignoras, continuó Petronio, que la villa, y esos esclavos que aquí tejen coronas, y todo lo que está en la villa, con los campos y las greyes, son tuyos de ahora en adelante.”

Eunice, al oír esto, separóse de él repentinamente y le preguntó con voz llena de repentino temor:

“Por qué me dices esto?”

“Acerósele luego y lo miró, parpadeando, con espanto. Inmediatamente su rostro tornóse tan blanco como el lino. El sonrió y dijo tan sólo:

“Porque así es.”

Hubo un momento de silencio; apenas una brisa muy suave movía las hojas de la haya.

Petronio pudo haber pensado que delante tenía una estatua tallada en mármol blanco. “Eunice, dijo, deseo morir tranquilamente.” Y la joven, contemplándolo con sonrisa dolorosa, murmuró:

“Te escucho.”

Por la noche, los huéspedes, que otras veces habían concurrido á las fiestas de Petronio y sabían que en comparación con ellas los banquetes mismos de César, parecían fastidiosos y bárbaros, comenzaron á llegar en gran número. A ninguno se le ocurrió que aquel sería el último “symposium.” Varios sabían, es cierto, que las nubes de la cólera de César estaban suspendidas sobre el exquisito árbitro; mas eso había acontecido frecuentemente y Petronio había sido hábil para disiparlas con un acto de destreza ó con una sola palabra audaz; pero ninguno pensó realmente que un peligro serio lo amenazaba.

El rostro alegre y la usual sonrisa, libre de temor, confirmaron en todos aquella creencia. La bella Eunice, á quien él había declarado su deseo de morir tranquilo y para quien cada palabra suya era una como voz del destino, ostentaba en el rostro una perfecta tranquilidad y en los ojos una especie de satisfacción maravillosa que más bien podía considerarse como delicia. A la puerta del ticlinio, unas jóvenes con el cabello cogido en redes de oro colocaban coronas de rosas en la cabeza de los huéspedes; advirtiéndoles, como de costumbre, que traspasaran el umbral, adelantando el pie derecho. Por el salón se es-

parcía un suave olor de violetas; las lámparas ardían entre vidrios alejandrinos de varios colores. En los lechos se hallaban unas doncellas griegas cuyo oficio era humedecer con esencias los pies de los huéspedes; cerca de las paredes esperaban la voz del director, tocadores de cítara y coristas atenieneses.

El servicio de mesa resplandecía; pero ese esplendor no alcanzaba á ofuscar ni á oprimir. La alegría y la libertad se esparcían por la sala con el olor de las violetas. Los invitados, al entrar, sintieron que ni la amenaza ni la violencia estaban suspendidas sobre ellos como en la casa de César, donde un hombre podía perder la vida por alabanzas que no fuesen suficientemente grandes ó suficientemente adecuadas. En la contemplación de las lámparas, de las copas rodeadas de hiedra, del vino refrescado entre pedazos de nieve y de las fuentes exquisitas, tornábanse gozosos los corazones de los huéspedes. Conversaciones de índole distinta comenzaron á zumbiar, como zumban las abejas en un manzano florecido. Por momentos eran interrumpidas por explosiones de risa alegre, y por aplausos.

Los huéspedes, mientras bebían vino, derramaban de sus copas algunas gotas, en honor de los dioses inmortales, con el objeto de obtener protección y favor para el anfitrión. Poco importaba que algunos de entre ellos no creyesen en los dioses. La costumbre y la superstición así lo prescribían. Petronio, inclinado cerca de Eunice, hablaba de Roma, de los últimos divorcios, de amores, de las carreras, de Spículo, que últimamente se había hecho famoso en la arena, de los libros recientes, aparecidos casa de Atractus y los Sozii. Cuando derramó el vino, dijo que sólo lo hacía en honor de la Diosa de Chipre, la divinidad más antigua y más grande, la única inmortal, duradera y poderosa.

Su conversación era como luz solar que ilumina un nuevo objeto á cada instante, ó como la brisa estival que agita las flores en el jardín. Al fin, dio la señal al director de la música, y á esa señal, las cítaras comenzaron á sonar ligeramente, acompañadas de alegres voces. Entonces, unas vírgenes de Kos, patria de Eunice, bailaron, y mostraran sus róseos cuernos al través de sus túnicas de gasa. Finalmente, un adivino egipcio dijo á los huéspedes su porvenir, por los movimientos de los colores del iris en un vaso de cristal.

Después que se divertieron de esta suerte durante algún tiempo, él se alzó un tanto de su cojín asirio y dijo vacilando:

“Perdonadme, amigos, que os pida favor en una fiesta. Queréis aceptar como un presente las copas en que bebisteis vino en honor de los dioses, y por mi prosperidad?”

En las copas de Petronio brillaban el oro, las piedras preciosas y las cinceladuras de los artistas; de ahí que, aun cuando la prodigalidad fuese común en Roma, el gozo llenase los corazones. Algunos le dieron las gracias en alta voz: otros dijeron que Júpiter no había honrado jamás á los dioses, con tales presentes, en el Olimpo; hubo también quienes se negaron á aceptar, por ser los regalos inestimables.

Pero él alzó su mirreno vaso, que por lo brillante semejaba un arco iris y cuyo precio era infinito.

“De éste, dijo, fue que derramé vino en honor de la Diosa de Chipre. Los labios de hombre alguno lo tocarán en lo adelante; y ninguna mano podrá jamás vaciar su contenido en honor de otra divinidad.”

Arrojó el precioso vaso contra el suelo, cubierto de lirios color de azafrán; y cuando estuvo roto en pedacitos, dijo, viendo á su alrededor rostros asombrados:

“Queridos amigos, alegraos y no os asombréis. La vejez y la debilidad son tristes cortesanas en los últimos años de la vida. Pero quiero daros un buen ejemplo y un buen consejo: En vuestras manos está, como véis, el no

esperar la vejez; podéis partir antes que llegue, como lo hago yo.”

“¿Qué pretendes hacer?” preguntaron varias voces alarmadas.

“Deseo gozar, beber vino, oír música, contemplar las divinas formas que véis en derredor mío y caer dormido con la frente coronada. Me he despedido de César; y queréis escuchar lo que al partir le escribí?”

Tomó bajo el cojín de púrpura un papel y leyó lo siguiente:

“Sé, oh César, que con impaciencia aguardas mi llegada; que tu corazón de amigo verdadero me compadece día y noche. Sé que estás presto á cubrirme de dones, á hacermeprefecto de tu guardia pretoriana y á ordenar á Tigelino se dedique á aquello para que fue formado por los dioses: un mulero de esas tierras que heredaste luego de envenenar á Domicio. Perdóname, pues te juro por los dioses infernales, y por las sombras de tu madre, de tu esposa, de tu hermano y de Séneca, que no puedo ir hacia tí. La vida es un gran tesoro. He tomado las joyas más preciosas de ese tesoro, pero en la vida hay multitud de cosas que no puedo soportar más tiempo. Te ruego no supongas que estoy ofendido porque matases á tu madre, á tu esposa y á tu hermano; porque incendiases á Roma y enviaras á Erebus á los hombres más honrados de tus dominios. Nó, nieto de Chronos. La muerte es herencia del hombre; de tí no podían esperarse otras hazañas. Pero destruir nuestros oídos por largos años con tus versos, ver tu vientre de un Domicio sobre piernas delgadas, girar en una danza pírrica; oír tu música, tu declamación, tus versos viles, poeta infeliz de los suburbios,—es cosa superior á mis fuerzas y ha despertado en mí el deseo de morir. Roma se tapa los oídos cuando te oye; el mundo te ultraja. No puedo sonrojarme por más tiempo á causa tuya y ningún deseo tengo de ello. Los aullidos de Cerbero, aún cuando parecidos á tu música, serán menos ofensivos para mí, pues nunca fui amigo de Cerbero, y sus aullidos no me avergonzarán. Adiós, pero no hagas música; asesina, pero no escribas versos; envenena, pero no bailes; sé incendiario, pero no toques cítara. Este es el deseo y el último consejo amigable que te envía el—*Arbíter Elegántia.*”

Los huéspedes estaban aterrizados, pues sabían que la pérdida del poder era menos cruel para Nerón que esta bofetada; comprendían además que el autor de aquel papel debía morir; y al mismo tiempo, un miedo pálido voló por sobre ellos, porque habían oído tal papel.

Mas Petronio rió con gozo sincero y alegre, como si se tratase de la chanza más inocente; luego dirigió la mirada á todos los presentes, y les dijo:

“Alegraos y desechad el miedo. Ninguno tiene necesidad de jactarse de haber oído esta carta. Me alabaré de ella sólo con Caronte, cuando en compañía suya haga la travesía.”

Hizo señas al médico griego y le tendió el brazo. El hábil griego, en el parpadear de un ojo, abrió una vena en la sangría del brazo. La sangre cayó sobre el cojín y cubrió á Eunice, quien, sosteniendo la cabeza de Petronio, se inclinó sobre él y le dijo:

“Pensaste que te abandonaría? Si los dioses me dieran inmortalidad y César me concediera poder sobre el mundo, siempre te seguiría.”

Petronio sonrió, levantóse un tanto, tocó sus labios con los suyos, y dijo:

“Vente conmigo.”

Ella alargó su brazo al médico, y al cabo de un momento su sangre comenzó á mezclarse y á perderse en la sangre de él.

Entonces dio una señal al director de la música, y de nuevo se oyeron las voces y las cítaras. Cantaban “Armodio”; luego resonó la canción de Anacreonte—aquella canción en la cual se lamenta que en un tiempo encontró al hijo de Afrodita, helado y lloroso bajo



FRAI BARTOLOME DE LAS CASAS, PATROCINA A LOS INDIOS. — Bajo relieve del sepulcro de Colón en Santo Domingo

los árboles; que lo llevó consigo, lo calentó, secólelas alas y el malagradecido del niño, atravesó su corazón con una flecha—desde aquel momento la tranquilidad abandonó al poeta.

Petronio y Eunice, uno al lado del otro, bellos como dos divinidades, escuchaban sonriendo y tornándose pálidos. Al final de la canción, mandó Petronio servir más vino y alimentos; luego conversó con los huéspedes sentados cerca de él de cosas frívolas pero agradables, como las que se acostumbran en las fiestas. Por último ordenó al griego que le ligara el brazo por un instante, pues el sueño, dijo, lo atormentaba, y quería someterse á Hypnos, antes que Tánatos lo durmiese para siempre.

En efecto, quedóse dormido. Cuando despertó, la cabeza de Eunice caía sobre su pecho como una flor blanca. La colocó en la almohada para contemplarla una vez más. Después sus venas fueron abiertas de nuevo.

A una señal suya los cantores volvieron á entonar la canción de Anacreonte y las cítaras los acompañaban muy suavemente como para no ahogar una palabra.

Petronio palideció más y más, pero cuando cesó el último sonido, volvióse hacia sus huéspedes, y dijo:

“Confesad, amigos, que con nosotros perece.”.....

Mas no pudo continuar. Su postrer movimiento fue abrazar á Eunice; su cabeza cayó sobre la almohada, y murió.

Contemplando aquellas dos formas blancas semejantes á dos estatuas maravillosas, los huéspedes comprendieron perfectamente bien que con ellos perecía todo cuanto en el mundo de entonces quedaba—la poesía y la belleza.

HENRYK SIENKIEWICZ.
(Polaco.)

TRAS LOS MONTES

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
Más nido que tu amor, dulce bien mío,
Pájaro errante que á buscarte viene
Empapadas las alas de rocío.

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva;
Hierven las aguas del arroyo inquieto
Y extienden las encinas en las selvas
Sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece,
Duermen las flores y las fresas rojas,
Y á veces la luciérnaga parece
Una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo,
Rozan sus alas la campaña muda
Y negra nube atravesando el cielo
Como gigante víbora se anuda.

Ay! qué negra es la noche de la vida!
¡Qué largo este camino! Casi muerta
El ave de tu alma entumecida,
Ha caído sin fuerzas en tu puerta.

El bosque obscuro atravesar no quiere,
Ya no quiere volar á la montaña,
La lluvia moja su plumaje, y muere
Sin sentir el calor de la cabaña.

Abrele, que en sus alas han caído
Las hojas, secas ya, de sus amores,
Todas las nieves del eterno olvido
Y la lluvia de todos los dolores.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.
(Mejicano)

DON JUAN EN LOS INFIERNOS

[PENSAMIENTO DE BAUDELAIRE]

El joyel diamantino en el sombrero,
la espada al cinto, el cuello de oro y blondas,
surca don Juan, gallardo y altanero
en fúnebre bajel las negras ondas.

Mujeres, peregrinas hermosuras
de ojos de luz y formas nacaradas,
abiertas las flotantes vestiduras,
detrás del seductor gimen airadas.

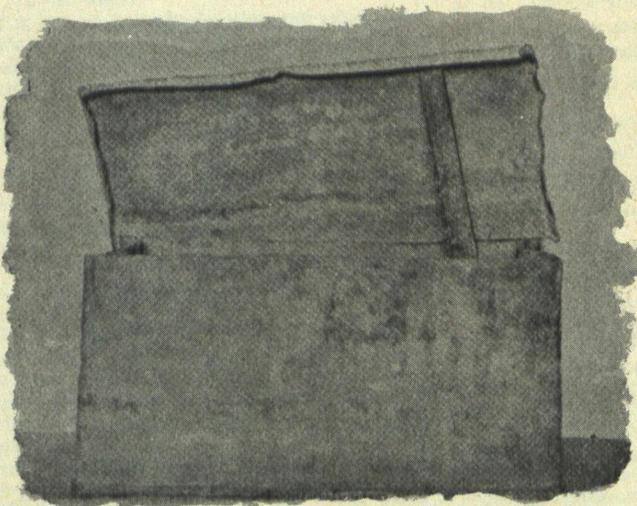
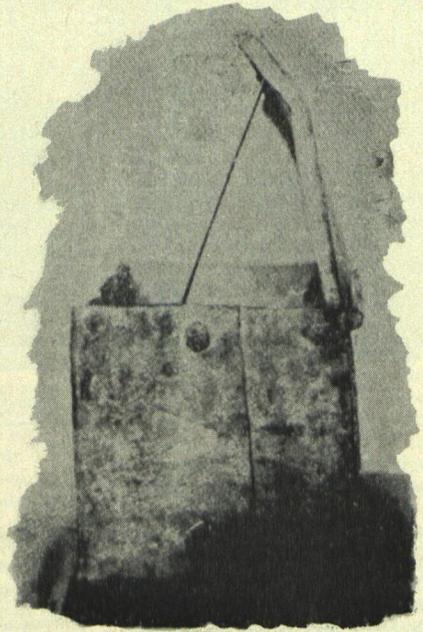
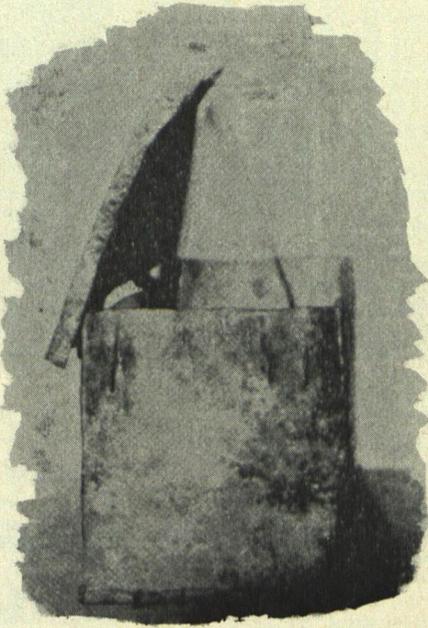
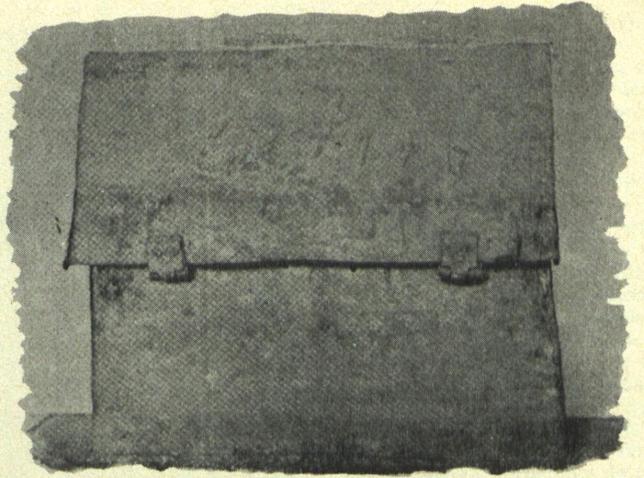
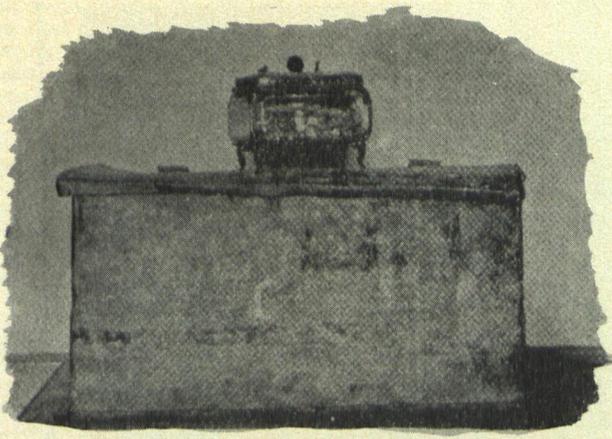
Su padre, ensangrentada la mejilla,
á la legión terrible y clamorosa
de los muertos, que vaga por la orilla,
muestra al hijo con mano temblorosa.

La dulce Elvira, triste y demacrada,
cubierto el rostro con las trenzas de oro,
al lado de su amante va sentada,
vertiendo silencioso amargo lloro.

Y en el timón la mano poderosa,
una estatua de mármol, impasible,
traza, cortando el agua tenebrosa,
de los infiernos el camino horrible.

Mientras don Juan, tranquilo, indiferente,
á tantas desventuras y dolores,
los ojos clava en la fatal corriente
y lanza al viento una canción de amores.

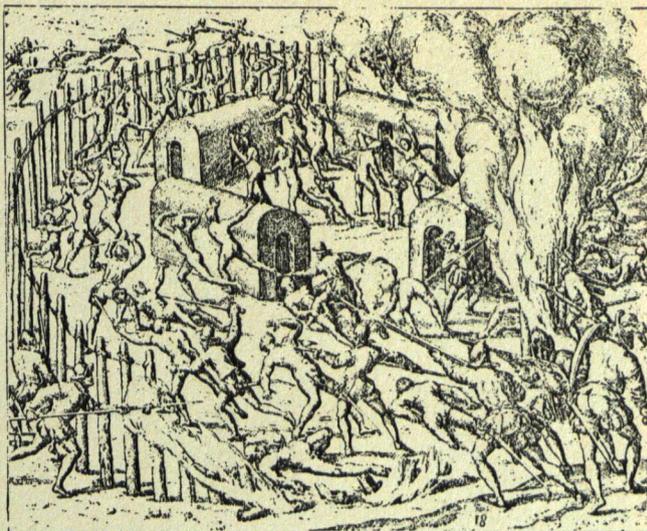
MANUEL REINA.
(Español.)



Fotografías de la urna de plomo que contiene los restos de Colón, exhumada del piso del Presbiterio de la Catedral de Santo Domingo, el 10 de Septiembre de 1877.
 (Véase sección de "Nuestros Grabados")



Perros españoles soltados para devorar á los cubanos



Los españoles destruyendo una aldea

CONSIDERACIONES DE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS SOBRE LA CONDUCTA OBSERVADA POR LOS ESPAÑOLES CON LOS INDÍGENAS AMERICANOS

Descubriéndose las Indias el año de 1492: comenzaron á ser pobladas por cristianos españoles en 1493, de manera que hace cuarenta y nueve años en este de 1542 en que escribo.

La primera tierra en que los nuestros habitaron fue la grande y felicisim *Isla Española* cuya circunferencia es de seiscientas leguas.

Hay alrededor otras islas muy grandes; he visto yo todas, y estas tan pobladas por gentes naturales del país, que no puede haber otra que les exceda en población.

La *Tierra Firme* dista de la *Isla Española* más de 250 leguas; tiene una costa marítima que por la parte conocida pasa de diez mil leguas; y cada día se descubre más. La descubierta es una colmena de hombres, pues parece que Dios ha ejercido allí su poder para multiplicar la población.

Las gentes de todos aquellos vastísimos países son sencillas, sin iniquidad ni doblez, obedientes y fieles á sus señores naturales y á los cristianos á quienes sirven, pacíficas, pacíficas, quietas, ni rencillosas ni alborotadoras, no querrelosas ni rencorosas, sin odios ni deseos de venganza.

Su complexión es delicada, tierna, flaca y débil; por lo que no pueden sufrir trabajos grandes. Aun los hijos de labradores son menos robustos que los europeos hijos de príncipes criados con lujo y regalo; por eso resisten mucho menos en las enfermedades.

Son pobres pero contentos con su pobreza sin voluntad de poseer bienes temporales y por lo mismo humildes, exentos de orgullo, ambición y codicia.

Su comida es muy escasa y muy ordinaria, comparable con la que se nos cuenta de los santos anacoretas del desierto.

Su vestido es por lo común una piel que cubre lo que la honestidad manda; y cuando más, una manta de algodón de vara y media á dos varas cuadrilongo.

Su cama es una estera, y á lo sumo una red colgada conocida en la *Isla Española* con el nombre de *Hamaca*.

Su entendimiento es vivo, listo, y sin preo-

cupaciones; por lo que los indios son dóciles para recibir toda doctrina, capaces de comprenderla; dotados de buenas costumbres y aptísimos para recibir nuestra santa fe católica, tanto y más que cualquiera otra nación del mundo. Cuando ya comienzan á conocer algo de nuestra religión, tienen tal ansia de saber que llegan á ser importunos para sus catequistas, en tanto grado que los religiosos necesitan ser bien pacientes para sopor-

leguas. Sin embargo, las crueldades de los españoles han sido tantas y tan nefandas que han aniquilado la población y dejado desierto el país.

Podemos asegurar que los españoles han quitado con su atroz é inhumana conducta más de doce millones de vidas de hombres, mujeres y niños: pero según mi opinión pasan de cuince.

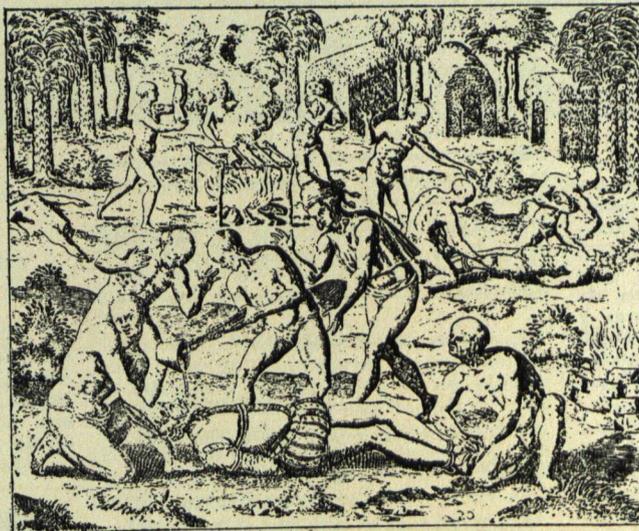
De dos maneras se han conseguido estos bárbaros efectos: primero dando guerras tan inhumanas como injustas: segunda maltratando después de la conquista á los naturales del país, y matando á los señores, á los caciques y á los varones jóvenes y robustos; oprimiendo á los demás con la más dura, más áspera y más cruel esclavitud, insoportable aun por bestias.

La única causa de tan horrible carnicería fue la codicia de los españoles. Estos se propusieron no tener prácticamente otro Dios que el oro, llenarse de riquezas en pocos días á costa de unas gentes humildes y sencillas, á las cuales trataron infinito peor que á las bestias, como yo mismo lo he visto, y aun con mayor vilipendio que al estiércol de las plazas; en prueba de lo cual no cuidaban ni aun de las almas de los indios pues dieron lugar á que estos infelices murieran en los tormentos sin ser convertidos á la santa fe cristiana.

Semejante atrocidad es tanto más notable cuanto los españoles confiesan que los indios no han hecho mal alguno á los cristianos; antes bien los amaban como á venidos del cielo hasta que vieron que multiplicaban los males, los robos, las violencias, las vejaciones y las muertes de los naturales del país.

DE LA ISLA ESPAÑOLA

La *Isla Española* fue la primera que los cristianos ocuparon en América. Los españoles comenzaron robando los hijos de los indios para esclavos suyos, y las mujeres para abusar de ellas. Les roban así mismo la comida que los indios habían preparado con el sudor de su rostro; y un solo español consumía en un día más que tres familias indianas de diez personas. Les hacían en fin tan atroces injurias que los indios dijeron ser incierto que los españoles fuesen hombres venidos del cielo. Unos indios escondían su

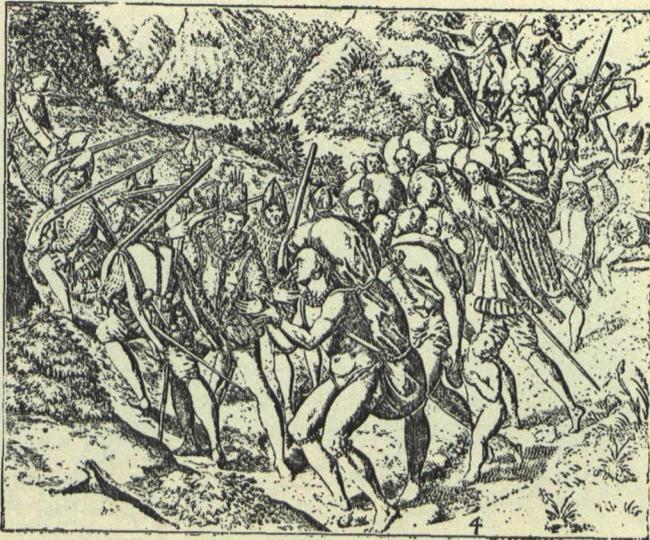


Los cubanos hacen beber oro derretido á los españoles ávidos de oro

tar sus instancias. En fin he oído á varios españoles seculares decir muchas veces: *La bondad de los indios es tanta que si llegan á conocer al verdadero Dios, no habrá gente más bienaventurada en el mundo.*

Los españoles trataron á estas mansísimas ovejas, olvidándose de ser hombres, y ejerciendo la crueldad de lobos, de tigres y de leones hambrientos. De cuarenta años á esta parte no han hecho ni hacen sino perseguirlas, oprimirlas, destrozarlas y aniquilarlas por cuantas maneras conocían ya los hombres y por las nuevas que han inventado ellos. Así, hay ahora en la *Isla Española* sólo doscientas personas naturales de allí, habiendo habido al principio hasta tres millones.

La *Tierra Firme* contenía más de diez reinos cada uno mayor que la España entera incluyendo la corona de Aragón y todo lo de Portugal. Su extensión es como de Jerusalén á Sevilla pues se alarga más de dos mil



Los españoles maltratando á los cubanos que se doblegan bajo el peso de sus fardos



Segunda revuelta de Cuba

mujer y sus hijos: otros huían á los montes por no sufrir tan grandes injusticias. Al ver esto los españoles maltrataron cruelmente á los indios señores de los pueblos dándoles bofetadas, palos y otros golpes á mano y con instrumentos. Hubo un capitán cristiano que robó á un indio rey de toda la isla su mujer propia y abusó de ella por fuerza.

Esto fue origen de las guerras de resistencia en defensa de la libertad de los naturales para expeler á los cristianos. Pusieron á las indios en armas: pero estos son débiles, tanto que las guerras entre indios son menos fuertes que los juegos de cañas en Europa. Los cristianos tenían caballos, espadas y lanzas, y fácilmente mataban haciendo cruel carnicería.

Entretanto en los pueblos sacrificaban á su furor los viejos, los niños y las mujeres: degollaban personas como á corderos ceñados en un aprisco. Apostaban inhumanamente sobre quien partía mejor á un hombre en dos trozos con una sola cuchillada, ó sobre quien le sacaba mejor las entrañas. Quitaban á las madres los hijos pendientes de sus pechos; los tomaban por una pierna y los tiraban sobre una piedra de manera que la cabeza fuera estrellada. Otros arrojaban dichos niños al río próximo para que pereciesen ahogados, diciendo con risa inhumana: *Refréscale ahora bien, cuerpo de tal.* Otros atravesaban con sus espadas al niño, á su madre y á las personas que á la sazón allí se hallasen. Hicieron ciertas horcas muy largas, no muy altas, ataban á ellas trece hombres, les aplicaban fuego por debajo, y los quemaban vivos, diciendo con horrible sacrilegio que los ofrecían á Dios en sacrificio para honor de Jesucristo y de sus doce apóstoles. Otros cubrían al hombre con paja, lo ataban, y después aplicaban el fuego para que muriese aquel feliz indio entre las llamas. Cortaban las manos á los que no mataban, y luego les insultaban diciendoles, *Lleवाद ahora cartas á los que han huído á los bosques.* Todavía eran más crueles para con los indios señores de los pueblos; pues los ataban y tendían sobre parrillas de madera hechas de intento, y los quemaban por debajo para que muriesen abrasados á fuego lento entre los más insufribles tormentos.

Yo mismo vi una vez quemando en dos ó tres pares de parrillas á cinco señores de pueblos y á otras personas: el capitán se dio por ofendido de que aquellos infelices le quitaban el sueño con sus gritos de dolor. Mandó que les ahogasen al instante para que no gritasen más. El alguacil (á quien yo conocía como también á sus parientes por ser to-

dos naturales de Sevilla) más cruel que su jefe no quiso ahogarlos; les metió en sus bocas un palo para que no pudiesen gritar, y atizó el fuego para que muriesen quemados con mayor tormento. Vi también otros muchos casos de los otros modos atroces de martirizar que antes he referido.

Habiendo notado los españoles que muchos indios abandonaban al pueblo y se retiraban á los montes y bosques, amaestraron perros lebreles sanguinarios para perseguir á los indios, y los animales llegaron á ser tan diestros y feroces que apenas veían un indio lo destrozaban en dos momentos, y se lo comían como si fuera cadáver de un puerco. No hay cálculo de los indios despedazados por los lebreles. Si los indios mataban á un cristiano aunque fuera en caso de justa defensa, los cristianos manifestaron tan inhumana venganza que promulgaron ley mandando matar cien indios por cada cristiano.

(Obras del venerable Obispo, D. Bartolomé de Las Casas.—Tomo I, páginas de 101 á 107.)

A CUBA

A D. Ricardo Becerra.

Tú sola has de vencer. Abre tus venas
En holocausto al ideal bendito
De Patria y Libertad, contra el delito
Que te sumerge en indecibles penas.

Así de asombro el universo llenas;
Y cuando lances de victoria el grito,
Con luz tu nombre dejarás escrito
Y serán de laureles tus cadenas.

Pero á extranjera raza dar la gloria
De uncir tu frente en ominoso yugo
Por desatar los lazos que te oprimen;

Eso no es digno de tu magna historia;
Eso es cambiar de cárcel y verdugo,
Eso es trocar la redención en crimen.

F. FORTOULT HURTADO.

Caracas: 1898.



ECOS

I

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.
Y acaso sin sentirlo,
Y acaso sin saberlo,
Cadencias en las notas
De un arpa que yo tengo,
Sonidos en mis cantos,
Ideas en mis versos,
Confusas armonías,
Y aroma en mis recuerdos,
Amor en mis canciones,
Baladas en mis sueños,
Brotaron á raudales
Del fondo de mi pecho.
Hoy fáciles germinan,
En flores desenvueltos,
Al rayo poderoso
Y ardiente de un sol bello.
Bebieron sus raíces
La savia de un sendero
Que riegan á torrentes
Las lágrimas que vierto.
¡Ay, quiera Dios encuentren
Alivio mis tormentos,
Cantando mis dolores
Del mundo en el desierto!

XXX

Imágnate un sol de invierno, apenas
Su luz filtrando en la morena bruma;
Debajo del follaje más sombrío,
Como un espejo, un lago sin espumas.

Al pie de unos bambúes casi negros
Un humilde portal que se derrumba
Al peso de los años, al azote
Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
De un pilastrón cubierto de verdura,
Una triste paloma, triste y sola,
Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo lejos, junto á sauce añoso,
Una desmoronada sepultura,
Sin cruz, sin epitaño, ni siquiera
Una lozana flor, ni una flor mustia.

Imágnate, en fin, allá entre abrojos
La lira que cantaba tu hermosura,
Cubierta con el polvo del olvido,
Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte
Cómo serán mis sueños de ventura,
Cuando siento el dolor que siento ahora,
Cuando siento estas ansias y estas dudas!

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.
(Mejicano)



PRIMERA ASCENSION AL "PICO DE LA CANDELARIA"

UN PUNTO CULMINANTE DE LA SERRANIA COSTANERA

El señor Ingeniero Alfredo Jahn, hijo, incansable en el estudio de la región central de Venezuela, desde el punto de vista de la geografía y de la geodesia, que tiene ya rico caudal de observaciones, hizo, á principios del mes de febrero de este año, una ascensión á uno de los más interesantes lugares de la Cordillera al Norte de los Valles de Aragua.

Se creía generalmente que esta serranía en su declinación occidental, no alcanzase elevaciones como las que ha revelado el barómetro en el Pico de la Candelaria, explorado por vez primera por el señor Jahn.

La inmensa serranía de la Costa, de cerca de cien leguas de extensión, desde Puerto Cabello hasta Cabo Codera, en su terminación oriental, ofrece la región agrícola por excelencia de Venezuela, en los innumerables valles y altiplanicies que forma, surcados por corrientes más ó menos caudalosas; y la variedad de sus climas por las gradaciones termométricas hacen habitable esta región con preferencia á las cálidas llanuras y al litoral.

Del lado allá, mirando al mar Caribe, se acentúa el carácter tropical de esta región: crecen allí el cacao, reputado el más selecto de la costa de Sotavento, la caña de azúcar, los cereales, el plátano y las raíces farináceas americanas. Numerosos ríos descienden de las elevadas montañas, creando una temperatura favorable al desarrollo de los cultivos tropicales; los flancos y las estribaciones al hundirse en las aguas marinas ofrecen abrigos y

puertos naturales, ó al dilatarse dejan radas de hermoso aspecto.

Esta es la región destinada geográficamente á constituir el emporio agrícola é industrial de Venezuela.

El señor Jahn nos envió en carta particular, antes de su ascensión, unos croquis de la serranía y la disposición de los picos y las poblaciones de los Valles de Aragua, y la tentativa que entonces hizo para llegar hasta la cumbre de la Candelaria, á que se oponía las condiciones del estribo por el cual la intentó escalar.

Vemos por la medida alcanzada con el barómetro, la exactitud de las observaciones trigonométricas del señor Jahn. La altura de 2.342 metros que le dio el barómetro Fortin, es la misma que por cálculos y bases trigonométricas encontró meses antes de su ascensión al Pico de la Candelaria.

El señor Jahn, como antes dijimos, tiene mucho trabajo de este género acumulado, que deseamos con ansias de legítimos aficionados ver publicados. Es una contribución verdaderamente científica para la geografía del grande Estado Miranda y que ojalá el Gobierno de esa entidad federal coopere á que el señor Jahn le de conveniente publicidad.

¡ Nuestros saludos al esforzado excursionista !

FRANCISCO DE P. ALAMO.

Caracas: 6 de julio de 1898.



PAGINAS OLVIDADAS

JUICIO CRITICO

ACERCA DE LA

HISTORIA ANTIGUA Y DE LA EDAD MEDIA

Tenemos á la vista el MANUAL DE HISTORIA UNIVERSAL que acaba de publicar nuestro bien conocido literato el señor Juan Vicente González. Doble satisfacción experimentamos al leer este libro, en primer lugar porque vemos uno serio, grave, de doctrina pura y de ejemplos sanos, destinado á la enseñanza de nuestra inteligente juventud, tan expuesta á extraviarse con la grande copia de obras que le viene á las manos y que parecen destinadas por la malicia infernal á pervertir el corazón y esterilizar el pensamiento; y luego, nos alegramos de ver al señor González, tan lleno de erudición, tan amante de la literatura y tan bien inspirado siempre por la religión y la poesía, salir, y que sea para siempre, del carril de la diatriba política quemado por el fuego de las más inconsonas pasiones y que conduce infaliblemente á un estado del alma en que se encuentran siempre las dos saetas envenenadas del odio ajeno y del remordimiento propio.

Arrojo es grande, por cierto, tratar la historia universal, y vana la tentativa, á nuestro entender, donde se escollará siempre la presunción del hombre; pero no menos grande es el deseo, y más que deseo la necesidad que tenemos de oír la narración de los sucesos humanos, aunque burladas sean con frecuencia nuestras esperanzas y naufraguen los esfuerzos de los que intentan cumplirlas.

Tan ardua es, en verdad, la empresa, que de sólo meditarla experimentamos flaqueza de ánimo y confusión de ideas, sin que valgan á infundirnos aliento y lucidez ni la hermosura de la obra, ni la grandeza del designio; que no es poco lo que arredra á nuestra débil razón haber de difundirse en el tiempo y el espacio, abarcar en su plenitud la infinita variedad de los hechos, arirse á la cadena que los enlaza, y por ella, con segura planta y atrevidamente, remontar de siglo en siglo y explorar cada región, hasta penetrar en el recóndito santuario donde hemos de contemplar con mirada reverente la *Incunabula velata* de la misteriosa humanidad.

Cierto, ningún otro asunto muestra más á las claras en el ingenio humano lo débil del esfuerzo, lo corto del alcance, lo humilde y vacío del concepto, por más que parezca nutrido y levantado; pero tampoco ninguno mueve tanto á inquirir y conocer, ni halaga con más estímulo la vanidad de penetrar en regiones inaccesibles al vulgo, ni pone en tanto empeño y fervor la sagaz observación, la perseverancia, la curiosidad novelera y la propensión natural á levantar hipótesis y aumentar la oscuridad de lo desconocido con la perplejidad de las cavilaciones. Y así ha de suceder, porque, en el hastío de la vida y al frente del sepulcro, el hombre busca en el estudio de las leyes universales que rigen el destino de la humanidad en la tierra, término y solaz á la ansiedad del corazón, objeto digno y prenda segura al desasosiego de la esperanza, fruto de bendición al trabajo del espíritu y al terror de la conciencia, y fuente perenne de luz y de verdad á la sed insaciable de las facultades del alma.

¿Pero á quién fue nunca dado conocer el itinerario del hombre en la tierra? ¿Dónde está el arca santa que guarda el registro de la vida y el padrón de la muerte? ¿Pudo mortal alguno leer en los anales del mundo—el polvo, único archivo que no perece—las vicisitudes de los imperios y el secreto de las generaciones pasadas? El hilo de oro del pensamiento humano que ora brilla en plexos lucientes, como los destellos de la divinidad, ora se adelgaza y oculta, como si fuera á perderse en las tinieblas eternas, ora vuelve á aparecer y brillar para probar que del cielo vino y al cielo volverá, ¿quién le devana? ¿quién le sigue en las intrincadas vueltas del laberinto de los siglos? ¿Habrán poder mental, habrá fuerza de inspiración que reúna las ruinas de las ciudades, amontone el polvo de los desiertos, interroge las momias de las catacumbas, interprete el silencio, llene el vacío y cree la luz para levantar en medio de la creación atónita un edificio que nunca existió, que Dios no ha querido que exista, la historia universal, como obra de la ciencia humana?

Cuando las cuestiones antropológicas son resueltas por la fe en la revelación, la historia del género humano y su apareamiento en la haz de la tierra es un altísimo misterio; pero en los misterios no se ejercita la crítica, ni se ponen las bases de los conocimientos racionales. Los oráculos de la Divinidad son oscuros, las revelaciones no se repiten, y las verdades que ha enseñado, exigen el asentimiento y prohíben la contradicción; así es como la razón, que no halla en esta enseñanza ni evidencia ni demostración lógica, abdica su autoridad, si la admite, ó se extravía, si la rechaza, en la senda tenebrosa de la impiedad y la desesperación. Como el niño que existe sin saber que existe, y oye de sus padres, al entrar en la edad del raciocinio, la época de su nacimiento y los sucesos de su infancia, del mismo modo la humanidad, al encontrarse en medio de la creación, entre lo infinito que fue y lo infinito que será, pide al Criador del Universo la historia de su origen y el secreto de su destino y oye, absorta y humillada, una narración misteriosa que su razón no alcanza, ni su experiencia confirma. ¡Oh, y cuánto no debe pesar á nuestro orgullo! La alternativa

es forzosa: tenemos que optar entre el hombre-ángel del historiador sagrado y el hombre-bruto del filósofo racionalista.

Dejado el punto de origen, como consagrado con una autoridad divina y puesto fuera del alcance de la crítica, se entra en el campo del libre examen y la experiencia, y ya más ensanchado el terreno de la historia, muy rico caudal de datos y de hechos parece ofrecerse al discernimiento y diligencia del historiador. Diversos escritores con la osadía del talento y la fe en su vocación entran por diversas sendas á explorar las vastas regiones en que parecen dispersos, confusos y sin orden los acontecimientos humanos, para formar con ellos, coordinándolos aquí, subordinándolos allá, los cuadros más ó menos extensos que esperamos con ansiedad. Uno da á luz la biografía de un personaje célebre en las armas ó en las letras, digno de alabanzas por sus virtudes y grandes acciones ú objeto de abominación por sus maldades y crímenes. Otro publica las memorias de una corte, nos hace ver sus personajes, describe sus caracteres y costumbres y nos revela el juego sordo de la intriga y el favor, y la corrupción bajo el velo de la justicia y la conveniencia pública. Este en la crónica de una época, aquél en los anales de un imperio se levantan á mayor altura, contemplan acontecimientos más variados, las causas que obran en el adelanto y atraso de la sociedad, las condiciones de su existencia, ya se considere la parte material, ya la intelectual y la altura que haya alcanzado en las artes, las ciencias, la religión y la filosofía. Y así y todo, no son estos cuadros más que trozos sueltos del gran conjunto que debe ofrecer la historia universal, comprendiendo en vasta síntesis la infinita *variedad* de hechos y la simple *unidad* de plan y de designio, que realiza la humanidad en la tierra. El fondo es profundísimo, infinita la extensión del campo; todo poder investigador halla estímulo y materia, todo descubrimiento recibe aplauso y recompensa; no hay hipótesis que no busque comprobación entre tan variados elementos, ni sistema, por absurdo que parezca, que no tenga celosos partidarios: uno aboga por la ley providencial que al través de los siglos guía á la humanidad en sus aparentes aberraciones, sin dejar un paso, un hecho, un pensamiento que no esté previsto y encadenado por la infinita sabiduría del Hacedor; otro pone en el acaso, en la naturaleza, en la autonomía humana la categoría de causación y deja la ley de las variaciones como ley suprema sin antecedente ni autor: y éste y aquél tienen prosélitos y forman escuelas, y entre ambos se dividen la palma del triunfo, porque uno y otro han encontrado en las antinomías de la razón argumentos que comprueban y objeciones que destruyen toda la fábrica del saber humano.

No importa: ley es de nuestra inteligencia edificar aunque sea con ruinas de ruinas. La historia es un edificio que siempre se comienza y nunca se termina, pero en que todos vemos con gusto desplegarse la habilidad de los arquitectos. Y qué cosa no se pide al historiador? ¿Quién no tiene un deseo que satisfacer, una duda que disipar y un pensamiento favorito que quiera ver convertido en verdad histórica? Qué raudal de luz no se necesita para disipar la ignorancia, aclarar la duda, convencer el error, confundir la incredulidad y estimular al mismo tiempo la indolencia del espíritu para la investigación de la verdad! ¡Cuán rico acopio de hechos y de pruebas, qué abundancia de descubrimientos y revelaciones, qué consorcio tan armonioso de lo útil y lo bello, para acudir á tan ardiente solicitud, á tan incansantes demandas!

Pretende uno ver trazado el árbol genealógico de la humanidad y descubierta la ley de las alteraciones físicas producidas por los hábitos y climas, al mismo tiempo que su influencia en las facultades morales; que se explique de esta manera la diversidad de razas que pueblan

las diferentes regiones de la tierra, y se pruebe que salen de un mismo tronco el rubio inglés de ojos garzos y el etiope de piel como ébano y cabellos como lana, el rojo guarauño de rostro chato y cabeza redonda y el escuálido sér de Australia de faz triangular y cabeza de pirámide, el pequeño lapón y el gigante de la Patagonia, los hijos de la niebla y los hijos del sol, la Venus griega y la Venus hotentote; y que trayéndolos todos de una cuna, se proclame la unidad de la especie humana, su origen único y su común destino en los altos designios de la Providencia.

Ver quiere otro trazada con verdad y lucidez la filiación de las lenguas, explicada su asombrosa diversidad, los elementos comunes á todas desentrañados y puestos fuera de duda los caracteres de familia y la derivación de una lengua madre, raíz de las que conocemos. ¿Por qué, remontando de las vivas á las muertas, de ésta á la griega, de la griega á la sánscrita, encontramos cada vez mayor artificio y variedad, aumento de riqueza y armonía, más y más osadía, belleza y libertad? ¿Cuál fue entonces la lengua primitiva, celestial, en que el hombre tributó á su Hacedor el primer himno de adoración y alabanza? ¿Qué nombres dio á la luz, al cielo, á la mujer, en sus primeros transportes de gozo y admiración? ¿Cuáles fueron las palabras de fuego del poeta que precedió al hebreo David en la Oda sagrada, en los cantos del presentimiento? ¿De dónde trajo Melesigenes lo que tan bien expresa en sus poemas, la voz de la piedad, el estridor de la ira, las dulcíssimas melodías del amor, el tono levantado y majestuoso de los héroes y semidioses y el murmullo subterráneo y las cadencias horrísonas del conflicto de los elementos agitados? La extensión de los imperios, su legislación, poder, gloria y duración, su decadencia, ruina y desaparecimiento, quiere saber uno; otro, dónde nacieron las artes, qué pueblo ó más sensible ó más inspirado multiplicó sus producciones, perfeccionó sus modelos y se acercó más en la hermosura de las formas al tipo ideal que adora el alma; quiere el militar oír la narración de los grandes capitanes, sus célebres batallas, sus conquistas y triunfos y la gloria que adquirieron en la inmortal palestra sobre competidores afamados; pide el economista la estadística, números que expresen hombres y cosas, el peso y la medida de todo lo que satisface las necesidades de la vida, cuánto produce la tierra, qué dan las fábricas, cómo nace, crece y se reparte la riqueza entre los miembros de la sociedad; por último, con pensamiento más profundo y miras más severas, quiere el filósofo encontrar en la historia universal la historia del entendimiento humano, sus leyes, el progreso de su desenvolvimiento desde la duda científica hasta los más abstrusos sistemas metafísicos, y las cuestiones teológicas que tienen por objeto la gran trilogía del espíritu humano; el hombre, el Universo y Dios.

Al describir, aunque muy someramente y pasando á la ligera, todo lo que debe contener la historia, porque otro tanto se le pide, so pena de faltar á su ministerio, si anda escasa de hechos y pobre en narración, ocurre infaliblemente la pregunta: ¿Puede la historia dar cumplida satisfacción á estas multiplicadas demandas? ¿Hay tal cadena, tangible al pensamiento, que enlace la vida á la humanidad en todos los tiempos y todos los lugares? Sólo hay una solución á este problema, y eso, apelando á la ley providencial ante la cual debe inclinarse la crítica: nada útil, nada grande, nada bello, una vez descubierto ó revelado, vuelve á perderse en el torbellino de los sucesos del mundo. El tiempo, viejo cosechero de todos los siglos y todas las naciones, cierne en su harnero todo lo que ve pasar, y copia en sus trojes el fruto del saber y la experiencia humana; jamás deja perder la simiente, entrega la paja y las aristas á la destrucción y al olvido, pero preserva el grano, que ger-



EN EL CAMPO—Cuadro de Pedro Janssen

mina, se reproduce y multiplica para provecho de las generaciones venideras.

Un compendio de esta inmensa obra de los siglos es lo que ofrece el señor González á la juventud estudiosa de Venezuela, que bien lo ha menester, pues son raros é incompletos los que tenemos de este género. Y no hay que preguntar de dónde ha sacado el escritor su tesoro. Copia grande sabemos que posee de buenos originales antiguos, crónicas, leyendas y memorias, sin que creamos que haya visto como vedado á su investigación y discernimiento lo ya digerido y comentado por más modernos ingenios. No se pide en esta clase de obras sino la buena elección de los materiales, cosa que el autor no crea; suyo sí es el orden, el estilo y el nexo filosófico que da semblante al todo, según la fuerza del pensamiento y el poder de la expresión del que ha concebido el plan y dádole feliz remate. Que los materiales de esta obra salen de la mejor cantera, no hay que ponerlo en duda; que la idea arquitectónica y la manera de exponerla corresponden á aquéllos, es fácil comprobarlo con el libro que tenemos á la vista.

La geografía del Asia, cuna del linaje humano, la portentosa narración del Génesis, la creación y el diluvio; poblarse de nuevo la tierra; fundarse, crecer, venir á menos hasta caer en ruina y asolación los grandes imperios de los Asirios, Medos y Persas; allegados otros, menores en extensión y poderío, no en ejemplos de vicisitud, decaimiento y fragilidad de las grandezas humanas; Israel escogido y glorioso, prevaricador y castigado, atento á las promesas, y ciego para las gracias, hasta que sobre él cayó de recio el brazo del Eterno, sin que le valiera la antigua alianza para no ser desechado, disperso y maldecido: todo esto forma el asunto de los primeros 26 capítulos, en que el señor González halla campo á su erudición y buen decir, y materia adecuada á sus sentimientos religiosos é ideas teocráticas.

Con el 27º comienza la geografía del África; sigue el Egipto, sus reyes é instituciones, con un capítulo, el 30º, sobre la religión, las ciencias y artes de los pueblos orientales, acaso todo demasiado compendiado, por no decir, faltar de sustancia y escaso de crítica.

Entramos con el 32º en la Europa antigua y leemos con placer el trozo dedicado á la Grecia, que comprende 21 capítulos, porque el autor, sin omitir nada importante en la existencia de las razas helénicas, nos describe con lucidez y animación sus repúblicas, institucio-

nes, artes y ciencias; sus luchas y sus grandes atletas, guerreros, políticos, literatos y artistas; su genio, su inspiración y su gloria; y por último, la caída de este noble pueblo que llenó al mundo de luminosos rayos y hacia el cual, es decir, hacia su polvo, vuelven todavía las miradas reverentes todos los que guardan en su alma como un fuego sagrado el sentimiento de lo bello y el culto de las gracias. Hay poesía, cuanta es compatible con la severidad de la historia, en este cuadro de la Grecia que nos da el señor González. ¿Pero á quién no conmueve y arrebató el recuerdo de la tierra favorita de Minerva? Pueblo admirable que reunió al gusto más puro y delicado de las artes el más alto vuelo y las concepciones más vastas de la inteligencia! Sensible, generoso é inconstante, para cada momento de su existencia tuvo un numen; pero sus deidades soberanas fueron la belleza de las formas y la armonía de los sentimientos. Pereció como perece un instrumento divino en la discordia de los elementos terrestres, resonando en el universo.

La descripción de la Italia, aunque forzadamente muy rápida, es bella y tiene sabor local. La historia de Roma, como era de esperarse, ocupa una gran parte del libro. El poder más extenso, vigoroso y duradero, ejercido sobre tantos pueblos y naciones, ha dejado mucho que aprender, y más que decir á las generaciones posteriores. En tan vasto asunto y con semejante copia de materiales es difícil saber elegir con tino y discreción, para no dar en opuestos escollos: ó dejar la narración vacía por extremo, extendiéndose mucho en pocos puntos; ó, por demasiado abarcar, reducirlo todo á la sequedad de un índice. Uno y otro, parécenos, ha evitado el autor, que con mucho tacto y maestría ha trazado una serie de lindos cuadros en que nos ofrece llena, aunque compendiada, la historia del pueblo-rey.

Las razas autóctonas, Roma bajo los reyes, bajo los patricios, las primeras luchas entre éstos y los plebeyos son otros tantos capítulos bien enriquecidos con hechos notables. El 54º sobre las doce tablas es precioso porque contiene en pequeño espacio las grandes bases de la creación, por excelencia, romana. "La piedra del hogar y la piedra de la tumba" son, como nos dice el autor, los fundamentos del derecho itálico.

Las guerras con los estados vecinos, la conquista de la Italia central y meridional, todo lo notable que traen á la memoria los Vols-

cos, Ecuos, Sabinos, Samnites y otras naciones, está puésto en buen orden, haciendo resaltar y lucir, en el fondo oscuro de las contiendas y rivalidades, cuanto recuerdan de noble y elevado los grandes nombres de los Horacios y Curacios, los Valerios, los Brutos, los Manlios y los Fabios.

Las guerras púnicas han merecido del autor una atención muy especial, trazando con grandes rasgos no solamente la lucha de inmortal memoria entre Roma y Cartago, sino la que supone más importante todavía, entre dos civilizaciones, dos principios de vida y acción, pero opuestos, enemigos, que han inspirado "dos razas que han combatido donde quiera que se han encontrado:" el genio heroico y artístico, y el espíritu industrioso de navegación y comercio. No damos prenda por esta verdad ni nos dejamos seducir por estas hermosas generalizaciones que se prestan á las mil maravillas, á la fábrica ingeniosa de caracteres nacionales, á la solución de graves problemas históricos y á muy bellas y sorprendentes antítesis en la narración de los grandes sucesos del mundo. Haremos, de paso, una ligera observación, sin ánimo de retutar lo asentado en el texto, que para ello, aun hallándonos con fuerza, se necesitaría de más tiempo y vagar. La Grecia fue heroica, artista y comercial; Roma en las artes no pudo pasar de la imitación, no creó un solo modelo; y si Cartago tuvo ó no inspiración artística y heroísmo de entusiasmo, su mala suerte ha impedido que lo sepamos. Su rival vencedora, animada de antiguo odio, hizo con cruel estudio perecer hasta su memoria. Ciudades, instituciones, leyes, literatura, monumentos, artes, todo lo entregó al olvido; sólo dejó sobrevivir su nombre, para gloria de su orgullosa rivalidad, y un montón de ruinas, monumento al vencedor de Zama.

Scipiades, belli fulmen, Carthaginis horror.

Dedica el autor un capítulo á las costumbres de los Romanos en su mejor época y con razón califica sus virtudes de contrarias á la naturaleza. Es oportuna la apelación al tribunal supremo de la moral y la conciencia, porque fácil es dejarse arrastrar á un juicio erróneo, cuando sacrificios y altos ejemplos de abnegación y patriotismo nos inducen, subyugándonos, á contemplarlos como la manifestación más elevada de la índole y del esfuerzo humanos. Tan débiles y desmayados somos de

costumbre, tanto nos apoca el dolor y nos con- turba el peligro, que no acabamos de admirar la fortaleza y casi hasta en el crimen le tribu- tamos homenaje. Noble simpatía excitaban en nuestros pechos el desasimiento de la vida y la aceptación voluntaria del dolor; y cierto, nada merecería con mejor título el claro nom- bre de virtud, si no fuera que un criterio más elevado, pasando por encima de los más he- roicos hechos, penetra en las profundidades de la conciencia y busca allí santidad en los motivos de la acción. Nada inhumano, nada que oculte crueldad es santo: no hay *ángel para el asesinato* (1), ni apoteosis para el suicidio, aunque se invoque, al cometerlos, la honra de la patria ó la gloria del Altísimo. Toda virtud política debe fundarse en una virtud privada, y la que excluye la piedad, no debe tener altar en el recinto del hogar doméstico. Esta es la ley moral que grita en el fuero interno.

Nemo nocens, se iudice, absolvitur.

No es posible hacer mención siquiera breve, ni aun de lo más notable, que encierra el período romano, compendiado por nuestro au- tor en bellos rasgos y con gran relieve.

Las guerras civiles con todos sus horrores y, en los intervalos, la conquista de reinos y vas- tísimas regiones; luchas políticas las más gran- des que el mundo había visto, por el choque de principios sociales que disputaban la sobe- ranía; el señorío y fiera de la heroica aris- tocracia enseñada á dominar con el prestigio de clase, la autoridad del saber y el poder de las riquezas, avasallándolo todo y pasando á flor de tierra el raso de la igualdad, con el fin de dejar para ella sola el alto pedestal de la libertad civil y de la dignidad moral; la reacia plebe resistiendo una vez y otra vez, y con el monte sacro, Mario, los tribunos y su propia sangre oponer fuerza á fuerza, lograr repetidos triunfos y hacer oscilar en más de una ocasión la balanza de que pendía el impe- rio del mundo; extenderse el palio de la ciu- dadanía romana sobre reyes esclavos y escla- vos reyes, sobre pueblos que hablaban cien lenguas y sobre sus dioses que se hicieron lati- nos; y crecer también á su sombra el lujo que enerva, la impiedad que corrompe, el cos- mopolitismo que mata la patria y el sopor de la hartura de goces y vicios que enflaquece el ánimo, quiebra la entereza del carácter y con- duce infaliblemente los pueblos al envejecimien- to y á la servidumbre: tal es el arco que des- cribe la existencia de Roma. Obscura bajo re- yes de dudosa realidad, que aparecen como figuras míticas presidiendo al nacimiento de un gran pueblo; dura, fuerte, tempestuosa en la república, con virtudes paganas y armadura guerrera, animada por la ambición y sostenida por la fe en su fortuna, único culto que pro- fesó; bajo el imperio, orgullosa con el esplendor de sus triunfos y victorias, inicia para con el mundo entero, cuando publicaba sus códi- gos y creaba la ciencia del derecho; poco á poco se le vio inclinar la frente, primero bajo los Césares, colosos bifformes, que inspiran á un tiempo espanto y admiración, más luego bajo sus bastardos descendientes, monstruosas producciones de la materia bruta en su triunfo sobre el espíritu, y últimamente con la larga serie de menguados tiranuelos, que siguieron al siglo de los Antoninos, simios purpurados, que entregaron la reina de las siete colinas al escarnio de los Bárbaros y á la protección de los monjes. Roma antigua es el modelo de la grandeza pagana. Prepondera en ella el elemento material y pasajero; su culto es la patria; su libertad, colectiva; su poder no co- noce más fundamento que la fuerza; el extran- jero es enemigo, y el enemigo se destina al cautiverio ó á la muerte. Sin la inspiración de lo eterno y lo infinito, que envuelve la gran- deza humana en la niebla de un destino fu- turo, y sin el lazo común de la piedad que

levanta templos, construye hospitales, dirige plegarias, administra socorros y hace derramar lágrimas por el peregrino lo mismo que por el ciudadano, el día que se pierde un ejército y se derriba una muralla, ese *lacrimosa dies illa* ve hundirse y desaparecer la patria y su buena fortuna, así como se desploma un edi- ficio y quedan tendidos por el suelo sus no- bles columnas y sus ricos artesones. Este es el pensamiento del paganismo y también su castigo: la destrucción total.

Una dies dabit exitio multosque per annos
Sustentata ruet moles et machina mundi.

Alumbró la luz del Gólgota la prolongada agonía y tristes funerales de la degradada Roma. La larga serie de sus emperadores se muestra hoy á nuestra contemplación como una fila de estatuas, colocadas de trecho en trecho, para presenciar, en el estadio sangriento, la carrera atlética del Genio del Cristianismo y de la Musa de la gentilidad. Despojada ésta de sus gracias y poesía, esterilizada por el tiempo, abandonada de sus dioses, caduca, fría y sin inspiración, no ofrece ya al mundo, ansioso de luz y verdad, sino sus huecos mitos y las fantasmas ominosas del Olimpo envejecido. Aquél, hermoso y melancólico, como el cre- púsculo de un día de combate, se adelanta veloz con alas de fuego, habla al corazón, inspira sentimientos desconocidos, revela pro- fundísimos misterios, tiñe la vida de fúnebre color y pone hiel en los placeres mundanos; pero fortifica con la amargura, alienta con su- blime inspiración, confirma la superioridad de la conciencia, suelta las alas del espíritu y le abre por la vez primera las majestuosas puer- tas de la tremenda eternidad. Vence el Ángel de Cristo al Espíritu del Politeísmo, y quedan en la arena sagrada las marcas indelebles y sangrientas de la lucha inmortal.

Jamás agotará la historia, ni la poesía, ni la crítica la prodigiosa fecundidad de esta épo- ca del mundo, en que ceja, no sin combatir, y titubea y cae, no sin estrépito, la antigua civilización pagana, con toda la máquina de su saber, costumbres, virtudes, culto y dioses. Así los capítulos consagrados por nuestro au- tor á los principios del cristianismo y á su edad heroica lucen llenos de hechos y abas- tecidos de doctrina; y á la par muy bien com- paradas las costumbres de los gentiles con las de los cristianos, para hacer debidamente re- saltar la superioridad de éstas por la humil- dad, la benevolencia y demás virtudes que enseña el Evangelio. A tiempo llegan, que muy pronto serán el único apoyo á la huma- nidad doliente en la próxima ruina del edificio que cruje. La sociedad antigua cayó exhausta al tocar la meta que le señaló el destino: el *caput mortuum* de tantos siglos necesita la piedad cristiana para no ser arrojado á las ge- monías. Oyese ya el cuerno de los Bárbaros resonando en las márgenes del Tíber.

Entramos en una grande época y parece que asistimos á la incubación del segundo huevo del mundo. El bárbaro del norte y el sacer- dote cristiano, hé aquí los dos grandes obre- ros de la regeneración social. La naturaleza en su frescura y robustez primitiva, la ente- reza viril, el corazón sano y la mente libre son los elementos del uno; del otro lo son la fe en la unidad de Dios, la doctrina de la inmortalidad del alma, la necesidad de hacer bien y la ley del talión moral.

De aquí nace en la sociedad moderna la re- ligión, la justicia, el amor al prójimo, la in- dependencia del espíritu y la libertad de la conciencia. De aquí instituciones políticas, le- gislación, teoría de las artes, poesía, ciencias, sistemas filosóficos; la índole de los pueblos, el comercio de las naciones: todo cuanto vemos de hermoso y grande, de útil y verdadero en la sociedad moderna, todo tiene por base aque- llos elementos. La rudeza y la humildad echa- ron por tierra la obra del orgullo y del saber humano, porque le faltaba el cimiento de la jus- ticia y el lazo de la piedad.

¿Cómo fue esta obra portentosa? ¿De dón- de estos bárbaros? ¿Quiénes son estos sacer- dotes? Dirálo todo el señor González en sus hermosos capítulos del Mundo bárbaro, la Igle- sia cristiana, materia rica de suyo y tratada por el autor con amor y entusiasmo.

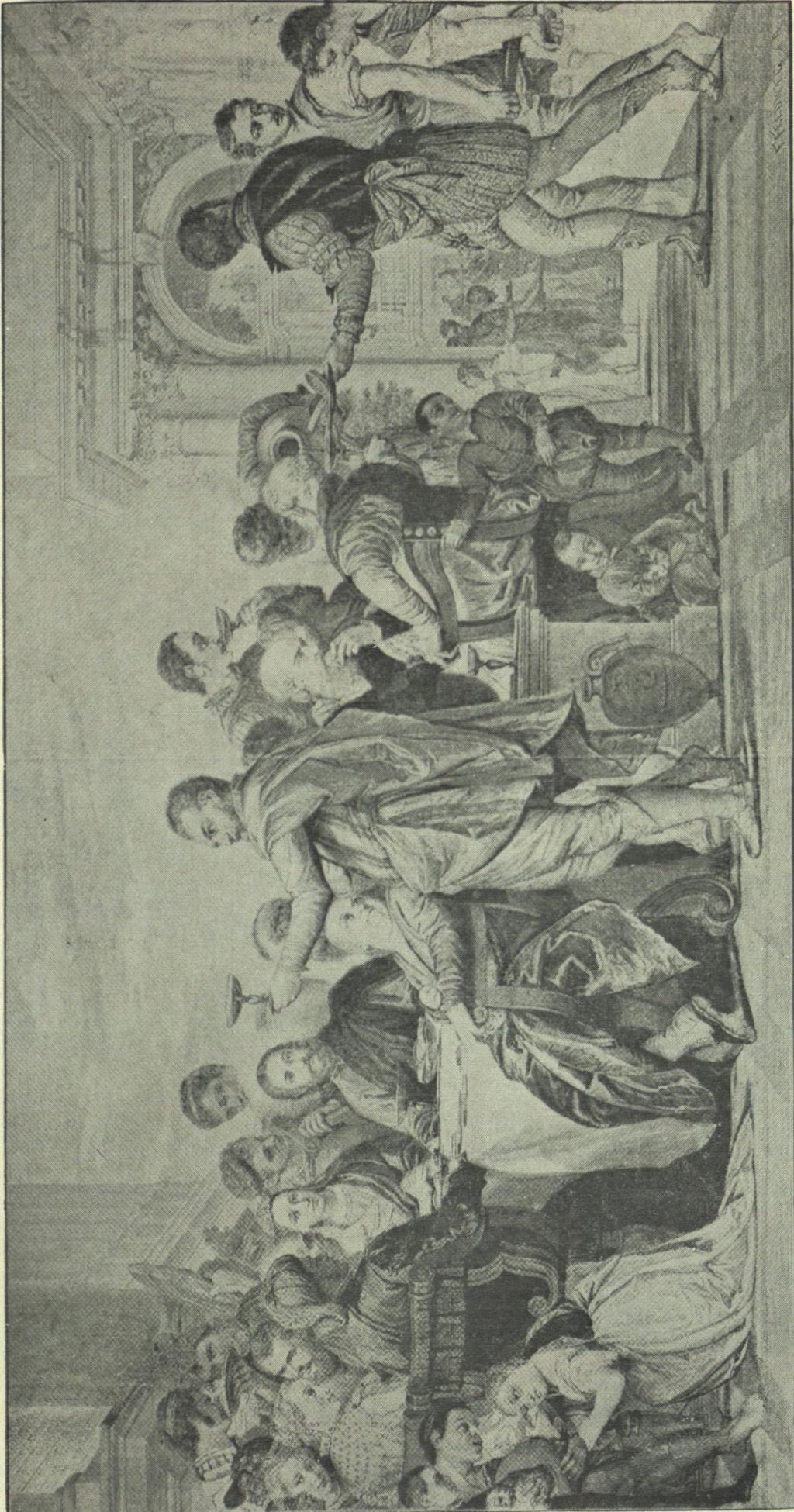
Termina el gran cuadro de la historia an- tigua con un capítulo destinado á los Santos Padres. No puede leerse sin emoción los nom- bres siquiera de estos grandes y nobles atletas del Cristianismo, cuyas dotes mentales, elocuen- cia, poesía y erudición habrían bastado para colocarlos en la primera línea de los ingenios humanos, si no fuera que más luciente aureola debía brillar en sus frentes divinas, cuando, arrojando la doble tiranía del despotismo y del error, dejaron como monumentos de eterna veneración, la ceniza de mortificación en el lecho del penitente y la sangre del mártir en los instrumentos del suplicio. Cierra el cua- dro Agustín, el arquitecto de la *Ciudad de Dios*, el hábil dialéctico, el grande oráculo de la Gracia y de la Predestinación, el que, son- deando profundidades que no alcanza la ra- zón, apostrofó al Omnipotente en un arranque de reverencia y desesperación:

Da quod jubes et jube quod velis!

La edad media, diez siglos más ó menos, es el tiempo de la disolución y la recomposición de los elementos de la sociedad humana. La naturaleza que tiene horror á lo deforme, cubre siempre con impenetrables tinieblas, tanto en el orden físico como en el moral, estos tra- bajos de formación y delineamiento, este parto prolongado y doloroso del monstruo que concibe en las tempestades caóticas que separan dos épocas cósmicas, y que entrega, para que le pulan, perfeccionen é iluminen, á la lima del tiempo, á la luz del espíritu y á la más alta inspiración del cielo. ¿Queréis ver el co- loso vaciado en el molde primitivo, rudo, es- pantoso, tipo de la fuerza y de la materia bruta, que ara las ciudades, asuela los imperios, hace estremecer el mundo con su ceño y que apare- ce para consternación de la humanidad, como el astro de resplandor sangriento que anuncia exterminio final? Hé aquí á Atila! ¿Que- réisle reducido á proporciones más humanas, fuerte, impetuoso y sensual todavía, que con- quista, somete y degüella pueblos enteros, pero que al mismo tiempo funda un imperio, da leyes, crea academias, levanta templos y esta- blece la paz y el orden en vasto dominio, mitad bárbaro y mitad cristiano? Tenéis á Car- lomagno. ¿Buscáis en la frescura y vigor de la naturaleza primitiva el poder de la inteli- gencia, la supremacía del espíritu? Mirad esa gran figura con triple corona, lanzando en re- dedor suyo ora miradas creadoras, ora rayos que consumen; miradla combatir por la patria, luchar contra el despotismo y maldecir la tiranía del imperio ó del pontificado; miradla ele- varse al cielo en alas de la inspiración, tocar con su frente el trono del Altísimo y confun- dir con las melodías celestes un himno humano que la divinidad no desdeña; mirad por últi- mo á este nuevo titán, estrecho en su época, aprisionado en el mundo, forcejear con pies y manos, hacerse espacio y, gritando á los um- brales del abismo, detener para su inmortalidad las ondas tenebrosas del olvido. Conced al Dante!

Marcan estas tres grandes figuras el progreso de la civilización, el desenvolvimiento y cul- tura de los conocimientos humanos desde la caída de la sociedad antigua hasta la completa organización de la moderna. Muchos son los hilos que tiene que llevar en la mano el his- toriador, y no es bastante que siga las series en su sucesión continua, sino que debe pre- star atención á las relaciones entre sí, á lo que pudiera llamarse acción oblicua ó lateral de todos los hechos ó principios fecundos en con- secuencias. Nuestro autor con buenos modelos y excelente elección nos ofrece en globos me- jor que no en cuadros este interesante trozo de la historia universal, muy oscuro si se quie-

(1) Lamartine.



LAS BODAS DE CANA. — Cuadro de Pablo Veronese

re, y manchado con crímenes, pero al mismo tiempo muy rico de simientes y lleno de vislumbres, que, cierto, no mintieron, pues á ella debemos la mies que hoy cosechamos á la luz del sol en el cenit. La Iglesia, sus doctrinas y disciplina, las costumbres del clero, las disputas teológicas, las herejías y cismas, la sucesión imponente de los papas, su engrandecimiento temporal, las investiduras, los concordatos y la tutela de la sociedad bajo el palio de la Iglesia, son todas materias importantes que ha expuesto con lucidez el autor.

Por otra parte el imperio de Carlomagno, centro luciente y tranquilo entre dos extremos tenebrosos y agitados; Mahoma, el islamismo, las hordas sarracenas, sus guerreros y conquistas, sus califatos y su imperio; las cruzadas consideradas bajo el punto de vista político y religioso y como manifestación del primer impulso europeo; la caballería, institución extraña, sin antecedentes en la antigüedad, novelesca, aventurera, que, sin condenar el vicio ni la violencia, hizo deber la protección de la debilidad y religión el punto de honor; el sistema feudal, su complicada legislación, sus jerarquías, la elevación de los barones y el vasallaje de la plebe: la lucha entre las grandes figuras, el clero y la nobleza, y la entrada á la palestra de la más colosal y que más agitará al mundo moderno, la plebe convertida en el pueblo ó la nación: todo esto lo trata con la extensión que es dable en un compendio, y bien se deja ver que no sólo de la sustancia de la materia, de la importancia y gravedad de los acontecimientos ha hecho elección y acopio con discreción y buen criterio, sino que no ha descuidado la parte artística y poética, dando relieve á los personajes, animación y colorido á la narración, sembrándola, como con estrellas de oro, de sentencias graves y agudísimos conceptos.

Al terminar esta pobre y precipitada revista de un rico compendio, lo haremos con algunas ligeras observaciones acerca del contexto general de la obra.

1ª Enculca en ella el autor los principios de moral y religión, condena el vicio, la violencia, la tiranía y exalta siempre los modelos de lealtad y patriotismo, con el fin de inspirar á la juventud amor á la justicia, á la buena fama y á las virtudes cívicas.

2ª El espíritu que domina en la obra es eminentemente católico-romano, alguno dirá ultramontano, y con este sentimiento está escrita la historia de la Iglesia cristiana, la supremacía del pontificado y el poder temporal de los papas, tutela de la sociedad en las agitaciones violentas de la edad media.

3ª El tono es dogmático, cual conviene á la enseñanza de la primera juventud, que debe recibir la doctrina y el ejemplo con fe y candor, para no introducir prematuramente la duda y el libre examen antes de tener formado el juicio y ejercitada la razón.

4ª El estilo es en general cortado y sentencioso y esto por necesidad y al mismo tiempo por conveniencia, que en un compendio como éste no hay siempre espacio para galas oratorias, ni puede sacrificarse á la frase la sustancia, que tiene de ir condensada, pese mal al escritor.

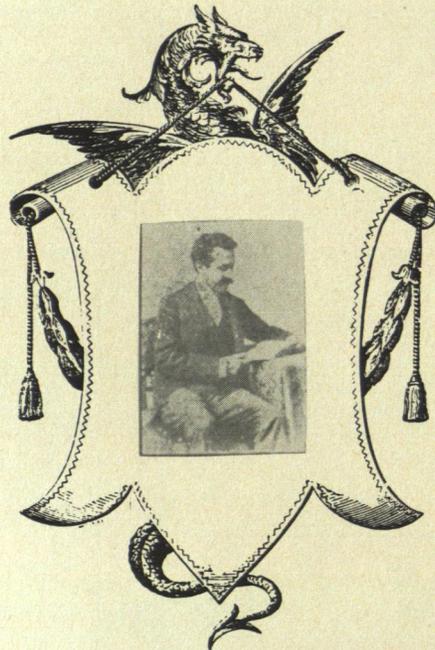
Cuando consideramos la situación personal del señor Juan Vicente González al escribir esta obra, el ultraje, los padecimientos, las estrecheces y angustias que padeció por la violencia de un poder arbitrario y tenebroso, nos inspira verdaderamente un sentimiento de admiración del grande esfuerzo de ánimo y la imperturbabilidad de espíritu que ha necesitado para llevar á cabo su propósito. Esto entristece y es preciso cerrar los ojos á todo lo exterior, concentrarnos íntimamente y, descendiendo al fondo de la conciencia, hallar algún consuelo en esta verdad: cuando la ignorancia, la perversidad y la corrupción colocadas en el pedestal del poder no dejan sino ruina, asolación y miseria, por doquier volvamos la vista, del fondo de un calabozo un hombre de ta-

lento ofrece á sus compatriotas y lega á la posteridad un monumento de honra para sí, de provecho para sus semejantes y de gloria para su patria.

Haga con sus perseguidores el señor González, teniendo presentes estos versos de un clásico latino:

—Serpens hominis contacta salivis
Disperit ac sese mandendo conficit ipsa.

FERMÍN TORO.



ODA A ESPAÑA

¡Vuelve á ceñir el casco refulgente,
Matrona egregia, y la invencible espada
Con que trazaste un día por el mundo
Surco inmenso de gloria!

¡Levanta en ira ya el potente brazo
Con que arrancaste un orbe de los mares,
Genial sembrando en soledades bárbaras
Mil pueblos florecientes!

Y la que, inerme, en ímpetu sublime,
Supo postrar al Capitán del siglo,
¡Castigue ahora la codicia infame
Del Mercader de América!

¡Tu honda de David, parta la frente
Del grotesco Goliat americano,
Y caiga con estruendo, envuelto en sangre,
Para ejemplo del mundo!

¡Clava tu garra en el ingente pecho
De quien, inicuo, sin razón ni agravio,
Te reta á mortal duelo, en nombre sólo
De sus hambrientas fauces!

¡Ve cuál tiende rapaz la mano trémula
Para robar de tu imperial corona
La rica perla que, en ofrenda, alzaron
Los mares á tu genio!

¡Fulmínale! ¡Escarmíentale! Bramando
Torne á su inmensa cueva, y, como siempre,
Sus indios despedace, y sus catervas
De negros infelices!

Pueblo sin tradición, allegadiza
Turba de traficantes sudorosos,
Que á ruin medida y cálculo sujetan
Los impulsos del alma;

Los Hijos son de la Materia, ciega,
Fuerte, inmensa, brutal. En sus regiones
Asientan su insolente poderío,
Escarnio al universo!...

Mas tú, adalid de la hidalguía antigua,
Viril y noble España, tus derechos
Contra todos defiendes, y no cuentas
Tu honra en esterlinas!

¡Un resplandor de lo ideal eterno
Bafia tu frente, en triunfo ó desventura,
Y te muestra más grande y más hermosa
Que los pueblos más grandes!

¡Era fatal, ineluctable el choque,
Entre el ladrón de California y Tejas,
Y quien la Cristiandad salvó en Lepanto,
Y dio un mundo á la Historia!

Más que dos pueblos que á la lid se arrojan
Dos fuerzas son, terribles y contrarias,
Que se disputan desde el negro Caos
El imperio del orbe.

Una clama: ¡INTERÉS!, la otra; ¡JUSTICIA!
Y en razas enemigas encarnadas,
Una lleva á magnánimas empresas,
Otra, á robos audaces...

Sobrecogida de emoción la tierra
Ve aproximarse la tremenda lucha,
Y te aclama, al mirar que, ardiendo en ira,
Das la melena al viento!

Toda alma, todo pueblo bien nacido
Rinde homenaje á tu heroísmo, y vierte,
Como lluvia de flores, á tu paso
Votos y simpatías!

Con alma fuerte y grande, ¡oh generosa!
Te lanzas á la gloria ó al martirio,
Y te bendicen desde excelsa esfera
Tus legendarios héroes!

Las naciones de América, tus Hijas,
Miran con llanto, palpitante el seno,
Cómo á jugarse van en lid horrenda,
Tus sagrados destinos;

Y por vínculo eterno á tí enlazadas,
Al entrever tus triunfos, con orgullo
Sienten cruzar por sus erguidas frentes
Ráfagas de tu gloria!

¡Oh, España! ¡Oh Madre! Yo, que por mis venas
Siento correr tu sangre generosa,
Y nunca, hijo espurio, ó descastado,
Negué mi ilustre estirpe;

Yo, que á la faz del universo, altivo,
Por Madre te confieso, veneranda,
En esta hora trágica y solemne
Beso tu frente augusta!

Y con el alma en tí, anhelante espero,
Enamorado augur de tu ventura,
Que el gran clamor en los espacios truene:
¡POR ESPAÑA, VICTORIA!

CALIXTO OYUELA.

LOS JUANES RODRIGUEZ

DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA

Cosa singular es por cierto la concurrencia de un número considerable de individuos tocayos de nombre y apellido en un solo período de la historia, tan interesante como la conquista de América, según vamos á ponerlo de manifiesto en este estudio, trabajado sobre algunas obras históricas referentes á dicho período, pues no hemos tenido á la mano todas las de los principales cronistas é historiadores de Indias.

Sin embargo, basta con los datos recogidos para saber que Juan Rodríguez estuvo en todas partes, desde el puerto de Palos, punto de partida de Colón, hasta los más remotos confines del Nuevo Mundo, como Capitán conquistador por mar y tierra; como fundador de ciudades y villas; como soldado de á pie y de á caballo; como letrado, ora ocupando puesto en las primeras Audiencias y Cabildos, ora escribiendo la propia historia



CUADRO DE MURILLO. — (Escuela española)

de la Conquista; y últimamente como encomendero de indios y vecino de las nuevas poblaciones, y hasta como simple criado!

La siguiente relación declarará más á lo vivo este curioso y doble tocapayzo de tantas y tan distintas personas.

1º *Juan Rodríguez Cabezudo*. Vecino de Mogue, á quien Colón exigió un servicio urgente, cual fue el que prestase su mula al P. Guardián de la Rábida, Fray Juan Pérez de Marchena, para trasladarse al campamento de Granada, donde estaban los Reyes; y, en efecto, la prestó de buen grado, y fue en ella el célebre amigo de Colón á interceder por éste cerca de la magnánima Isabel.

2º *Juan Rodríguez Bermejo*. Marinero sevillano que iba en la carabela *La Pinta*, y fue el primero que gritó ¡Tierra! en la madrugada del 12 de octubre de 1492, según Baralt, el Conde Roselly de Lorgues y otros historiadores, aunque Las Casas dice que fue Rodrigo de Triana. La Reina tenía ofrecidos 10.000 maravedís de renta al primero que viese la tierra, y Colón, por su parte, había prometido premiarle con un jubón de seda; pero los Reyes, fallando en justicia dieron al Almirante los 10.000 maravedís, pues fue él el primero que vio, desde el castillo de popa, en la noche del 11 de octubre, una candelilla ó lumbré que le certificó la proximidad de tierra.

3º *Juan Rodríguez de Fonseca*. Famoso prelado español de fines del siglo XV y principios del XVI, cuyo nombre está íntimamente ligado al de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo. Fue sucesivamente Obispo de Badajoz, Palencia, Córdoba y Burgos, é importante Consejero de Indias. Dice Moreri que dio pesadumbres á Colón y su familia, "á quienes no podía ver;" y se las tuvo también con el gran Las Casas, defensor de los indios, porque no eran del mismo parecer en el modo de llevar las cosas de América.

4º *Juan Rodríguez de Villafuerte*. Capitán de la conquista de México, á quien confió Hernán Cortés el mando de uno de los bergantines que combatieron en la laguna de México, en la toma y asalto de esta gran ciudad.

5º *Juan Rodríguez*. Soldado conquistador que entró con el famoso capitán Pedro de Alvarado á la conquista de Guatemala, citado por el historiador Fuentes.

6º *Juan Rodríguez de Robledo*. Primer Deán de la Iglesia Catedral de Coro, antigua capital de Venezuela, quien en 1534 tomó posesión y gobernó el nuevo Obispado, en unión del Chantre Don Juan Frutos de Tudela, con plenos poderes del primer Obispo Don Rodrigo de Bastidas, que no vino á Coro sino en 1536.

7º *Juan Rodríguez de Sousa*. Caballero conquistador, que acompañó al Licenciado Badillo en sus descubrimientos por las provincias de Urabá, el Darién y parte del Chocó, en 1536.

8º *Juan Rodríguez Carrión de los Ríos*. Soldado del Adelantado Don Gonzalo Giménez de Quesada en la conquista del Nuevo Reino de Granada, que fue encomendero en Tunja, citado por el cronista Rodríguez Fresle.

9º *Juan Rodríguez Gil*. Mozo valiente y de monstruosas fuerzas, vecino de Tunja, que, según Castellanos, acreditó su valor en la entrada que hizo el Capitán Juan de Céspedes á la provincia de los Panches.

10º *Juan Rodríguez Parra*. Soldado de mucho brío en la conquista de los Muiscas que, acompañado de Miguel Sánchez, penetró de noche en el riquísimo templo de Sogamoso, la gran basilica de los Chibchas, y por un descuido le prendieron fuego, incendio que no pudieron contener y que duró un año

entero, al decir de Fray Pedro Simón. De éste y otros templos saqueados por los españoles, se llevaron más de ochenta mil ducados en piezas de oro fino!

11º *Juan Rodríguez Benavidez*. Primer Escribano y Secretario del Cabildo Civil de Santafé de Bogotá, nombrado por el mismo Quesada, junto con los Regidores y demás empleados de la nueva ciudad, que sacó de los tres ejércitos concurrentes en la conquista de Nueva Granada, á saber: el de Quesada, el de Federman y el de Benalíazar.

12º *Juan Rodríguez Suárez*. Natural de Mérida en Extremadura. Fue un brillante conquistador, de grandes y heroicas acciones. Hallóse en la conquista y fundación de Pamplona en el N. R. de Granada, donde fue Alcalde. Desde esta nueva ciudad emprendió la conquista de las Sierras Nevadas en 1558, y fundó á Santiago de los Caballeros de Mérida, en memoria de su ciudad nativa. Fue después el valeroso caudillo de la conquista de los Teques, en la provincia de Caracas, donde fue sorprendido y después de resistir solo el empuje de las huestes de Guaicaipuro y de matar más de cincuenta indios por sus propias manos, se apeó del caballo para morir, á vista de los espantados indios, más rendido por la sed y la fatiga de tanto batallar que por el daño de las armas enemigas. Los indios no se atrevieron á acercarse á su cadáver, que aún les infundía el mayor espanto. Es el Cid Campeador de la conquista de Venezuela.

13º *Juan Rodríguez de Olmo*. De los primeros conquistadores que entraron en 1550 con el Capitán Juan de Galarza á conquistar y poblar á Ibagué, por comisión de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, fundada ese mismo año.

14º *Juan Rodríguez*. Criado del Gobernador de la isla de Margarita en Venezuela, Don Juan de Villandrando, que junto con éste, Manuel Rodríguez, Cosme de León y el Regidor Cáceres sufrieron la muerte de garrote que les dio á media noche en la prisión donde estaban, un tal Francisco de Carrión, por orden del famoso tirano Aguirre, el año de 1561.

15º *Juan Rodríguez*. Soldado muerto en la jornada del Capitán Pedro Alonso Galeas contra los indios Mariches, acudillados por el cacique Tamanaco, en 1572, expedición mandada desde Santiago de León de Caracas por Francisco Calderón, Teniente en ella del Gobernador Mazariegos.

16º *Juan Rodríguez de Atienzo*. Soldado conquistador de la gente del Capitán Andrés de Valdivia, Gobernador de Antioquia, que murió resistiendo heroicamente á los indios, acompañado de un negro llamado Gaspar Gallo, cuando en 1574 fue sorprendido y muerto bárbaramente dicho Gobernador Valdivia por quinientos indios al mando de Queirpa, Ozeta, Quime y otros bravos caciques.

17º *Juan Rodríguez Calvillo de Medrano*. Alcalde ordinario de Guatemala en los años de 1577, 1584 y 1592, quien procuró traer á dicha ciudad una imagen de la Virgen, existente en la Villa de Alcántara, en Badajoz, España, de la cual se decía que había salvado milagrosamente á Don Pelayo el Reconquistador, siendo este niño, según se escribe en la Historia de Guatemala por Fuentes, anotada por Don Justo Zaragoza.

18º *Juan Rodríguez Mora*. Oidor de la Real Audiencia de Bogotá, en tiempo del Presidente doctor Lope de Amendariz, 1578. Fue promovido también á la Audiencia de Nueva España, después de haber tomado parte muy activa en los bandos y agitaciones habidos en la visita del Licenciado Monzón.

19º *Juan Rodríguez de los Puertos*. Vecino que fue de Tunja, condenado á muerte y ejecutado en Bogotá por el delito de haber puésto en lugares públicos unos libelos con-

tra la Real Audiencia, el año de 1578. Más tarde, llevado también al último suplicio el Oidor doctor Andrés Cortés de Mesa, por haber dado muerte á Juan de los Ríos, confesó en el cadalso ser él el autor de los libelos infamatorios porque habían condenado injustamente á Rodríguez de los Puertos.

20º *Juan Rodríguez de Vergara*. Hidalgo que se hallaba en Bogotá para 1581 cuando la Real Audiencia hizo prender al Visitador Juan Bantista de Monzón, á quien sacaron en peso de la casa por la escalera abajo. Este Rodríguez de Vergara se comidió á tomarse la cabeza, que llevaba colgando, pero hubo de soltársela repentinamente para no herirle con la espada que llevaba desnuda debajo del brazo, y el Visitador recibió tamaño golpe en la escalera, que le costó al hidalgo mil y quinientos pesos, en que le condenó por este hecho el segundo Visitador Prieto de Orellana.

21º *Juan Rodríguez Espejo*. Fue uno de los conquistadores que en 1584 acompañaron al Capitán Sebastián Díaz Alfaro, en tiempo del Gobernador de Venezuela Don Luis de Rojas, cuando se pobló la ciudad de San Juan de la Paz, de vida efímera, y en seguida la de San Sebastián de los Reyes.

22º *Juan Rodríguez Bermejo*. (Distinto del marinero de *La Pinta*.) Alguacil Real de las galeras de Cartagena de Indias, á quien el Gobernador de dicha ciudad envió en 1598 por Cabo de la barquetona *La Napolitana* y otras boyas á descubrir un brazo del gran río Darién que decían iba á dar al mar del Sur.

23º *Juan Rodríguez Continho*. Portugués, Gobernador de Angola, que hasta 1603, en que murió, tuvo el contrato ó asiento por nueve años de introducir anualmente en América 4.250 negros esclavos, pagando en cada año al Tesoro Real de España la suma de 162.000 ducados.

24º *Juan Rodríguez Adame*. Regidor de la Villa de Mompox, que se alistó en la jornada que con título de Gobernador y Capitán General emprendió Don Francisco Maldonado Saavedra con cuatrocientos soldados, en 1622, para las conquistas del Darién, donde quedó muerto en una emboscada el dicho Rodríguez Adame, pasado por muchas flechas y lanzas de los indios.

25º *Juan Rodríguez*. Fue uno de los que acompañaron al Capitán Andrés Román en la última guerra contra la belicosa nación de los Tirajaras, y de los primeros pobladores y vecinos de la actual ciudad de Nirgua en Venezuela, fundada por el Gobernador Don Juan de Meneses y Padilla en 1628 con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria del Prado de Talavera.

26º *Juan Rodríguez Fresle*. Natural de Bogotá de los Fresles de Alcalá de Henares en los Reinos de España, hijo de uno de los conquistadores del N. R. de Granada. Escribió con el nombre de *El Carnero* noticias muy interesantes sobre el descubrimiento y conquista de dicho Nuevo Reino, desde el año de 1539 hasta 1636, fecha de la obra.

A falta de otros que debe de haber en los libros de historia de las Antillas, Chile, la Argentina y otros países de América, que no se han consultado, bien podría agregarse á la lista un individuo más, no ya de la conquista, sino del tiempo de la Colonia, cual es *Juan Rodríguez Cota*, Gobernador que fue del Paraguay, en 1696.

Valdría la pena de que las naciones americanas se acordaran para erigir de consuno un monumento en la mitad del Nuevo Continente con esta dedicatoria: A JUAN RODRÍGUEZ, Descubridor, Conquistador y Poblador en todas y cada una de las partes del Nuevo Mundo.



VISTAS DE MARACAY

1 Vaporeto en La Laguna. — 2 Vista de La Laguna. — 3, 4, 5, Hacienda "San Jacinto"

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

Recepciones en la Academia de la Historia, en la de Bellas Artes, en la de Ciencias exactas, físicas y naturales, y en la de Medicina, de Madrid.— Muerte de don Manuel Tamayo y Baus.— Nueva edición de *El Quijote*.— Nuevos libros publicados.— *Tratado de Derecho internacional*, por el Dr. Eduardo Calcaño.

En medio á las hondas preocupaciones que ocasiona la guerra, forma estos días en Madrid consolador contraste el movimiento que se observa en algunas de nuestras Corporaciones científicas: el solsticio de verano, al inundar con la esplendorosa luz de sus largos días el espacio material, parece que ensancha é ilumina también el espíritu, opreso y constreñido en las sombrías estrecheces de nuestras inacabables desdichas.— La Real Academia de la Historia, ha abierto al público sus puertas para proclamar socio de número á don Vicente Vignau y Ballester, que ha ido á ocupar el sillón que en aquella docta casa dejó vacante el señor Cánovas del Castillo. La elección no ha podido ser más acertada: toda la prensa periódica conviene en que el señor Vignau es persona meritísima y que en él los títulos de abogado, médico, teólogo: catedrático, profesor de lenguas en la Escuela Diplomática del archivo Histórico Nacional, en donde ha prestado y presta buenos servicios, no son meramente oficiales.

No es el nuevo académico un escritor brillante ni es su nombre popular; pero es un

trabajador inteligente y asiduo, muy apreciado entre cuantos entienden en las tareas á que dedica, desde hace años, sus afanes. Es modesto y como no intriga en los círculos políticos ni en las tertulias de los poderosos, apenas si antes de ahora los periódicos han estampado su nombre. Dedicase con especial cuidado á la recopilación y ordenamiento de documentos históricos, y en el Archivo nacional cuya Dirección se le confió hace poco, está como suele decirse en su centro. El discurso de recepción versó sobre el tema de sus predilectas aficiones; después de evidenciar las deficiencias de cuantas Historias de España hasta hoy se han escrito y las vicisitudes que han sufrido los archivos donde se guardan los documentos que pudieran arrojar luz sobre puntos oscuros, habló el señor Vignau de la necesidad de reunir y organizar en el primer archivo de España todos los documentos que la ciencia moderna exige para construir sobre sólidas bases la magnífica epopeya de nuestra historia nacional. No he leído este discurso, pero del extracto que de él hace la prensa, parece que tiende á centralizar en Madrid lo más valioso de la documentación que hoy existe en los demás archivos de España. Acerca de esto hay mucho que objetar. La existencia de un Archivo nacional, único, no daría el resultado que los partidarios de esa nueva faz de la centralización se proponen. No es este lugar á propósito para demostrarlo, y además sería trabajo inútil ya que no es temeridad decir que jamás permitirá Barcelona que su incomparable Archivo

de la Corona de Aragón, admirablemente instalado y preservado de todo riesgo, sea trasladado á Madrid.

Lo mejor del discurso es la necrología de Cánovas del Castillo, testimonio de admiración al ilustre muerto cuya vacante en la Academia ocupa el señor Vignau.

En la Academia de Bellas Artes de San Fernando, hubo también, ha pocos días, sesión pública para dar posesión á un nuevo académico, don Fernando Arbós, uno de nuestros más ilustrados arquitectos.

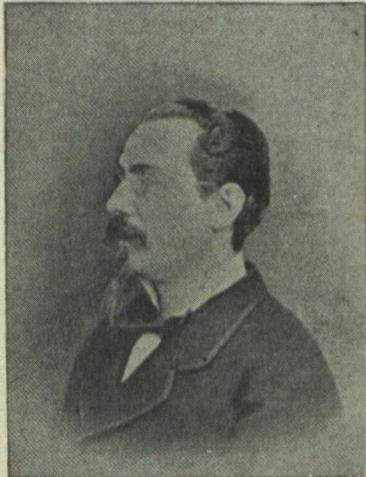
Su discurso versó sobre las "Transformaciones más culminantes de la arquitectura cristiana," y hay en él curiosas observaciones acerca los obstáculos que en estos tiempos positivamente se oponen á que la arquitectura se desarrolle como arte bello, pues se sacrifica la estética á lo útil y á lo económico.

Esto en cuanto á la arquitectura profana, lo cual no siempre es verdad. En lo tocante á la arquitectura sagrada, el señor Arbós, cree que estamos en un período de transición al que seguirá otro más propicio para el arte: cree que en el porvenir desparecerán de los templos el carácter religioso-militar de las catedrales almenadas; los amasacotados adornos churriguerescos; el desmesurado aspecto tétrico del arte románico, el estrecho convencionalismo del estilo bizantino, la parte innecesariamente atrevida del gótico y la expresión pagana del renacimiento, creando

un estilo nuevo que subordinará la forma arquitectónica á las exigencias de las distintas regiones, y simbolizará al fin, en el apogeo del nuevo arte, el espiritualismo religioso y la fraternidad humana. El disertante sostiene en todo el discurso un principio sentado en el preámbulo: "el arquitecto, por eminente que sea, no crea estilos por el solo esfuerzo de su genio; límitase á penetrar con su complejo tecnicismo en el ambiente social que le rodea, encauzado paulatinamente hacia el nuevo ideal el arte que hereda."

Ha habido además recepciones de nuevos individuos en la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales y en la de Medicina. En la primera ingresó don Santiago Bonilla Miral quien dio lectura de un discurso que versa sobre la "Anatomía y fisiología de la molécula química" y es un trabajo de gran empeño, imposible de extractar siquiera en el breve espacio que puedo destinar á estas crónicas. Como todos nuestros cultivadores de la ciencia positiva, el recipiendario, se duele de que en la organización de la enseñanza pública no se de en España mayor importancia al estudio de la química, único medio de que el hombre puede beneficiar en grande escala los dones de la naturaleza. En la Academia de Medicina fue recibido don José de Puentes y Rosales, quien leyó una monografía sobre las farmacopeas ó códigos de medicamentos al terminar el presente siglo, que constituye una magnífica exposición de doctrina y una recopilación de curiosos datos relativos á este asunto.

Víctima de terrible dolencia, recluido en su estudio y casi olvidado del mundo, ha muerto



hace tres días en Madrid don Manuel Tamayo y Baus. Véase venir esta desgracia, no obstante la infausta nueva ha impresionado, como si fuese inesperada, á los amantes de las letras patrias. Todos los periódicos dedican á la memoria del eximio literato expresivos párrafos. Dícese en ellos que era Tamayo el más castizo de nuestros escritores, notable bibliófilo, gran erudito, y el primero y más universal de los poetas dramáticos españoles de este siglo. No hay hipérbole en estos elogios póstumos. Tamayo fue en realidad todo eso, aun cuando el ambiente que le rodeó en vida, especialmente de treinta años á esta parte, no fuese á propósito para mostrar el relieve de su alta personalidad literaria. Había reducido toda su actividad á los trabajos académicos y de bibliografía y si ha escrito algo de índole distinta habrá quedado inédito entre sus papeles. Tamayo pasa á la posteridad como un gran dramaturgo, quizás el mejor de cuantos hemos tenido después de Calderón. Sabido es que alcanza este honor principalmente por una de sus producciones, la titulada: *Un drama*

nuevo que se representó en 1867. Las anteriores y posteriores no valen de mucho lo que aquella. Tamayo dejó de escribir para el teatro poco después de haber obtenido aquel gran triunfo. Si hubiese continuado por los derroteros que emprendió en *Un drama nuevo*, habría ido muy lejos. Hay en este drama lo que hoy exige la buena crítica, y pocas veces se encuentra: lo que se llama calor de humanidad. Hay sobre todo grandeza de inspiración y arte supremo. En él supo Tamayo humanizar las pasiones y presentarlas en su elemento natural. En él no aparece la fatalidad de la tragedia antigua, ni, como en los dramas de nuestro Teatro clásico, la pasión se ve vencida siempre por el sentimiento del deber moral ó religioso. En *Un drama nuevo*, el libre albedrío lucha solo, sin auxilio divino de ninguna clase, con los apetitos corporales; se ve el hombre real, el hombre de todo los tiempos y de todos los países; es aquello un poema dramático ó trágico á la manera que los escribía Shakespeare; es la dramática que palpita en la historia universal del arte, especialmente desde que el arte rompió el molde del clasicismo helénico. El hombre luchando interiormente entre el bien y el mal, venciendo unas veces, siendo vencido otras: el hombre que lleva en su conciencia el cielo y el infierno; aquel hombre que se agita encerrado en el círculo de hierro de su naturaleza, pugnando entre el temor y el deseo, siendo éste tan vehemente que perturba su espíritu, debilitando en él toda idea del mandamiento superterrenal, es el hombre de Tamayo en *Un drama nuevo*; hombre que no conocieron los dramáticos españoles del siglo de oro, y que sólo muy tímidamente se han atrevido á trazar algunos de nuestros tiempos.

Tamayo ejercía los cargos de Secretario perpetuo de la Academia Española de la Lengua, Director de la Biblioteca Nacional y jefe del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios: en cuyos puestos con aplauso unánime de la opinión, le sustituirá el sabio Menéndez y Pelayo.

La casa editorial de Barcelona llamada Seguí, ha publicado hace poco, una nueva edición de Don Quijote de la Mancha. No sería esta una novedad digna de llamar la atención pública, aun tratándose de una edición lujosa y artísticamente hecha, porque son ya varias las que de esta clase en estos últimos tiempos se han publicado en España y en otros países de Europa y de América. Lo llamativo del caso presente, es que el inteligente editor á más de hacer una edición lujosa y bella y de procurar en lo posible ajustar el texto del libro, al corregido por la Real Academia Española de la Lengua, publica facsímiles de documentos relativos á Cervantes, tres de ellos inéditos y el otro muy poco conocido, y además una reproducción por medio del fotograbado de diez páginas de la edición de *El Quijote* impresa en 1605 por Juan de la Costa, con notas manuscritas al margen, de letra de aquel siglo y que algunos suponen ser del mismo Cervantes. Estas páginas están sacadas de un ejemplar existente en la ciudad de Palencia y propiedad de don Feliciano Ortego, pero se duda que las notas sean realmente escritas por Cervantes. En la nueva edición hay un proemio del académico señor don José María Asencio, en que se trata extensamente del asunto, diciendo que esas anotaciones fueron puestas por algún curioso no muy entendido, poseedor del ejemplar en los primeros años del siglo XVII, es decir, en fecha muy próxima á la publicación de la segunda parte de la obra, pero indudablemente cuando ésta ya habría salido á luz.

Los cuatro documentos á que me refero más arriba, son:—Escritura de finiquito entre Cervantes y Tomás Gutiérrez, de Sevilla.

Escritura de poder á favor de Fernando de Silva, para que en nombre de Cervantes pudiese acudir á la Curia eclesiástica solicitando fuese este último absuelto de la censura y excomunión que le había sido impuesta. Carta de puño y letra de Cervantes, dirigida al arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, agradeciéndole un donativo. Lleva fecha muy próxima á la muerte de Cervantes. Memorial de puño y letra de Cervantes solicitando una información sobre su cautiverio.

El prologuista trata con notable competencia y gran claridad de concepto—además de la supuesta corrección del *Quijote* de que he hablado—de la patria de Cervantes, cuestión muy debatida años atrás, pero ahora resuelta desde que se encontró un documento del que se desprende que nuestro inmortal escritor nació en Alcalá de Henares. Estudia también detenidamente el proceso instruido con motivo de la muerte de don Gaspar de Espaleto, y por último habla de la vida y circunstancias de doña Isabel de Saavedra, hija natural de Cervantes, refutando las inexactitudes más ó menos novelescas que acerca de ella se han publicado. Además de estos documentos, avalora la nueva edición la parte puramente artística que es lo mejor que se ha hecho hasta ahora en las del famoso libro. El laureado pintor español señor Moreno Carbonero, ha proporcionado sus mejores cuadros sobre escenas de *El Quijote* para ser reproducidos por medio de la cromolitografía, y ha pintado además algunos expresamente para ello. Estos cuadros representan: La primera salida de Don Quijote; La aventura de los mercaderes; Don Quijote y Sancho atravesando un campo de trigo después de la aventura de los molinos; La aventura de los frailes de San Benito; Don Quijote describiendo los ejércitos por él imaginados á la vista de los rebaños de ovejas y carneros; Don Quijote y Sancho entrándose en Sierra Morena; El encuentro del rucio; Aventuras de la carreta de los cómicos; Rocinante y el rucio; Una partida de caza en el castillo de los Duques.

Hay también el hermoso cuadro de don Laureano Barrau que representa á las doncellas de los Duques jaboneando las barbas á Don Quijote.

La obra forma dos tomos encuadrados en tela y pergamino con dibujos y letras iniciales del gusto de los siglos XV y XVI: un verdadero trabajo artístico que recuerda lo mejor que en esta clase tenemos en nuestros antiguos códices.

La prensa ha elogiado estos días un tomo de versos titulado: *la Caja de música*, del joven poeta Ricardo Gil. En sus primeros ensayos este autor ya fue aplaudido por Barlt y *Clarín*, lo cual supone que no se trata de un principiante vulgar. Distínguese el novel poeta por sus buenas disposiciones á seguir las huellas de los que en este siglo merecen el dictado de maestros en el arte: así en sus composiciones los críticos ven reminiscencias de Víctor Hugo, Lamartine, Campoamor, Sully, Prudhomme, Baudelaire y Richepin. Distínguese, no obstante, por una nota común exclusivamente suya: la de expresar pensamientos profundos en forma generalmente apacible y sencilla. Si no se amana, si no extrema esa nota puede Ricardo Gil constituir una personalidad de algún relieve entre los poetas nuevos.

Pérez Galdós, ha publicado un nuevo tomo, titulado *Zumalacárregui*, continuación de la serie de los episodios nacionales con que tanto se distinguió en los comienzos de su vida literaria. La crítica ha acogido muy bien la nueva producción del gran novelista y la señala como retorno al buen camino de sus antiguas creaciones basadas en la epopeya de nuestras luchas para la conquista de la li-



EN EL JARDIN DE UN MANICOMIO. — Cuadro de Juan Bézard

bertad, y celebra que Pérez Galdós deje la novela de tesis ó trascendental á que parecía dedicarse estos últimos años, no siempre con acierto. La nueva producción es una maravilla tanto en la parte narrativa como en el estilo.

La señora Pardo Bazán ha coleccionado en un libro varios cuentos publicados últimamente en los periódicos en que colabora; y le ha dado el título de: *Cuentos de amor*.

Nuestra insigne escritora, muestra ahora gran afición á los cuentos: en el prefacio del libro dice que se acerca á quinientos el número de los que ha escrito de algunos años á esta parte.

Entre las traducciones del extranjero publicadas últimamente en Madrid importa notar el volumen titulado: *Estética integral*, por el italiano Mario Pilo, profesor de la Universidad de Bolonia.

Vulgarizar el conocimiento del derecho de gentes aplicado á las relaciones internacionales en paz y en guerra, es labor digna de encomio y á ella hanse dedicado de algún tiempo á esta parte peritos en la materia, en casi todos los pueblos de Europa y América.

Con el título de: *Tratado de Derecho Internacional*, el conocido escritor venezolano don Eduardo Calcaño, ha publicado un folleto de un centenar de páginas muy bien aprovechadas, puesto que en ellas se realiza perfectamente el objeto que el autor se propuso al empezar á escribirlas. Ha sido éste, popularizar el conocimiento del derecho público en la esfera indicada, y acierta el señor Calcaño, cuando en el proemio de su trabajo insinúa que en los tiempos que corren, el pueblo, muy especialmente en las naciones débiles, no debe ser del todo ajeno al conocimiento de las leyes y costumbres que regulan las relaciones de nación á nación; importa que algo se le alcance en esta esfera del derecho público,

siquiera sea para fiscalizar los actos de su Gobierno y de sus diputados en las Cámaras, en caso de alguno de esos conflictos que los pueblos poderosos promueven á menudo contra los débiles.

Nadie defiende mejor su derecho que quien lo conoce y hasta para detener á los gobiernos en el camino del error cuando por él entran, creyendo estar en lo justo, la vulgarización del derecho internacional puede ser de un gran interés público. Hoy que en una ú otra forma en todas las naciones del mundo, el pueblo influye en las determinaciones de los Gobiernos, el conocimiento de ese derecho, siquiera sea en sus bases fundamentales, debiera formar parte en la educación general. De ese conocimiento, depende á veces la honra y la seguridad de las naciones.

La forma de expresión no puede ser más adecuada al objeto del libro. Limitado este objeto á la exposición de los principios fundamentales del derecho de gentes y al conocimiento de las innovaciones que las tendencias de la moderna civilización han introducido en las relaciones de los pueblos, el señor Calcaño ha procurado y conseguido hacer un trabajo compilatorio y metódico empleando al mismo tiempo un lenguaje sencillo y claro al alcance del más indocto en estas materias.

El autor dice modestamente que su trabajo puede servir de preparación á estudios más extensos; ya podrían, en más de un pueblo, considerarse felices si todos los que hablan y escriben en público sobre cuestiones políticas, estuviesen al corriente de lo que en el libro del señor Calcaño se enseña.

Aun cuando amoldado á las dimensiones de un estudio preliminar, ese libro no es un trabajo puramente didáctico, ni una mera y escueta exposición de doctrina. Vislúmbrase en casi todas sus páginas, el espíritu propagandista de un filántropo, el deseo y la intención

de ensalzar la idea de la justicia por encima de la fuerza. La fuerza es todavía la única sanción del derecho internacional, la única razón del poderoso contra el débil. Al leer las breves pero atinadas y siempre elocuentes reflexiones que á este propósito el escritor venezolano intercala en el texto de su exposición doctrinal, no he podido evitar que apareciera á mi vista el irritante parangón que con esas reflexiones ofrecen los procedimientos que los Estados Unidos han empleado y emplean en el conflicto que mantienen con España. Decae el ánimo al considerar cuan lejos estamos todavía de que los dictados del derecho presidan á las divergencias entre los pueblos cultos.

Ni siquiera los principios fundamentales de ese derecho se respetan en las pugnas de los fuertes contra los débiles. La nación que no tiene medio millón de soldados en sus cuarteles, veinte acorazados en el mar y un presupuesto de Guerra de mil millones de francos, de hecho no es Potencia soberana, ni tiene idéntica personalidad jurídica ante el derecho internacional, ni es inviolable, ni rezan para ella la mayoría de las reglas que tanto en tiempos de paz como en los de guerra en los tratados de derecho internacional se consignan. No rezan sobre todo cuando la nación débil lucha aislada y no tiene de su parte más que las simpatías platónicas de los demás pueblos.

Se nota que el señor Calcaño al escribir su libro ha tenido presente el conflicto internacional en que hace pocos años se vio envuelta su patria, y procura inculcar en el ánimo del lector los preceptos de buena doctrina en que Venezuela puede apoyarse si el conflicto resurge. Quiera Dios que sea inútil su previsión.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid: 1898.

CAPÍTULO IV DE LA PRIMERA PARTE DE LA NOVELA
"HACIA LA MUERTE!..."

POR
PEDRO CÉSAR DOMÍNICO



Al fines del estío, huyéndole al calor sofocante de la estación, resolvieron irse al campo á veranear, y pasaron muchos días pensando el sitio, prevaleciendo al fin la opinión de Luciana que deseaba ir lejos de París, hacer un largo viaje de recreo á un lugar

en donde nadie los conociera, y poco poblado para gozar de verdadera libertad. Escogieron un pueblecito pintoresco á la orilla del Marne, y una mañana muy temprano tomaron el tren y partieron alegres y felices; éllas, riendo y cuchicheando como pájaros madrugadores; éellos, con cierta seriedad artificial, previniéndolo todo, é imaginándose ser ya hombres casados. Habían alquilado dos casitas unidas por un jardín, con una sola reja, que daba al río, y que cerraban de noche para evitar que los animales del vecindario entrasen á molestarlos y á romper dos hermosos geranios que el mayor de los había recomendado especialmente. Desde las ventanas se contemplaba el camino angosto y largo que conducía á la foresta, poblada de grandes árboles, de alisos florecidos y de frondosos tilos, los más bellos de la comarca, según repetían los campesinos con orgullo. Atravesando un puente de hierro, en cuyo extremo vivía un viejo cojo, alquilador de botes, que fastidiaba á los clientes relatao cómo habían perdido los austriacos la batalla de Solferino, en que había sido herido defendiendo al Emperador, se llegaba á la plazuela en donde se estacionaban los tranvías de vapor que comunicaban interiormente todos los pueblos. Los domingos por las tardes era ése el sitio más concurrido, muy frecuentado por militares y ciclistas, que descendían al Grand Hotel, una mala fonda de tres pisos, con un corredor adelante, lleno de mesas, y en donde vendían cerveza *legítima* de Poucet, como lo anunciaba un gran cartel en letras rojas. A veces llegaban saltimbanquis y equilibristas, que en el centro de la plaza, rodeados de gente en diversos grupos, alzaban gruesos pesos de hierro, mostrando en un cartón con números los kilos que pretendían levantar; ótro, daba saltos mortales y caminaba de cabeza, con los pies mal calzados hacia arriba, y haciendo muecas con la cara; ótro, en fin, que era el *clou* del espectáculo, mascaba vidrios, dejando para finalizar los más gruesos y difíciles de triturar, fondos de botellas y de vasos, que hacían sentir grima y calofríos á los espectadores, que les tiraban centavos, y se alejaban formando comentarios y filosofando rústicamente sobre los necesitados de la vida.

Desde temprano levantábanse para bañarse en el río, en la parte más solitaria, algo distante de la casa, y al regreso, deteníanse á esperar que pasasen las vacas para beber leche fresca y espumosa, en tanto que el perro color plumizo del conductor daba saltos de contento al reconocerlos, y que Carlos tomaba datos sobre las ideas políticas de los lugareños, divididos todavía en monarquistas y republicanos. El placer de Marieta era llegar bajo los tilos, en los pesados mediodías, y echarse largo á largo sobre los sahuquillos, con la cara al cielo, y los ojos entreabiertos, dejando ver el comienzo de sus piernas bien ajustadas en las medias negras, y sus botitas amarillas, siempre muy lustrosas, como en la ciudad, mientras Eduardo le hacía cosquillas para obligarla á sentarse, y élla con los párpados pesados de

sueño, se adormitaba vencida por la hora, refunfuñando contra los zancudos que le chupaban su sangre. Entonces Eduardo se extasiaba contemplándola, feliz de poseer aquella criatura deliciosa que en un momento de romanticismo se le había entregado, abandonando el lujo á que estaba acostumbrada, por el amor sincero y apasionado de un niño; y élla era dichosa, sintiéndose deseada con pureza, como se ama una novia, ó una esposa, sin la maldad de los hombres, hambrientos de placeres, falsos y viciosos.

En una de esas tardes, bajo los tilos, en que Eduardo le besaba las mejillas enrojecidas y tibias con el sopor de la siesta, y élla le retiraba suavemente la cara, con sus manos amorosas, para que no la despertase de un todo, sentóse de repente, y acariciándole la cabeza, con movimientos nerviosos de gata mimada, preguntóle:..... ¿Tú me amas siempre?... Te adoro, replicó él..... ¿Después de tres meses?... Te amaré toda mi vida..... Cástate conmigo entonces, le dijo élla, seremos tan felices estando juntos para siempre, sin pensar en la separación..... Oh!..... Y cómo adoraría yo á mi marido!.....

Eduardo no supo que contestarle. Vacilante, sin atreverse á mirarla, y contrariado, con un gran ardor en el pecho, sufriendo cruelmente, sin haberse nunca imaginado semejante proposición, quedóse mudo de sorpresa; mientras Marieta, poniéndose en pie, y sacudiéndose con indiferencia el vestido, lleno de hojas amarillas y de animalejos inofensivos, le dijo con voz conmovida, mirándolo fijamente con sus ojos melancólicos..... "Ya sabía yo que tú serías como todos".....

Y ella se fue delante, descendiendo muy despacio el estrecho camino de la foresta, llevando abierta su sombrilla color celeste, reflexionando en la tristeza de su existencia y en su fatal condena de vagar solitaria por el mundo. Eduardo la seguía á alguna distancia, con la cabeza baja. Era la primera vez que pensaba en el pasado de su amiga y sufría horriblemente, recordando á la pobre viejecita que tan lejos de su amor vivía, al tío Fermín que tantos sacrificios había hecho para educarlo, á las niñas de su pueblo, y sobre todo á Isabel, una chiquita delicada y sencilla como un lirio del valle, á quien había enamorado y á la que había prometido escribir todas las semanas, al llegar á París, sin haberle cumplido una sola vez su palabra. Pensaba que no había vuelto á estudiar medicina, y que en sus cartas hacía creer á su familia que vivía en los hospitales, y sobre los libros; que se había hecho aumentar su pensión á 600 francos, fingiendo tener cursos preparatorios, con nuevos profesores, y que á pesar de eso pasaba trabajos por la falta de dinero, y caminaba á contrar deudas y á hacerse sospechoso al corresponsal con sus pedidos. Recordaba los consejos de su buena madre, proponiéndose ser más fuerte y tener voluntad para vencer sus tendencias al placer; pero al ver á Marieta con su bello cuerpo, gracil y erguido, irresistible en su humilde traje campestre, con su donaire voluptuoso, que marchaba silenciosa y enojada, un martirio infinito le oprimía el alma, y tuvo ganas de correr, de alcanzarla, de arrojarla á sus pies y decirle que sí, que sería su esposo, su esclavo, todo lo que ella quisiese hacer de él, pero que no lo abandonase, que fuese misericordiosa con su pobre corazón; y un miedo repentino de perderla para siempre le obligó á apresurar el paso, para unirse á ella y pedirle perdón.

Cuando entraron al jardín en donde vagaba un intenso olor de resedá; Luciana, desde el balcón, al observar que Marieta había tirado con fuerza la reja, y que Eduardo venía detrás como sin querer llegar hasta élla, les gritó con una voz amable y burlesca:—"¿Como que han tenido su primera disputa los novios?".....

*

Después de la comida, no salieron como acostumbraban á dar una vuelta por el pueblo, temerosos de que una nube que amenazaba caer, los empapase, ó los hiciese volver á la carrera. Marieta empeñóse, antes de comenzar una partida de manilla, en tirarse las cartas para saber qué cosas les auguraban, pero antes, para interesar á Luciana, que era muy supersticiosa, quiso tirárselas á Carlos, resultando, después de caer muchas cartas, entre las cuales se repetían la dama de corazón y el as de pie, que Carlos la engañaba con una rubia. Luciana se ponía colérica de ver siempre en el juego de su amigo la misma rubia, deseando saber si sería más bonita que ella, y todos reían ante ese ataque de celos intempestivos. Tocó su vez á Eduardo, á quien nunca habían tirado las cartas, y que estaba esa noche silencioso, dominado por ideas sombrías, quizás porque Marieta no había hecho enteramente las paces. En su juego todo fue negro, casi todos los pies, y las peores cartas de la baraja, el valet de trefle le anunciaba también desgracias. El aullido lúgubre de un perro se dejó oír del lado fuera, impresionando de tal modo á Marieta, que abrazó á su amigo llena de miedo, recordando que la noche anterior, había soñado con serpientes. Y Eduardo, dichoso de volverla á tener á su lado, amorosa y complaciente después de sus dudas y tormentos, se entregó á ella para hacerla olvidar la escena de la tarde, con toda la pasión que corría por su impetuosa sangre de meridional.

*

El día amaneció muy bello. La lluvia tibia que había caído por la noche había refrescado la atmósfera, y el viento del norte soplabá con fuerza, alejando algunas nubes pesadas que habíanse quedado rezagadas, aisladas, en medio del cielo azul. Dos birlochos, algo viejos y derrengados, de ruedas altas y fuertes, de esos que se alquilan en los campos, para que los viajeros dirijan ellos mismos á su capricho, esperaban á la puerta, vigilados los caballos, mansos y andariegos, por un muchacho aldeano, de tez rosada, vestido de dril, y que daba vueltas entre las manos á su cachucha, mirando de tiempo en tiempo hacia la quinta, que mostraba sus ventanas sin balaustres, coronadas de enredaderas en el fondo del jardín.

En el confin del oquedal, aparecía un sol de otoño grande y redondo, con una luz fortísima que dañaba la vista, y al descender las gradas de piedra de la entrada, Marieta lo mostraba á sus compañeros con aire de triunfo, mientras prendía claveles muy rojos en los negros cabellos de Luciana, y metía entre los ojales de su corpiño, botones fragantes de rosas amarillas. Montaron en los coches, tomando ellas las riendas, nerviosas y complacidas, y balanceando ellos los fuetes para amenazar á los caballos, que cogieron, como conocedores del terreno, el sendero más ancho á la entrada del bosque, dejandro atrás un surco continuo de las ruedas sobre la tierra recién húmeda, y en el aire, el sonido armonioso de los cascabeles que se perdía poco á poco en el ambiente sereno de la campiña.

Al llegar á la arboleda del centro en donde los álamos se yerguen majestuosos, y el camino sigue siempre plano, principiaron las bromas, alabando cada pareja su caballo como más brioso y más veloz, y picándose el amor propio, hasta que se cruzaron apuestas, fatigando las pobres bestias, no acostumbradas á semejantes atropellos, que corrían empapadas, echando espumas, castigadas por el golpe incessante del látigo, entre los gritos coléricos que daba Marieta al sentirse derrotada, y las angustias de Luciana que tenía volcarse con los saltos del cabriolé. Detuviéronse al fin en la granja que hace de



UN TRAGO FRESCO. — Por Gabriel Max

límite al bosque, y agasajados por los dueños, resolvieron quedarse allí á almorzar. Sobre un árbol corpulento á grande altura, había sido construído, como una enorme casa de palomas, un piso, sólido y seguro en donde preferían comer los visitantes, con una mesa para seis personas, sillas, un espejo, y hasta colgadores formados con cabezas de remos. Subíase por una empinada escalera en espiral, presentándose un panorama sorprendente: el Marne, con sus aguas muertas, movíase apenas muy lejos, envuelto en una luz glauca, reflejo de la verdura de los árboles, y de cada orilla extendíase una hilera de pueblos paralelos, construídos todos del mismo modo, con sus casas rojas y sus torres cónicas, entre inmensas planicies cultivadas y rectas rayas de humo negro que, de trecho en trecho, brotaban de algunas chimeneas, contrastando con el fondo azul del cielo y con el vaho blanquecino que como aliento de las poblaciones, flotaba sutilmente sobre cada aldea.

Después del almuerzo, entre los últimos tragos de licor, hubo besos y risas, ternezas de corazones jóvenes en medio á la purificante libertad del campo, sobre la elevada copa de un viejo roble. Al regresar en los birlochos derrengados, no hubo apuestas ni carreras, los caballos marchaban á su antojo, con su pequeño trote de bestias de alquiler. Los hombres guiaban, y éllas, con las pupilas brillantes, recostadas sobre los hombros de sus amigos, regando distraídas flores silvestres sobre el suelo, entraron á casa borra-chas de sol y de amor.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

TRAGEDIA LIRICA

I

Oh lectoras amables
cuanto sois bellas,
(Las feas que perdonen
que no es con ellas)
aunque ajenos pesares
os den enojos,
y hagan brotar el llanto
de vuestros ojos;
Consagradme un instante
de entendimiento,
que lo que he de contaros
no es sólo cuento.
Con el alma de angustia
casi deshecha,
vais á oír una historia
fuera de mecha.

II

En vetusto palacio
cabe la reja,
de un trovador ó de la
siguiente queja:
«Oh mi ingrata adorada,
¿por qué á mis cantos,
no brillan los tesoros
de tus encantos?»
«Ven, que juntos y á solas
decirte quiero,
que por tí sólo vivo
y al par me muero.»
«En mi lira templada
con cuerdas de oro
cantaré el de tus gracias
rico tesoro.»
«Cantarete quedito,
y así cantando
arrullaré tu sueño,
tu sueño blando.»
«Mi voz será tan suave,
tan rumorosa,
como un tenue aleteo
de mariposa.»
«Oye pues, que mi lira
de cuerdas de oro,
cantará el de tus gracias
rico tesoro.»

«Cuando Dios hacer quiso
Cielo y Natura,
copió rasgos apenas
de tu hermosura.»
«Ni el sol cuando nos hiera
con sus destellos,
se iguala en refulgencia
con tus cabellos.»

«El pulido alabastro
blancura miente,
porque se mira negro
junto á tu frente.»

«Cuando tus ojos vierten
su lumbrera rara,
brillan más que los astros
en noche clara.»

«Blancos junto á tus labios
son los rubíes,
y las perlas se turban
si tú sonríes.»

«Su cristal paraliza
la limpia fuente
cuando al pasar te miras
en su corriente.»

«Esos lirios del valle,
nardos y rosas,
brotan sólo allí donde
tu planta posas.»

«Y las palmas que altivas
cerca á tí crecen,
desque vieron tu talle
ya ni se mecen.»

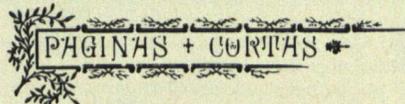
«Cada día que al mundo
tu faz asoma,
los más ricos matices
Natura toma.»

«Porque eres la más bella
del mundo entero,
y por quien sólo vivo
y al par me muero.»

III

Apuesto á que creísteis
lectoras mías,
que es verdad esta nube
de tonterías?

EDUARDO DIAZ LECUNA.



El Juglar de Nuestra Señora

(POR ANATOLE FRANCE)

I



N tiempos del rey Luis había en Francia un pobre juglar nativo de Compiègne y de nombre Barnabé, el cual iba por ciudades y aldeas haciendo prodigios de fuerza y habilidad.

Los días de feria extendía en la plaza pública una alfombra usada, atraía á los niños y papanatas con la alegre charla que aprendió de un viejo saltimbanqui y empezaba sus trabajos poniendo un plato de estaño en equilibrio sobre su nariz.

La gente al principio desdeñosa acercábase al juglar. Entonces éste se paraba de manos y arrojaba al aire, aparándolas en los pies, seis bolas de cobre que brillaban al sol; ó bien se echaba hacia atrás hasta tocarse con la cabeza los talones; ó hacía de su cuerpo una rueda perfecta y en esta postura jugaba con doce cuchillos que relampagueaban á los ojos de la atónita muchedumbre, la cual aplaudía con admiración y arrojaba una lluvia de centavos en la alfombra del juglar.

Sin embargo, como la mayor parte de los que viven de su talento, Barnabé de Com-

piegne sufría grandes privaciones y cargaba con gran parte de las miserias inherentes á la falta de Adán nuestro padre.

Ni podía trabajar tanto como hubiera querido; pues para mostrar los primores de su arte, como á las plantas para dar sus flores y frutos, hacíale falta el calor del sol y la luz del día. En tiempos de invierno no era sino un árbol despojado de sus hojas y casi muerto. La tierra helada era dura al juglar, y como la cigarra de que habla María de Francia sufría durante la mala estación las horribles torturas del hambre y del frío.

Con todo el juglar soportaba con paciencia sus desgracias: jamás había reflexionado en el origen de las riquezas, en la desigualdad de las condiciones sociales. Creía firmemente que si este mundo es malo el otro sería bueno, y con esta esperanza se fortalecía; no imitaba los farsantes ladrones y descreídos que venden su alma al diablo; no blasfemaba nunca del nombre de Dios; vivía honestamente, y aunque no tenía mujer no deseaba la del prójimo, acaso convencido por la historia de Samson, de que nos habla la Escritura, de que la mujer es el enemigo de los fuertes.

A la verdad, más trabajo le costaba renunciar á los tragos que á las mujeres; porque sin faltar á la sobriedad le gustaba beber para aplacar el calor. Era, en fin, un hombre de bien, temeroso de Dios y muy devoto de la Santa Virgen María ante la cual se arrodillaba al entrar en cualquiera iglesia, dirigiéndole esta sencilla oración:

“Señora: cuidad de mi vida hasta que Dios se sirva llamarme á su seno; y después de muerto dejadme gozar las delicias del Paraíso.”

II

Una tarde, después de un día de lluvia, el juglar caminaba triste y agobiado, llevando bajo sus brazos las bolas de cobre, y entre la vieja alfombra los cuchillos y demás instrumentos de su oficio. Buscaba una granja donde acostarse aunque fuera sin cenar, cuando vio en el camino un monje que seguía la misma dirección que él. Se acercó, lo saludó cortesmente, y como marchaban al mismo paso se pusieron á conversar.

—Compañero—dijo el monje—¿De dónde venís tan vestido de verde? ¿vais acaso á desempeñar el papel de bufón en algún Misterio?

—No, padre, respondió Barnabé. Me visto así porque soy juglar de profesión, que sería la mejor si se comiese todos los días. Me llamo Barnabé.

—Amigo Barnabé, tened cuidado en lo que decís: no hay mejor estado que el monástico en el cual se alaban diariamente las grandezas del Señor, de la Virgen y de los Santos.

—Mi padre, confieso que he hablado como un ignorante. Vuestra profesión no se puede comparar con la mía; y aunque es meritorio bailar llevando en la punta de la nariz un bastón en el cual se encuentra un plato, este mérito no se asemeja al vuestro. Desearía, como vos, mi padre, cantar todos los días los oficios divinos, en especial el de la Santa Virgen á quien profeso particular devoción. Renunciaría de muy buena gana al arte que ejerzo y por el cual soy conocido en más de cien pueblos, desde Soissons hasta Beauvais, para abrazar la vida monástica.

El monje se conmovió con la simplicidad del juglar y reconoció que era uno de aquellos hombres de quienes dijo Nuestro Señor:—“Que la paz sea con ellos sobre la tierra”; y así, respondió:

—Amigo Barnabé: venid conmigo y os haré entrar en el convento de donde soy Superior. El que condujo á María Egipciana en el desierto me ha puesto en vuestro ca-

mino para que os lleve al puerto de salud.

De este modo Barnabé vino á ser monje. En el convento los religiosos celebraban en competencia el culto de la Santa Virgen, y cada uno empleaba en servirla todo el saber y la habilidad que Dios le había dado.

El Superior componía libros que trataban, según las reglas de la escolástica, de las virtudes de la madre de Dios.

El hermano Mauricio copiaba esos rasgos con superior habilidad en finas hojas de papel vitela.

El hermano Alejandro pintaba admirables miniaturas donde se veía á la Reina de los Cielos sobre el trono de Salomón, al pie del cual velaban cuatro leones: alrededor de la Virgen revoloteaban siete palomas representando los dones del Espíritu Santo: dón de piedad, dón de temor, dón de ciencia, dón de entendimiento, dón de consejo, dón de fuerza y dón de sabiduría. Seis vírgenes con cabellos de oro acompañaban á la Madre del Verbo: la Humildad, la Prudencia, la Paz, el Respeto, la Castidad y la Obediencia. A los pies de estas vírgenes algunas figuritas desnudas y blancas se mostraban en actitud suplicante: eran las almas que imploraban—y no en vano—la poderosa intercesión. El hermano Alejandro representaba en otra página á María y á Eva, á fin de que se viese á un mismo tiempo la falta y la redención; la mujer abatida y la virgen exaltada. También había pintado el Pozo de las agnas vivas, la Fuente, el Lirio, la Luna, el Sol y el Jardín cerrado de que se habla en el Cántico, la Puerta del Cielo y la Ciudad de Dios.

El hermano Martín, uno de los de más tiernos hijos de la Virgen, tallaba sin cesar imágenes de piedra, por lo cual tenía la barba, las cejas y los cabellos, llenos de polvo, y los ojos siempre lagrimosos. No obstante se encontraba fuerte y alegre en su avanzada edad, indicio cierto de que la Reina del paraíso lo protegía. Martín la representaba sentada en un carro, la frente nimbada de luz y cubierta con el vestido hasta los pies, recordando la frase del profeta:—Mi bien-amada es como un jardín cerrado. Algunas veces la figuraba bajo la fisonomía de una niña llena de gracia que parecía decir:—Señor, vos sois mi Señor:—*Dixi de ventre matris meæ; Deus mes es tu* (Psalm. 21, 11.)

Los poetas del convento componían en latín himnos en honor de la bienaventurada Virgen; y un monje picardo traducía los milagros de Nuestra Señora en lengua vulgar y en versos rimados.

III

Viendo tal concurso de homenajes y tan gran acopio de obras, Barnabé lamentaba su torpeza é ignorancia.

Ah! suspiraba él paseándose sólo en el jardincillo sin sombra del convento, soy bien desgraciado al no poder alabar dignamente, como mis otros hermanos, á la Santa Madre de Dios á la cual he dado la ternura de mi corazón. Soy un hombre rudo y sin arte y no tengo para vuestro servicio, Señora Virgen, ni sermones edificantes, ni libros escritos según las reglas, ni finas pinturas, ni estatuas primorosamente talladas, ni versos bien medidos. No tengo nada, ay!

De este modo gemía entregándose á la tristeza. Un día los monjes se recreaban conversando, y oyó á uno de ellos contar la historia de un religioso que no sabía decir otra cosa que el *Ave María*. Este religioso era despreciado por su ignorancia; pero al morir brotaron de su boca cinco rosas en honor de las cinco letras del nombre de María; y la santidad fue de este modo manifestada.

Al escuchar esta narración Barnabé admiró una vez más la bondad de la Virgen;

pero no se consoló con el ejemplo de la muerte del bienaventurado monje, porque su corazón ardía en amor y quería servir la gloria de la Reina de los cielos.

Buscaba los medios sin poderlos encontrar, y se afligía cada vez más. Con todo, una mañana se levantó muy alegre y corrió á la capilla donde estuvo encerrado hasta la hora de comer.

A contar de aquel momento iba cada día á la capilla, á la hora en que estaba desierta, y allí pasaba la mayor parte del tiempo que los frailes consagraban á las artes liberales y mecánicas.

De continuo se preguntaba en la comunidad la causa de las frecuentes ausencias del hermano Barnabé.

El prior, en cumplimiento de sus deberes, resolvió observar á Barnabé durante su soledad; y un día en que éste se encerró en la capilla, se fue acompañado de dos ancianos monjes á observar á través de las hendiduras de la puerta lo que pasaba en el interior.

Vieron á Barnabé delante del altar de la Virgen, parado de cabeza, jugando con sus seis bolas y sus doce cuchillos. Hacía en honor de la Madre de Dios las suertes que le habían valido más aplausos. Los ocultos espectadores no comprendiendo que este hombre sencillo ponía de esta manera sus únicas habilidades al servicio de la Santa Virgen, juzgaron aquello un sacrilegio.

El prior no desconocía la inocencia de alma de Barnabé; con todo, él y sus compañeros lo creyeron loco y aprestábanse á sacarlo por la fuerza de la capilla cuando vieron á la Santa Virgen descender las gradas del altar y enjugar con un pliegue de su manto azul la frente sudorosa de su jugador.

Entonces el prior, prosternando el rostro contra el embaldosado, pronunció estas palabras:—Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios.

Amén, respondieron los ancianos besando la tierra.

El primer billete

(POR ALFONSO PÉREZ NIEVA)

I



UANDO el pobre aguador salió de la tienda de comestibles palpando el billete de cien pesetas dentro del bolsillo y consideró que era suyo, pensó morirse de regocijo. Aquel día el reparto del agua se resintió bastante y anduvo desbarajustado. Casas hubo á las que no llevó la cuba ajustada, y otras que se encontraron con dos. Bromé con algunas porteras, piropeó á todas las criadas, y el alegre carmín de su rostro hizo que no quedara una cocina en la que no incubara la misma opinión: el honrado astur traía en el cuerpo una copita de más. E iba realmente borracho, pero no de vino; de dicha, que embriaga con mayor fuerza.

El humilde aguador no vivía solo en la corte. Al mes de trotar por esas madrileñas calles, con las orejas convertidas por el frío en un puro sabañón ó chorreando más sudor que agua llevaba en la cuba á pesar del hielo, se le murió la mujer en el país. Cuando supo la noticia, estaba enterada. Por entonces creyeron descubrir mu-

chas fregonas y algunas amas que el pesado astur tenía los párpados encendidos, como de beber; y era sencillamente de llorar á la que ya dormía en el cementerio de la aldea. Quedábale un hijo, un rapacillo de doce años que se trajo á Madrid, y al que metió en un comercio de ultramarinos para barrer la tienda y hacer recados. No le daban soldada alguna: sólo la comida. Pero la comida constituía un tesoro. Con la sobrante que á él le guardaban en los domicilios de sus parroquianos se mantenía, y así, reducidos sus gastos al alquiler en comandita de una alcoba en los barrios bajos, consiguió ir economizando algunas pesetillas, que guardaba en secreto bajo un ladrillo, con la esperanza puesta en la mañana azul en que pudiera marcharse á la tierra.

Porque si el viudo había hallado consuelo á su pena, el asturiano seguía soñando con el regreso al valle. Bajo el grafiato chaquetón y la raída bofina latía una nostalgia increíble. Sólo la miseria le retenía en la villa coronada; pero bien colocado su rapaz, con esperanzas de que se quedara de dependiente en la tienda cuando creciese en años y estatura, apenas reuniese cuatro cuartos para comprar una vaca y un pradito se iba, ¡vaya si se iba! Prefería un pedazo de borona á la sombra de los castaños nativos, á un panecillo blanco en la corte.

Por eso aquella tarde, cuando vio en su mano el primer billete conquistado por su resignada paciencia, le dio mil vueltas, le analizó al trasluz, admiró el busto de la figura y los ringorringos de la orla, temió por un instante que fuera falso, y asesorado en varias tabernas de que era legítimo y bien legítimo, desconfió ya de la antigua arca santa del ladrillo y lo envolvió en un pedazo de papel de periódico, cosiéndose éste al forro de la chaqueta. Y al día siguiente, para celebrar el suceso, fué en busca de su rapaz, á quien tocaba salir, y festejaron ambos el domingo dichoso saboreando un cocidito caliente, que daba gloria verle humear, ¡él, que sólo comía frío de ordinario!, en un figón de la Cava Baja.

II

El horrible dictamen del médico dejó al infeliz aguador aterrado. "Ese niño empezó á trabajar muy pronto; es de naturaleza endeblísima y tiene un principio de tuberculosis. Ya hay un pulmón casi atrofiado. Sin embargo, su tierna edad puede salvarle. El único remedio es que lo mande usted á su país en seguida á respirar aires puros. De lo contrario, dentro de un año se queda usted sin él."

El humilde astur no acabó de entender bien lo de tuberculosis y lo de atrofia; pero las últimas palabras del pronóstico eran bastante claras, no dejaban lugar á dudas aun á su entendimiento limitado y obtuso. El aguador salió de la consulta gratuita con el pobre rapaz de la mano y el corazón lleno de pena. Era preciso mandarle sobre la posta al país, "junto" al tío. ¡parecía mentira que, tan chiquitín, se cerniese sobre su cabeza la muerte! ¡Adiós proyectos para el porvenir, soñada regencia un día de la mejor provista tienda de ultramarinos de la corte, y adiós ahorros y retorno por ahora de la querida tierra!

Aquella misma noche escribió á su hermano una larga carta contándole lo que ocurría. Empleó cuatro ó cinco horas. La madrugada le sorprendió estampando la firma: una rúbrica laberíntica de notario, el último geroglífico de cuatro carillas de frases partidas, mayúsculas extemporáneas y ortografías inverosímiles, que constituían el monumento cuneiforme de más difícil interpretación que haya dado de sí nunca la paleología de los siglos prehistóricos.

Desde el día siguiente comenzó á buscar alguien que se marchara á la tierra y quisiera acompañar al chico. Al cabo logró encontrar una nodriza que se retiraba de la "profesión" y que era natural de una aldea vecina á la del rapazuelo. Ya tenía el chico con quién ir. Pero para irse necesitaba dinero. Y una noche el pobre aguador, antes de que se recogieran sus compañeros, á la débil luz de una vela de sebo, se descoló el forro de su chaquetón grasiento y sacó de las entretelas el billete de cien pesetas envuelto en su pedazo de periódico.

Todo el día de la marcha anduvo de compras. Mercó al viajero un terno de paño burdo de mucho abrigo, una manta, unas alforjas; á la nodriza, que no hacía el servicio gratis aunque "no llevara nada," un pañuelo para la cabeza; y cuando por la noche volvió á su tugurio después de despedir en la estación al tierno chicuelo enfermo, dejando correr por la calle sus lágrimas silenciosas que la sombra envolvía, se sentó sobre el pelado cofre de pellejo, y con los brazos caídos y la muerte en el alma exclamó:

—¡Pobre rapacín mío! ¡Allí pondrás bueno, de seguro!

Luégo reparó en un pedazo de periódico tirado en el suelo. ¡El envoltorio del primer billete! Y llenándose de pronto su memoria de todo el calvario que la consecución del efímero bien significaba, murmuró con infinita amargura, con la voz arrollada por las lágrimas, pensando que había que volver á empezar á subir la cuesta.

—¡Qué trabajo costó reunirte, y qué pronto quedéme sin tí!

fuerza análoga á la gravedad é igual á la de la pesantez; gasto platónico, pues á pesar de su enorme masa, la tierra no pesa, y solamente sobreponiendo las hipótesis se puede tener una idea de la famosa palanca de Arquímedes. Suponiendo que la masa de la tierra sea más ó menos de 6.10^{21} toneladas, nuestro estadista calcula que necesitaría sesenta mil millones de años una máquina de una potencia de 10.000

Este tren, marchando con una velocidad de cuarenta kilómetros por hora, gastaría cinco millones de años para atravesar su propia longitud; sería 11.500 veces más largo que la distancia de la tierra al sol y necesitaría un tinglado con una superficie 770 veces mayor que la de Europa. Si se piensa que esta cantidad fantástica de energía no es nada comparada con la que posee la tierra en virtud de su

movimiento de rotación alrededor de su eje, de su movimiento elíptico alrededor del sol, y del movimiento de traslación del sistema solar en el espacio, del cual la tierra no forma sino una ínfima parte, y que él mismo no es sino una mínima parte del Universo, se tendrá una idea exacta de la pequeñez del hombre, y se podrá juzgar de su inconmensurable orgullo.

Los colores del camaleón

No se ha explicado aún de modo satisfactorio el singular privilegio del camaleón—que tienen igualmente otros reptiles menos conocidos—de cambiar de color según el lugar en que se encuentre y los objetos que le rodeen. Preséntase hoy un sabio alemán diciendo que los cambios que se producen en estos diversos animales están en relación directa é inconsciente con los fenómenos visuales. El camaleón, como es sabido, tiene un color gris cuando se arrastra por el suelo y se torna de un verde intenso al encontrarse entre la hierba ó cuando se sube á las hojas de los árboles, lo que ha hecho creer generalmente que sólo presenta como un reflejo de los objetos que le rodean. Sostiene por el contrario el naturalista alemán, que el cambio de color se debe á un líquido particular que segregan en un momento determinado las glándulas que tiene el animal bajo la piel; así como al hombre la impresión fuerte y repentina de la luz le hace cerrar los ojos, y á veces se los llena de lágrimas, del mismo modo en el camaleón y otros reptiles la percepción de una luz verde pone en juego esas glándulas especiales y les hace derramar bajo la epidermis el líquido colorante. Para comprobar su teoría el sabio ha tenido la bárbara curiosidad de arrancar los ojos á al-



BOCETO PARA UN MONUMENTO A CRISTOBAL COLON

Escultor: Bozzano

Estudio de la casa de J. Rovessi é hijo

caballos para mover nuestro globo 30 centímetros, en la hipótesis indicada más arriba. La caldera que alimenta esta máquina debe evaporar una cantidad de agua que pueda cubrir la superficie de la tierra con una capa de noventa metros de espesor. La vaporización de esta agua exige cuatro mil billones de toneladas de carbón.

Este carbón, llevado por vagones de 10 toneladas y que ocupe cada uno una longitud de 9 metros, necesita cien billones de vagones cuya longitud daría cuarenta y cinco millones de veces la vuelta á la tierra.

gunos de estos reptiles, y se ha visto que los camaleones ciegos no cambiaban de color; colocados indiferentemente entre las piedras ó en el verde más intenso, conservaban siempre el tinte gris que parece ser su color normal. La experiencia, aunque no es cosa concluyente, no deja de ser curiosa; y si la explicación no es muy decisiva, merece al menos que se haga mención de ella.

Progresos de la incineración

El 7 de mayo se efectuó la 17.ª Asamblea general de la Sociedad para la propagación de la incineración.



SECCION RECREATIVA

Fantasías estadísticas

Los estadistas tienen á veces ideas muy extrañas. Uno de ellos se ha divertido en calcular cuánto se necesita gastar de energía, de agua y de carbón, para imprimir á la tierra una traslación de 1 pie (30 centímetros), suponiendo que esté sometida á una

M. Bourneville ha presentado el estado numérico de las incineraciones hechas en París desde 1889: por pedidos de familias, 1.465, de las cuales se hicieron 210 el año pasado; 19.362 cuerpos provenientes de los anfiteatros de anatomía, de los cuales 2.356 fueron en 1897. Durante el primer trimestre de 1898, hubo 62 incineraciones hechas por pedidos de familias.

La duración de las incineraciones ha variado de 34 á 67 minutos, según la edad.

En el extranjero la cremación ha hecho importantes progresos. Alemania posee cinco monumentos, en donde se practicaron á fines del año pasado, 2.700 incineraciones. En Inglaterra se efectuaron 270 en los crematorios de Woking, Manchester, Glasgow y Liverpool.

En Zurich 69 incineraciones, y el monumento de Bale fue inaugurado en el mes de enero de este año.

Italia posee 25 crematorios; los Estados Unidos, 20; Suecia, 2 y Dinamarca, 1. En el Japón y en Tokio, la cremación se practica cada vez más. En China y en Shanghai, la municipalidad inglesa ha construido un aparato semejante al de Manchester.

En Austria y en Rusia no está autorizada la cremación, pero se está ejerciendo una campaña muy activa para obtenerla.

MODO DE VENCER A LOS AMERICANOS



Por medio de un plan intrincado, muy bien meditado, matemáticamente combinado, y que... puede que no diera resultado.

A sablazo limpio de dollar para arriba, y no río yo del desastre que iba á producir.

Edad de los ebrios

Los informes de la policía inglesa en el año de 1896 denuncian 187.258 persecuciones por borracheras en Inglaterra y en el país de Gales.

En 104.112 casos, se ha notado la edad del delincuente, lo que ha permitido hacer la siguiente clasificación.

Edades	Hombres	Mujeres
Menos de 12 años	0	9
De 12 á 16 años	21	10
De 16 á 21	4.504	1.101
De 21 á 30	23.885	7.581
De 31 á 40	22.301	9.632
De 41 á 50	14.621	6.216
De 51 á 60	6.623	2.735
Más de 60 años	3.580	1.302

Este cuadro nos muestra que, entre los ebrios recogidos en las calles de Londres, hay exactamente una mujer por cada tres hombres. Sin embargo, á los treinta y cincuenta años, la proporción varía, y tiende á dar una mujer por dos hombres.

La florescencia de la embriaguez se hace manifiesta de veinte á cuarenta años. ¿Pero por qué el número de los ebrios baja tan rápidamente después de los cuarenta y un años? Seguramente los que han bebido no han dejado de beber, por lo menos, voluntariamente, y es necesario admitir que á los cuarenta años el alcohol ha hecho gran parte de su obra, y la mayor parte de los ebrios han perecido á causa de su exceso.

La lluvia negra

La lluvia roja no es un fenómeno extraordinario, ni tampoco las lluvias negras en los grandes centros manufactureros; la escarcha que cae en las costas del Noroeste de Inglaterra, cuando el viento viene del Oeste, es á menudo negra en los alrededores de Newcastle. Pero la lluvia bastante negra para oscurecer el cielo, de modo que los pájaros se colquen como para dormir en pleno día, es un fenómeno muy raro en Irlanda donde no hay centros de manufactureros.

En el distrito de Mullingar, se observó el 30 de abril de 1898, á las dos de la tarde, una lluvia negra muy extraña, que fue descrita detalladamente

en el *Meteorological Magazine* por M. John Ringwood, de Kells. La superficie del suelo que empapó esta lluvia medía cerca de 1,500 kilómetros cuadrados. La obscuridad era tan grande que se tuvieron que encender las lámparas en las casas de habitación y en los talleres, y los pájaros se prepararon á dormir como si se acercara la noche. La gente del pueblo creyó que era el fin del mundo y se figuraban que el ruido del trueno era el sún de la trompeta del juicio final. La materia que dio color á esta lluvia fue simplemente hollín ó carbón llevado á las regiones superiores de la atmósfera por el humo de las numerosas fábricas situadas al Norte de Inglaterra y al Sur de Escocia. Este hollín se había aglomerado en las capas elevadas durante una semana de sequía y producían puestas de sol parecidas á las que se observaron cuando la erupción del Krakatoa. Un viento húmedo y violento arrastró las partículas de hollín suspendidas en el aire hacia las nubes que formaron esta notable lluvia.

A pie á través del Océano

Un americano, natural de Boston, el capitán William Oldrieve tenía proyectado para el 4 del presente mes dar principio á un audaz y singular experimento: nada menos que atravesar el Atlántico á pie con un calzado especial inventado por él. Este calzado lo forman unos cajones de cedro de 1 m. 50 de largo, con láminas ó planchas sobresalientes á los lados y en la parte inferior. Aunque son muy livianas las cajas, pueden sostener un peso de 140 libras, y como el inventor sólo pesa 130, asegura que estará tan bien en ellas como en el puente de un trasatlántico. Ya ha hecho el experimento de su aparato en el Hudson y en el Merrimac, ha atravesado sin ningún contratiempo los rápidos del río San Lorenzo, y también pasó el Niágara como á tres millas más abajo de las cataratas.

Se le ha visto alejarse veinte millas á lo largo de Boston, y pasearse veintisiete horas seguidas en la bahía de Massachusetts. Un día que estaba dando una sesión en la bahía de Pablo, Florida, una ráfaga de viento le arrastró á alta mar; desapareció y todos le creían ahogado cuando á las pocas horas le vieron andando sobre las olas, pasando de una á otra hasta llegar á la orilla con la mayor tranquilidad. Después de esta hazaña M. Oldrieve ha perfeccionado su invento y no duda del éxito de su empresa. Le acompaña en su peligroso viaje el capitán William Andrews, el que en 1878 y 1892 dio la gran prueba de audacia, de atravesar solo el Atlántico en una embarcación minúscula. Los dos compañeros pensaban salir á la vez de Boston, uno andando y el otro navegando, con la intención de llevar el bote á remolque siempre que el mar estuviese tranquilo, pues el capitán Oldrieve provee también de calzado marino á M. Andrews. En cambio, el intrépido viajero hará casi todo el camino á pie y sólo se servirá del bote de su amigo para comer y dormir. Ellos creen que el viaje durará de cuarenta á noventa días, y como se proponen seguir el itinerario de los grandes trasatlánticos, se podrá saber de ellos en el curso del viaje; después de atravesar el océano y llegar al Havre, piensan remontar el Sena, también á pie, hasta llegar á París, término de su viaje.

Utilización de las olas del mar

La idea de utilizar la fuerza de las olas ha dado origen á numerosos proyectos, que han sido en su mayor parte quiméricos. El *Scientific American* señala una nueva tentativa que tiene á lo menos el mérito de haber revestido una forma práctica.

El sistema fue instalado el año pasado en la bahía de Potencia, en California. Consiste en flotadores establecidos á la extremidad de un muelle y unidos directamente á los émbolos de una bomba de agua.

El agua es rechazada hacia un depósito donde el aire, encontrándose comprimido, obra en seguida para enviar el agua bajo presión sobre una rueda hidráulica Pelton que se mueve con gran velocidad.

En Potencia, esta rueda hidráulica mueve un dinamó.

Los promotores de este sistema creen que la producción de una potencia de 1.000 caballos costará 550,000 bolívars en la costa del Pacífico; mucho menos en la costa del Atlántico, y que el caballo de vapor anual no costará sino 65 bolívars, comprendidos 6 por 100 de amortización.

Matanza de moscardones

En gran desolación se encuentra la agricultura neozelandesa por una causa bastante singular, cual es la de que los moscardones no puedan aclimatarse en la Nueva Zelanda. Exprofeso se había introducido este insecto en el país con el objeto de efectuar la fecundación cruzada del trébol. Las aves del país, que nun-

ca habían visto tales insectos, descubrieron á poco en ellos propiedades gastronómicas y nutritivas muy estimables, y han hecho un horrible destrozo. Muchos pájaros se los comen enteros; otros llevan su refinamiento y golosina hasta más allá de los límites, excitando con justo motivo la indignación de los agricultores. Júzguese por lo que cuenta en *the Entomologist* el sabio inglés Mr. Smith. Cierta pájaro llamado el *pams mapi* se limita á abrirle el vientre al moscardón para sacarle las vísceras. Otro, que llaman en Nueva Zelanda el *tin*, y que pertenece á la familia de los estorninos, hace más todavía. El *tin* es melívoro, y habiendo descubierto que los moscardones tenían cierto jugo de miel, se acostumbró á matarlos, convencido de que este medio era uno de los más fáciles y prácticos para procurarse su alimento favorito. Y no hay duda de que este licor azucarado es lo único que aprovecha el estornino, pues muchas veces se encuentran los moscardones despojados de su bolsa de miel, mientras que el resto del cuerpo permanece intacto..... ¿Quién hubiera sospechado tanto vicio y tanta malicia en los estorninos?

Producción del té

M. V. Boutilly, al volver de una misión de Ceylán ha publicado un interesante estudio sobre el cultivo y el comercio del té.

En 1895, en el mundo entero, la producción del té pudo evaluarse en 1,050 millones de libras; 740 millones por China, 130 por la India inglesa, 10 por Java, 1 millón por América, es decir el Brasil y California, y el resto por el Japón.

En 1897, la producción de las Indias inglesas fue de 157 millones de libras, de las cuales 134 millones fueron enviadas á Inglaterra.

Rusia no consume sino 78 millones de libras y Francia 1 millón y cuarto.

El Japón produce casi todo el té que va á la América del Norte.

Pájaros enemigos de las abejas

Las abejas tienen, entre los pájaros, numerosos enemigos.

Un zoologista, M. Reber ha hecho una lista de ellos.

En primer término se encuentra el pájaro que ha encontrado el medio de vaciar los colmenares en el invierno; para lograrlo procede de este modo: se coloca á la entrada de las colmenas, toca en las paredes para hacer salir los insectos y se apodera de ellos al pasar.

Otro pájaro útil, llamado pico verde, es también gran destructor de abejas: taladra las colmenas y coge no solamente las abejas sino también la miel.

La cigüeña se aplica igualmente á este trabajo: se llenan el papo de abejas y á veces se le han contado varias centenas.

El abejaruco y el buaro son también enemigos determinados de la abeja.

En fin, nombraremos la picagora, el papamoscas, la nevatilla y el gorrión que por lo menos en ciertos momentos y en ciertas circunstancias no desprecian emplear como alimento este precioso insecto.

Influencia curativa de la música

Es muy conocido el poder que tiene la música sobre el sistema nervioso y es por esto que todos los pueblos, desde los más salvajes hasta los más civilizados, han tenido siempre músicas militares. El ritmo y el timbre ejercen una influencia de todos conocida, y partiendo de lo general á lo particular, hay que reconocer también la influencia de la voz humana, que es amenudo de una acción preponderante. Sin hablar de los efectos de la elocuencia en las muchedumbres ¿quién no ha tenido ocasión de comprobar el magnetismo, la sugestión, que ejercen ciertas voces? Hay voces penetrantes, simpáticas, trastornadoras, áureas. La suavidad y el timbre de la voz han desempeñado siempre un papel que no sería inútil estudiar profundamente, y ningún asunto más seductor para un filósofo que el de las uniones que se han verificado al influjo de un timbre de voz agradable. Amenudo, aunque inconscientemente, son las voces las que se casan.

Una voz de niño, una voz infantil, curó radicalmente á un individuo profundamente alcoholizado; y una voz pura, de un timbre bellísimo, realizó la regeneración moral de un ente corrompido y grosero, azote de los tribunales correccionales; verdadero triunfo de las ondas sonoras sobre las perturbaciones del sistema nervioso.

El doctor Béni Barde acaba de referir un hecho muy curioso, que pone en evidencia la acción poderosísima de la voz sobre el sistema nervioso.

Tratábase de una mujer neurasténica pero inteligente, que declaró á Béni Barde que estaba enferma á causa del cambio de la voz verificada en su marido;

diciendo, con acento de profunda tristeza, que hacía algunos meses que la voz de su marido, que la había encantado siempre, producía una impresión desagradable y extrañas perturbaciones. No hay tesis sin antítesis! la misma voz que antes la atraía, la repulsaba ahora. En efecto, ella había cambiado algo. Decía la enferma que le era imposible oír la voz de su marido sin sentir una excitación nerviosa que la impulsaba á huír de él. Aquella voz de timbre musical que le había producido tan dulces impresiones, no despertaba en ella sino sensaciones excesivamente penosas. Este fenómeno es quizás más general de lo que la enferma misma pudiera sospechar, aun cuando las razones no sean siempre las mismas.

Una voz puede disgustarnos por el hecho de una simple asociación de ideas; la voz del marido puede ser desagradable cuando este ha dejado de agradar también, pero en el caso presente no había tal; existía una sobrecitación nerviosa, una verdadera enfermedad. Cuando la enferma sentía la impresión de aquella voz, experimentaba verdaderos dolores, palpitaciones, y aquella influencia acentuándose cada día más obligóla á consultar con su médico.

Aquella mujer era música; y como toda mujer sensitiva, tal música le producía serenidad y calma y tal otra, sobresaltos y angustias. Sus autores predilectos eran Haydn, Bach, Hændel, Rameau, Mozart, Gluck, Piccini, Beethoven. Pero Schumann la desesperaba y Chopin le provocaba verdaderas crisis histéricas. Evidentemente que aquella mujer era una sensitiva-auditiva. Pertenecía al número de las que se casan subyugadas por la voz del novio; y la voz melodiosa de éste fue la que realizó la unión. Doce años después, regresando de la cacería, fue presa de una laringitis grave que alterando profundamente las cuerdas vocales, tornó la voz áspera, chillona, eructante y desagradable. Y aquella mujer, so pena de taparse los oídos, tenía que vivir oyendo siempre aquella voz, irreconocible ya. Entonces fue cuando la enfermedad se presentó y fue poco á poco desarrollándose en la sensitiva-auditiva. La voz de su marido la enfermaba, y los accesos iban repitiéndose con más frecuencia; la neurosis cerebral sensorial hacía rápidos progresos; el peligro era temible.

Como este caso no es el único en su especie, no es superfluo describir suscintamente el tratamiento implantado á la enferma por el Dr. Béni Barde. Como la causa del mal era el marido, separóse de él á la mujer, prescripción perfectamente lógica; á esto se agregó el cambio del medio y un reactivo contra la neurosis, la hidroterapia metódicamente empleada. Al cabo de tres meses la mejoría era evidente, tan evidente que la enferma pidió su marido. Fué el marido, y durante tres días pudo oír su voz sin ninguna impresión penosa. Sin embargo á aquella neuropata la atormentaban todavía ciertas disonancias que la sumían en la mayor tristeza; el médico ordenó entonces una nueva separación. Luégo, por indicación de Brown Sequard se implantó un tratamiento especial de educación del oído; por medio de sonidos agradables á los nervios de la enferma, esperando que las nuevas impresiones desvanecerían las antiguas ó las transformarían. Las sensaciones que más le agradaban eran las producidas por los cantos religiosos y la palabra de los predicadores. La enferma asistía á los oficios religiosos y oía los sermones de un orador cristiano de voz bien timbrada y poderosa. El equilibrio nervioso se restableció hasta el punto de que el aparato auditivo pudo percibir ruidos discordantes. Al cabo de tres meses de este régimen nueva entrevista con el marido; la enferma ya no se quejaba, estaba curada, pues M. Béni Barde desde hace 25 años la ve con frecuencia en estado de salud.

Evidentemente se trataba de un trastorno nervioso sensorial, curable por un cambio de vida, por una modificación gimnástica de las impresiones auditivas y por una educación progresiva y profunda del sistema nervioso. El caso es interesante y tiene su moraleja para los maridos: ¡cuidad vuestras voces! lo cual es muy justo y racional porque nadie se casa con dos voces sino con una sola.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

SERIE SEGUNDA

REFRANES Y APOTEGMAS

XXIV

Más vale malo conocido, que bueno por conocer.
Según y conforme.

XXV

En caso de duda abstente.

Y si se trata de hacer una buena obra, de dar una

limosna, por ejemplo, ¿habrá de seguirse este consejo? Sin duda que muchos contestarán afirmativamente; sobre todo aquellos prójimos que no son muy aficionados á practicar las buenas obras.

El consejo que antecede es bueno, cuando versa «sobre cosas en que hay duda de si se pueden ejecutar ó no lícitamente.»

XXVI

Al que asa dos conejos, se le quema uno.

Se le queman los dos, las más de las veces.

XXVII

Las razas cruzándose mejoran.

Mejoran ó empeoran, según y cómo sea el cruzamiento; y según la raza, superior ó inferior de las cruzadas, á que se refiera la expresión. Cuidado! ¡oh jóvenes incautos! con tales cruzamientos.

XXVIII

Honra y provecho no caben en un saco.

Dicho inmoral. Caben sin dificultad ninguna, siempre que el saco tenga capacidad suficiente para contenerlos entrambos á dos, lo cual es constante, si se trata de personas honradas.

XXIX

Lo que abunda no daña.

Según y conforme, pues si la abundancia es de cosas malas, ab renuntia, que mengüen cuanto sea posible.

Ocasiones hay en que la abundancia, aun de cosas buenas, daña; ó por lo menos, como dijo Cervantes: «La abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen.» (Quijote. Parte segunda. Prólogo.)

Textos. «Rogar á Dios por santos, mas no por tantos.»—Refrán con que se expresa que la demasiada abundancia, aunque sea de cosas buenas y que se desearan, muchas veces es molesta y perjudicial.» (ACADEMIA. Dice. Dios.)

«Lo que abunda no daña, dice el refrán; pero en medicina este dicho es radicalmente falso. Lo contrario es más bien lo verdadero.» (Doctor Andes.)

XXX

Para poca salud, más vale ninguna.

¡Alto ahí! ¿Qué quiere decir eso? La salud física, y más aún la moral, son dones tan preciosos, que siempre tienen gran valor, en cualquiera proporción que sea.

Aquí puede aplicarse con toda propiedad el dicho: «Más vale algo que nada.»

XXXI

Más ven cuatro ojos que dos.

Según sean los dos, y según sean los cuatro. Y no se nos venga con que en igualdad de vista; porque entonces sería la verdad de Pedro Grullo.

XXXII

Más vale ser necio que porfiado.

A menos que con esto se quiera significar que la porfía es la peor de las necedades, por cuanto implica algo de mala fe, cargo del cual está exento la simple necesidad.

XXXIII

Goza de tu poco, mientras busca más el loco.

Pues, señor, quedamos notificados. Hasta ahora habíamos creído axiomático lo contrario; esto es, que era de cuerdos buscar su adelanto y mejor bienestar.

Aforismo. «Los que no aspiran á mejorar sus condiciones de hombres y de ciudadanos, no son hombres de bien.»

XXXIV

Sol que mucho madruga, poco dura.

Es precisamente lo contrario. Cuanto más temprano sale el sol, más tarde se pone; y vice versa. Y si se dice en sentido figurado, resulta que el símil no es exacto.

Compárese con el otro que dice: «Sol de invierno sale tarde y se pone presto,» que es lo exacto.

XXXV

La oración breve sube al cielo.

Y la larga, irá derecho al infierno, según parece. Pues ya lo sabéis, despachaos pronto, que á Dios poco le importa lo que contenga la oración, ni el espíritu que la dicte. El tiene mucho á que atender, y lo que le interesa es que sea breve, pues no puede perder su tiempo oyendo largas peroratas; como las que se hacen, v. gr., en las Cortes de la nación Española.

XXXVI

Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano.

Negocio concluído: quedémonos desnudos hasta que Dios sea servido llamarnos á mejor vida, y no tratemos de buscar vestidos. Para qué? Eso sería una gran tontería, puesto que desnudos vinimos á este pícaro mundo.

A la barbarie iríamos al galope siguiendo semejantes principios.

XXXVII

¿Para qué va al baño la negra, si negra se queda?
¡Cómo si el objeto del baño fuera destefñirse la persona! Muy buena lección de higiene y aseo. Afortunadamente las negras no la aceptan, ni poco ni mucho, y son afectas á tomar largos baños en los ríos, á lo cual se prestan los climas en que ordinariamente viven.

XXXVIII

A la mujer y á la mula, por el pico les entra la hermosura.

Parece que aquí se confunde la hermosura con la grosura; lo cual no deja de ser un error algo graso. Y por otra parte preguntaríamos: ¿Es sólo á la mujer y á la mula? Y al hombre y al mulo, y á todos los demás seres vivientes, ¿por dónde les entra la tal hermosura? ¿Será por los ojos?

XXXIX

No mueras en mortandad, ni juegues en Navidad.
Como no sea en éstas, muérete y juega en cualquiera otra época que se te antoje.

XL

En martes, ni te cases ni te embarques.
¡Venirnos todavía con estos agüeros!

XLI

Entre dos muelas cordales, nunca metas tus pulgares.

Pues mételos entre otras dos que no sean cordales, á ver cómo te va.

XLII

Comeréis puerco, y mudaréis acuerdo.
Ignorábamos que tuviese tal virtud el ciudadano puerco.

XLIII

Quien no la corre de joven, la corre de viejo.
No es exacto. Los que cuando jóvenes no son contentos, ó amigos de correrla, menos lo son, en general, cuando viejos.

XLIV

El tiempo es dinero, ó como dicen los ingleses: "Time is money."

Comparación propia de ingleses, los cuales parece que nada estiman tanto como la moneda, ó lo que pueda producir moneda.

«El tiempo es rico tesoro
Y más preciado que el oro.»

(MARTÍNEZ DE LA ROSA.)

XLV

Quando el cojo de amores muere ¿qué hará el que andar puede?

Hágame usted el favor de explicarme, señor, ¿en dónde se encuentra la paridad de este dicho? ¿Qué conexión, congruencia ó coherencia media entre la cojera y el amor? ¿Qué inconveniente existe para que un cojo, ó un manco si se quiere, pueda enamorarse perdidamente de una hija de Eva, como cualquier otro hijo de Adán? Si se tratara de un ciego, se comprendería hasta cierto punto.

En cuanto á un tuerto enamorado, hubo ya quien jocosamente dijera:

«Ni, como dicen, es cierto
Que amor por los ojos entré.
No sé como en tí se encuentra
Amor tanto, siendo tuerto.»

XLVI

La mujer y la pera, la que calla es buena.
Sería de verse una pera parlanchina.

XLVII

No hay mujer con seso, delante del espejo.
¿Y eso por qué? Entonces solamente los hombres podrán hacer uso de tal mueble, cuando precisamente compete más á la mujer.

XLVIII

El mayor mal de los males, es tratar con animales.
A este apotegma pudiera hacérsese una ligera variante, en esta forma:

«El mayor mal de los males,
Es tratar con inanimados.»

Y, á nuestro ver, sería entonces más verdadero.

XLIX

Perro que ladra no muerde.
¡Hombre! No muerde. Vale más, sin embargo, no descuidarse uno mucho con ellos. «A Segura lo llevan preso», ó bien: «Seguro mató á Confianza.» Más exacto es el otro que dice: «Perro ladrador nunca buen mordedor.»

(Continuará.)

B. RIVODÓ.



NUESTROS GRABADOS

Descubrimiento de Tierra Firme

Al emprender el viaje.—Para la época de su tercera recorrida, la opinión pública no miraba á Colón con mucho entusiasmo. Circulaban noticias de las miserias y trabajos de cuantos estaban en estos mares y tierras á sus órdenes, y no había quien voluntariamente quisiera embarcarse para servir bajo su mando, siendo preciso, por tanto, para disponer la flota que por tercera vez lo debía conducir al Nuevo Mundo, acudir al indulto de criminales y á la remesa de sentenciados por la justicia, providencia sugerida por el Almirante. "No puede menos de notarse, dice Fernández Duro, que al tiempo que nadie quería ir voluntariamente á las órdenes de Colón, los demás descubridores tenían gente de sobra." Creyó el Almirante que un tal Jimeno de Bribeasca ponía obstáculos á su partida, y como en el momento de llevar anclas se viese insultado por Jimeno, sin reflexionar las consecuencias arrojó al suelo á su enemigo y "le dio muchas coces ó remesones," hecho que los reyes vieron con indignación. Bajo impresiones tan ingratas salió Colón de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498 y el 19 de agosto del mismo año "vio al sur una tierra á la que, suponiendo que era isla, dio el nombre de Santa, y que no era más que el trecho bajo de costa que interceptan los numerosos brazos del Orinoco." No sospechó siquiera que entonces, por vez primera, veía el Continente, la tierra firme que con tanto afán había buscado.

Después del descubrimiento.—Llegó Colón á Santo Domingo cansado de su largo viaje y quebrantada su salud por diversas y peligrosas enfermedades; pero si pensaba descansar se equivocó grandemente, pues no se lo permitieron los disturbios de la colonia. La fatalidad que perseguía al genio desde su salida de Sanlúcar, se ensañó con él al tornar á Santo Domingo. Con el objeto de suplir los gastos que hacía, calculó que la principal ganancia podría sacarse de la venta de los indígenas como esclavos. Despachó al efecto cinco navios cargados de indígenas, lo que era lo mismo que firmar su sentencia, porque la reina, poseída de indignación, decidió quitarle el gobierno y enviar un sustituto. Esa fue la primera recompensa que obtuvo por haber descubierto la tierra firme.

LAS ILUSTRACIONES

La urna de Colón.—Se tiene por verdad comprobada que los restos de Colón reposan en Santo Domingo. De la urna en que se encontraron las cenizas del Gran Almirante, presentamos varias vistas, así como también otras tantas que corresponden al fastuoso monumento que para conservar aquellos restos se levanta actualmente en la Catedral de aquella histórica ciudad.

El monumento en conjunto presentará extraordinaria suntuosidad. Domina en el mismo el estilo ojival en sus líneas generales, modificado por elementos del Renacimiento y por rasgos modernos hábilmente aplicados, recordando en sus partes principales el estilo arquitectónico que privó en España durante el reinado de los Reyes Católicos. Los materiales empleados son el mármol blanco de Carrara, el bronce, y el mosaico veneciano, así mismo en las bóvedas.

Tres cuerpos forman el monumento de Colón. El inferior lo constituye la cripta donde se guardarán los restos del insigne descubridor de América, que custodia la mencionada Catedral. Escaleras de honor con leones de bronce conducirán á la cripta, con la que comunicarán por medio de una galería que los autores denominan "de las tres razas" por los heraldos que figuran en los ángulos de las cartelas, en los pilares centrales, representativos de las tres razas que pueblan la América y figurando ser los custodios de los restos de Colón. Estos heraldos, muy bien concebidos y modelados, tienen cierto parecido con los del Alcázar de Toledo, discretamente modernizados por el señor Carbonell. En los muros de la cámara sepulcral se pondrán bajos relieves en bronce con los asuntos de "Fray Juan Pérez de Marchena deteniendo á Colón" y "Prisión de Colón por orden de Bobadilla." Cerrarán la cámara sepulcral dos puertas y dos verjas de bronce dorado, todo ricamente labrado, y en el centro de ella se hallará el cenotafio, compuesto de un basamento de mármol negro de Bélgica, que rematará en una cornisa, recuerdo del torreón de popa de la nao "Santa María," y del sepulcro, obra de mucha severidad, en la que aparecerán los escudos de Santo Domingo y de Colón, para señalar mejor la relación íntima que existe entre la isla Española y el gran navegante. En la bóveda de la cámara figurarán representaciones alegóricas y estará

enriquecida con mosaico veneciano, todo lo cual ayudará á que ofrezca un aspecto imponente, rico y severo.

El desarrollo constructivo de la planta de la cripta da lugar á la apariencia externa del monumento. De esta disposición resultan ocho contrafuertes que siguen la dirección de los muros de la cripta y cuatro grandes pináculos que gravitan en los cuatro pilares de los ángulos del mismo cuerpo del monumento. En los paramentos de los contrafuertes se verá una serie de alegorías referentes al descubrimiento de América é inscripciones alusivas á la dedicación del monumento. La apariencia exterior de la cripta forma como el pedestal de una estatua de mármol blanco que representará "La Isla Española guardando los restos de Colón." El señor Carbonell ha realizado este pensamiento por medio de una matrona sentada en actitud de amparar la arqueta en que se supone hallarse los restos, figura de enérgica belleza, con apropiados rasgos de los naturales del país, tratada con grandiosidad en las líneas, con vigor en el modelado y

Dicen así los citados párrafos:

"Ramón Bolet perteneció á la más trabajosa época del arte en Venezuela. Del estímulo y protección que las Administraciones dieron, no pudo él disfrutar. No tuvo maestro sino la Naturaleza, que da sus lecciones gratuitas á quien de ella se prenda. Muy niño era, cuando fue acometido de una afección del pecho, que por toda su vida le dejó delicado y al fin le acarree la muerte. Durante su reclusión de enfermo, en aquella infantil edad, no le divertía ningún juguete sino su lápiz y una cajilla de pinturas detestables, que disolvía con unos pinceles de la peor estofa. Lo que al principio fue puro entretenimiento vino á convertirse en ocupación constante, en desahogo de ferrosos transportes de su alma de artista. Cielo, montes, aguas, flores, todo lo pintaba en sus bloques de papel de acuarela. Y todo lo animaba con vida y expresión su pincel de aficionado prodigioso. Luégo pintó figuras, y las figuras parecían vivir también; y resultó también iluminador y ornamentador ingeniosísimo, fecundo y original. Era un talento de universales facultades para el arte.

"En el año de 1872 visitó Venezuela M. James M. Spencer, caballero inglés de gran fortuna, e xquisita educación, nobilísimo carácter; un tipo irrefragable del verdadero gentleman, á quien nuestra patria debe grata memoria, por lo mucho que él hizo por alentar allí las artes, y por lo que en su patria hizo después por dar á conocer nuestro país, en un famoso libro que escribió y pu-

blicó con el título de *The land of Bolívar* (La patria de Bolívar.) Al punto que Spencer vio los trabajos que RAMÓN BOLET ejecutaba á la sazón por encargo del Ministro de S. M. Británica en Caracas, el Honorable R. T. C. Middleton, se propuso completar aquel ingenio, haciendo que fuese á recibir lecciones del ilustre Profesor Ruskin, el célebre maestro cuyas obras de crítica filosófica del arte, tienen autoridad en todo el mundo. Sin avisarlo á BOLET, y con el misterio de quien prepara una verdadera conspiración, escribió Spencer á Ruskin enviándole algunos trabajos del joven acuarelista venezolano. Ruskin contestó á Spencer lo siguiente, que copiamos de la mencionada obra de Spencer:

"He recibido los dibujos, y el papel de plata me ha causado rabia; mas á pesar de todo he podido ver que los dibujos son en realidad buenos y llenos de sentimiento y energía. Los de los retratos, son ciertamente maravillosos. Pero Mr. BOLET debe venir á estudiar; él no puede adelantar más allí en donde está, ó al menos, está perdiendo un tiempo precioso. Un poquito de enseñanza aquí le pondrá sobre terreno firme."

"La cuestión de separarse RAMÓN BOLET del seno de su numerosa y amada familia era un problema de grave consideración; y el afrontar los grandes gastos de viaje, aprendizaje y subsistencia durante su separación de su esposa y ocho hijos, era una imposibilidad insuperable. Spencer, que conocía la extremada delicadeza de su protegido, lo allanó todo haciéndolo firmar un contrato, por el cual se comprometía BOLET á pagarle, en cuadros, sobre asuntos elegidos por Spencer, las sumas necesarias para los expresados gastos. Partieron juntos para Inglaterra; Ruskin recibió á BOLET con paternal cordialidad; le colocó en el Colegio de Oxford; le dio allí lecciones personalmente y á poco ya no era de Profesor á discípulo que le trataba, sino de amigo á confidente, de padre á hijo.

"Cuando BOLET resolvió regresar á Venezuela, sometió al examen de Spencer la cuenta minuciosa de cuanto había éste invertido en él y suplicó á su familia en Caracas; y le exigió le diese los asuntos para comenzar los cuadros con que debía saldar aquella larga acreencia, cual estaba convenido en el contrato. Spencer leyó detenidamente el apunte aquel, y luégo, como si lo hiciese distraído y pensando en otra cosa, redujo á pedacitos el papel. BOLET, sin saber á qué atenderse, le miró sorprendido y sonrojado. Spencer le abrazó diciéndole: "Perdone usted, amigo mío; yo he usado de un artificio para traele á Inglaterra. Si yo le hubiera dicho á usted lo que ahora hago, usted no habría consentido en venir, y Venezuela se habría quedado sin la gloria de un artista más. Usted no me debe nada. Le prohibo dar una sola pincelada para mí. Sea para otros su gran talento; yo me conformo con la conquista de su gran corazón."

"De regreso para Caracas, RAMÓN BOLET visitó en Manchester á algunos negociantes en pinturas, y al mostrarles una tirilla de papel en que el eminente Ruskin le daba su opinión sobre las obras que le había visto hacer en Oxford, los traficantes le ofrecieron, sin más examen, comprarle todo cuanto él pintara en varios años.

"Un porvenir de gloria y de comodidad se le presentaba á aquel joven artista. Iria á París, á Italia, á España, á recibir las últimas inspiraciones del gran



MEDALLA CONMEMORATIVA. — GÉNOVA 1892

de delicadeza, en algunos detalles del ropaje. De bajo de esta estatua aparecerán bajos relieves sobre la vida de Cristóbal Colón en lo tocante al descubrimiento de América, que sintetizarán la tendencia política, social y humanitaria del monumento, según el propósito de sus autores.

Encima de la estatua de la Isla Española, á manera de doselete, se alzarán aristones enlazados por una clave decorada con gabletes rematando en una especie de corona con la esfera del Nuevo Mundo y encima de ella la estatua de la Libertad, en bronce. Cuatro grandes pináculos con elementos decorativos alusivos al fin del monumento, como las tres carabelas de la primera expedición, la corona de Isabel I y la cruz por término, rodearán la mencionada estatua y completarán el magnífico conjunto del sepulcro.

La medalla.—Es conmemorativa de la celebración en Génova en 1892, del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Lleva en el anverso, en el centro, la efigie de Cristóbal Colón; á los lados está representada simbólicamente la Europa tendiendo la mano á la América. En alto, por encima del globo, está trazado el viaje realizado por Colón; por debajo, aparece, como alzando el vuelo, el Águila, símbolo del progreso americano. Los frutos del descubrimiento, simbolizados en el reverso, están representados por indígenas americanos admirados ante el espectáculo del desenvolvimiento y de la prosperidad que ha alcanzado la América en el discurso de cuatro siglos. La figura de la Civilización se cierne en alto circundada de genios; en el fondo aparece la perspectiva de los grandes capitales; y al rededor están los escudos de todos los Estados de ambas Américas.

Descubrimiento de Costa Firme.—El señor Pedro Ezequiel Rojas, siendo Ministro de Relaciones Exteriores, encargó en febrero de 1893 al célebre artista venezolano señor Arturo Michelena, que por desgracia se halla hoy en el lecho del dolor, la ejecución de este cuadro cuya copia damos hoy, para que sirviese de modelo al sello de correo conmemorativo del 4º Centenario del descubrimiento de América y de la concurrencia de la República á la Exposición Nacional Colombina.

El sello, tiene forma cuadrilonga, mide treinta y seis milímetros de largo por veinticinco de ancho y, sobre fondo violeta claro, representa la escena del desembarco de los subalternos de Colón en las costas de Venezuela, el año de 1498. En la parte superior, además de llevar la cifra significativa del precio, el año del Descubrimiento de América y del Cuarto Centenario, dice: "Correos de Venezuela," y en la parte inferior: "Descubrimiento de la Costa Firme, 1498."

Grabados antiguos.—Los que reconstruyen escenas de la época de la conquista ilustran los sucesos narrados por el Benemérito Fray Bartolomé de Las Casas y de los cuales insertamos un fragmento en el presente número.

A la salida de Colón del Puerto de Palos.—A la bondad del Honorable señor R. T. C. Middleton, á quien agradecemos su atención, debemos el poder presentar la copia de la acuarela del malogrado artista venezolano Ramón Bolet. Poco conocido entre nosotros mismos el distinguido pintor, nos es grato reproducir á continuación algunos párrafos del artículo que le consagró Bolet Peraza en los días de la Exposición Colombina de Chicago, donde se exhibieron varias obras de su distinguido hermano.

de arte antiguo; trabajaría para llenar las órdenes que le llegaban á empeñar todo su tiempo y á prometerle una fortuna. Pero la muerte dispuso otra cosa, y se lo robó á la Patria y á la Fama. Pocos momentos antes de morir nos rogó le abriésemos de par en par una ventana de su alcoba, desde donde podía ver el patio sembrado de rosales y un pedazo de cielo. Los rosales estaban cuajados de alejandrías; el cielo parecía una inmensa pincelada de cobalto. "¡Qué hermoso!" exclamó suspirando el artista moribundo.

"Y tuvimos que secarle su última lágrima!"

Boeto para un monumento á Cristóbal Colón.—Por ser de oportunidad publicamos con agrado el estudio de la Casa de J. Rovérsi é hijo, ejecutado en mármol por el escultor Bozzano. Dicho trabajo es una nueva prueba de que la citada casa se esmera cada vez más por corresponder al crédito de que justamente disfruta por las muchas obras con que ha embellecido á Caracas en plazas, jardines, cementerios y edificios públicos y particulares.

Tamayo y Baus

Al decir de Jacinto Octavio Picón, no exageramos al colocar el nombre de Tamayo junto á los de Shakespeare, Molière y Calderón: *Jorik*, puede ser hermano de *Otelo*; la *Cecilia*, de *Lo positivo*, y la *Alicia*, de *Un drama nuevo*, andan por los espacios de la memoria tan vivos como la *Agnés* de *La escuela de las mujeres* y la *Cordelia* de *El rey Lear*. Por instinto privilegiado, por perspicaz observación ó por ambas cosas á la vez, Tamayo fue un creador de mujeres. Las de sus dramas retratan casi todas las faces del alma femenina: *Virginia*, la castidad que llega al heroísmo; *La rica hembra*, la honestidad elevada á suprema ley de vida; *Doña Candelaria*, de *Lances de honor*, la mansedumbre cristiana; *Adelaída*, de *Los hombres de bien*, la desordenada violencia del orgullo; *Cecilia*, de *Lo positivo*, la frialdad del egoísmo vencido por la cordura; *Clara*, de *La bola de nieve*, la ciega vehemencia de los celos; *Alicia*, de *Un drama nuevo*, la pasión que puede ser culpable sin hacerse aborrecible; y *Doña Juana*, de *Locura de amor*, el amor sin límites, tan profundo que ni con la muerte del amado se acaba, tan soberano que hasta se sobrepone á la razón y la turba para que jamás el olvido pueda enseñorearse de ella.

La Martínez Casado, la Calderón y la Contreras—recordamos las cumbres—nos han hecho conocer de modo notable las mujeres de Tamayo, especialmente la Martínez Casado en *Virginia*, cuya sombra se pasea en la escena del *Municipal* como la viva encarnación de la Tragedia.

Cuadro de Murillo

Esa tela evoca al pintor original, alejado ya del estilo y manera de Van Dyck, desprendido completamente de la influencia de los maestros que imitó en sus comienzos, cuando, peregrino en Madrid, Moya y Velázquez le abrieron derroteros á su prodigiosa inspiración.—El Louvre conserva algunas de sus célebres obras; pero casi todas las demás las guarda con veneración Sevilla, la tierra de su nacimiento.

La Cancionera

La alegoría de Maclise tiende á despertar en la memoria el recuerdo de las canciones que arrullan los sueños de la infancia y son para la adolescencia la música del amor y la esperanza.

Las bodas de Cana

En las galerías del Louvre se conserva este maravilloso cuadro del Veronés. Consta de 130 figuras, que son la mayor parte retratos de personajes célebres, y se estima como una composición prodigiosa de arte, de riqueza y de una incomparable magia de colores. El Guido decía que si tuviese que elegir entre todos los pintores, él querría ser el Veronés.

El Pico de la Candelaria

El grabado ilustra el artículo intitulado *Primera ascensión al Pico de la Candelaria*, firmado por nuestro distinguido colaborador el señor F. de P. Alamo, á quien EL COJO ILUSTRADO debe algunos trabajos científicos.

En el jardín de un manicomio

La tela de Bézau, de una realidad desconsoladora, conmueve hondamente y lleva nuestra alma á compadecerse de los infelices que han perdido la razón. Si no sintieran, si no sufrieran, la mejor vida sería la de los dementes; pero nuestros corazones nos dicen que no son ajenos al dolor, porque la sola presencia de ellos nos hace sentir y sufrir. El corazón no finge desgracias; solloza cuando efectivamente las contempla.

Un trago fresco

Con frecuencia ilustramos estas páginas con las pinturas de Max, justamente celebradas por la crítica europea.—La que ofrecemos hoy se insinúa amablemente.

Maracay

Heinos agrupado en un sólo grabado varias vistas de esta comarca, que representan sitios agrícolas, que son la base de su prosperidad.

En el campo

Adviértese en el paisaje de Janssen aquel amor con que los antiguos griegos y romanos se dedicaron al cultivo de la madre tierra. Ceres ofrece á la pintura motivos que placen á los espíritus enamorados de la naturaleza. Hay un gran caudal de poesía en la leyenda de Triptolemo que da en su reino de Eleusis hospitalidad á Ceres y después de haberse iniciado en los misterios de la diosa, se dedica á enseñar la agricultura á los habitantes del Africa.

SUETOS EDITORIALES

Josefa Martínez de Morales.—Su fallecimiento no es sólo una pérdida irreparable para el esposo amantísimo y los hijos desolados: constituye al propio tiempo una dolorosa efeméride para el hogar venezolano, especialmente para la culta sociedad de Caracas, donde por méritos propios y ejecutorias de abolengo era querida y venerada.

Recogieron su último suspiro los seres más caros á su alma, quienes agotaron todos los recursos de la ciencia y del carifio para devolver la salud á su quebrantada naturaleza: junto á su lecho de muerte se dieron cita cuantos supieron apreciar las excelencias de su índole, la bondad de su carácter, la sencillez de sus costumbres, su trato culto y simpático, su corazón abierto á todo sentimiento generoso; y cuando su cadáver fue conducido á la última morada, numeroso cortejo acompañó el ataúd, oculto entre las ofrendas que el afecto y la amistad consagraron en tan tristes momentos á la grata memoria de la que, como tierna compañera y madre abnegada, ilustró la sociedad en que vivía con la práctica de sus virtudes eximias.

La muerte es un paso donde todo cambia para engrandecerse,—dice Hugo;—en la tierra hay límites, hay expulsiones; allá arriba crecemos sin molestar al infinito. Ensúncese en las radiosas alturas el alma de la santa mujer, cuya eterna ausencia lamentamos; derrame el cielo bálsamo de amor en las heridas que sufren el esposo y los hijos desolados; y crean que compartimos con ellos y sus deudos la justa, amarga pena que abre en sus corazones la fuente de las lágrimas.

Instituto Nacional de Bellas Artes.

Los exámenes de música y canto se efectuaron ante selecto auditorio de damas y caballeros quienes, á una voz, se complacen en manifestar que los progresos del Instituto preparan para próximos días la más brillante era artística que haya tenido Venezuela. Al trascribir esta opinión, con la cual estamos completamente de acuerdo, consideramos también, en primer término, las obras de pintura, escultura y arquitectura con que nuestros nacientes ingenios han logrado probar su inteligencia y aprovechamiento.

Aunque el espacio de que disponemos en esta sección nos obliga á la síntesis, no eludiremos, empero, el grato deber de citar los nombres de los alumnos que se han distinguido en los exámenes, por que ello constituye un acto de justicia, al propio tiempo que satisface una de las aspiraciones de EL COJO ILUSTRADO, cual es la de estimular la actividad de las inteligencias que propenden al brillo de la cultura nacional.

Niños son Félix y Luis Ayala, José Boccardo, Santiago Santana, Adolfo Montero y José María Aleaga. Los primeros llamaron poderosamente la atención del público en la ejecución de un quinteto de violines y violoncello; y el último arrancó tantos aplausos, como notas á la flauta en que tocó la fantasía de *Ione*.

Distinguiéronse notablemente las señoritas Lastenia Pachano y Rosario Arroyo, como alumnas de la escuela de canto; y entre las de la clase de piano la señorita María Teresa Silva, en primer término, y luego las señoritas Belén Porras, Avelina García y Amelia D. Arvelo.

El tercer acto de *Fausto*, último número de los exámenes, cantado por las señoritas Lastenia Pachano, Guillermina González y Socorro Machado, y los señores David García y M. V. Muñoz, produjo el mayor entusiasmo en el auditorio, que, justiciero, distribuyó sus aplausos entre los alumnos y los maestros, citándose entre éstos á la señora Rosa de Basalo, señorita Budriesi y señor Andreoli, quien redobla sus esfuerzos en el sentido de hermanar

su reputación con el buen nombre del Instituto.

Conservamos las más gratas impresiones de la exposición de Pintura, Escultura y Arquitectura. Sin amenguar el mérito de las otras telas, hacemos especial mención de los cuadros que representan un efecto de lámpara, dos niñas recogiendo flores, un viejo en una azotea y una lavandera.

En la escultura, el espectador se detiene á admirar la estatua de Colón, que es una obra de mérito sobresaliente. Después de ésta, son dignas de citarse, porque revelan encomiables esfuerzos, las estatuas de Urdaneta, Bermúdez y Ricaurte.

Al concurso arquitectónico, cuyo tema fue el de un proyecto de Pabellón Venezolano para la Exposición Universal de 1900, se presentaron cinco planos. Junto con éstos figuran los de un edificio para Academia de Bellas Artes y otro para el Ministerio de Correos y Telégrafos.

Parte muy importante de la exposición es la de los estudios anatómicos, que como se sabe, son la base de las artes plásticas. Los trabajos en este ramo aparecen en número considerable y muchos llevan el sello de la corrección y de la verdad científica.

Escribimos este suelto antes de que el Jurado haya dictado su veredicto. Al conocerse el fallo, nos será satisfactorio hacer eco de los triunfos que señale, y presentar copias de las obras laureadas.

Para todos los profesores del Instituto nuestros parabienes más cordiales; y para Mauri, su Director, las alabanzas que reclama su competencia y contracción.

El "Venezuela."—El 21 del mes próximo pasado arribó por primera vez al principal puerto de la República el nuevo vapor de la Compañía *La Veloce*, lanzado al agua el 8 de junio último en el astillero Odero, ante selecta concurrencia de damas y caballeros, que presenció el espectáculo en palcos contruidos al efecto.

El distinguido caballero que en esta ciudad tiene á su cargo la Agencia de la Compañía, señor José Boccardo, se propuso celebrar con un acto simpático el arribo de *Venezuela* y con tal fin el comandante del buque, señor Miguel Motta, organizó á bordo un magnífico *lunch*, en el cual, previa invitación del referido Agente, fuimos representados por nuestro colaborador y amigo señor doctor J. M. Núñez de Cáceres, quien regresó gratamente impresionado de la afabilidad del Comandante y de las excelencias del buque, opinión que está de acuerdo con la manifestada ya por nuestros compañeros en la prensa.

El *Venezuela* reúne grandes ventajas para los pasajeros y para la conducción de mercancías. Construido por el tipo del *Centro América*, de la misma línea, mide 103 metros de largo por 8 de altura en el centro; desplaza 6.000 toneladas y tiene un andar de 16 millas por hora. Los camarotes de primera y segunda clase son inmejorables, los salones están ricamente ornamentados, y el comedor, situado sobre cubierta, mide 14,50 metros de largo por 8,50 de ancho.

"La Religión."—El 17 del mes próximo pasado entró este distinguido colega en el noveno año de su existencia. Rinde así una nueva y feliz jornada en servicio de la doctrina católica que, indudablemente, ha cobrado mayor prestigio en la sociedad venezolana debido á la ilustración y esfuerzos del colega en aquel sentido.

Le enviamos nuestros parabienes muy cordiales.

Isabel Ruiz.—El cariño y la amistad regaron con lágrimas las flores que embellecían su lecho de muerte; y seguido de inmenso cortejo fue conducido su cadáver á la última morada. De ese modo se rendía culto á la vir-

tud y á las acciones ejemplares. Vivió largos años; y, blanca y pura, como el ala del cisne, su alma no llegó á mancharse con el fango de las pasiones.

Al dedicar un sentido recuerdo á su memoria y llevar nuestra voz de condolencia al hogar donde era lazo de los más puros sentimientos, nos asociamos particularmente á la afición de su hermano, el señor doctor Miguel R. Ruiz, caballero de todo nuestro aprecio.

Nuevo plantel.—En atenta s- que la nos anuncia el conocido instructor señor Miguel Angel Granado la próxima apertura del "Colegio Pestalozzi," en el cual se promete dar á conocer los mejores sistemas de enseñanza primaria, especialmente el "oral y objetivo de cosas," que le ha dado favorables resultados en su larga práctica profesional.

Deseamos el mejor éxito para el nuevo plantel educacionista.

Manuel Ignacio Núñez.—Presentamos nuestro más sentido pésame al Pbro. doctor Buenaventura Núñez por el sensible fallecimiento de su joven hermano, quien por sus prendas personales prometía á la familia días venturosos.

Miranda en la Carraca.—El señor Julio Carrera exhibe modelada en cera la trágica escena que representa el martirio del noble girondino precursor de nuestra emancipación.

Copia del conocido lienzo de nuestro inmortal Michelena, la obra de Carrera ha sido ejecutada con entera fidelidad é inteligencia. ¡Cuántas ideas melancólicas conturban el ánimo al contemplar la pálida tez de aquel eminente ciudadano á quien calificó la duquesa D'Abrantés como el alma de la Gironda moribunda!

Meritorio siempre es presentar á las generaciones el recuerdo de los grandes hombres, para que la idea del ejemplo fecundo vigorice nuestros dormidos corazones y estimule las energías generosas.

Felicitamos al señor Carrera por el buen éxito obtenido y le auguramos muchos triunfos para el porvenir.

Fermín Toro.—En este número traemos á la sección de *Páginas olvidadas* el brillante prólogo que á la obra de Juan Vicente González, *Manual de Historia Universal*, hizo preceder el eminente estilista y orador, don Fermín Toro, honra y prez de la tribuna y de la patria. Parécenos innecesario llamar la atención de nuestros lectores acerca de este hermoso fragmento, gala de las letras venezolanas, digno frontispicio del monumento que González levantó á los estudios clásicos; acaso una de las recomendaciones que con más bizarría se adelanta á disputar mérito y belleza á lo expuesto y loado. A los párrafos del cantor de España, se hermanan en mérito los vibrantes del prologuista ilustre.

Gustavo Gosewisch.—Comenzaba á vivir y ya había dado las primeras pruebas de un claro talento y corazón generoso, cuando la muerte lo arrebató á los afectos que abrigan por él las más risueñas esperanzas. Si nos acogieramos á la sentencia de los antiguos griegos, podríamos afirmar que fue un amado del cielo, porque abandonó el mundo al sentir en su frente las primeras alboradas de la adolescencia.

Por tan dolorosa pérdida reciban nuestro más sentido pésame las familias Gosewisch, Castillo y Castillo Coronel.

Asilo de Huérfanos.—En la mañana del 24 de julio último celebró el Asilo de

"Esta es mas barata . . .

. . . y tan buena como la de Scott." Tales palabras son una confesión tácita aunque involuntaria de que la Emulsión de Scott es la única que produce los resultados deseados. De todas las emulsiones de aceite de hígado de bacalao, solamente la Emulsión de Scott es perfecta. Cerca de treinta años de experiencia en la exclusiva tarea de prepararla, nos permiten hacer esta afirmación. Rechácense todas las demás que pretenden ser "tan buenas como" ó "más baratas que la de Scott." Hay algunas que dicen ser "análogas á la de Scott" ó hechas "según la fórmula de Scott." Todo eso es erróneo por no calificarlo de otro modo.

La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa. Es un excelente tónico, creador de carnes, y purificador de la sangre. Cura las afecciones de la garganta y pulmones, el asma, la escrófula, la anemia, la clorosis y la debilidad general. No tiene rival para los niños raquíticos.

Para impedir que el público sea engañado con las imitaciones y falsificaciones, cada frasco lleva la contraseña del hombre con el bacalao á cuevas adherida al envoltorio. Rechácense las imitaciones y sustitutos, así como también las "preparaciones" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. Recuérdese que sólo hay una verdadera Emulsión de Scott.

De venta en las Droguerías y Farmacias. SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.

Huérfanos, con la pompa acostumbrada, el vigésimo aniversario de su fundación. La prensa diaria ha dado cuenta de todos los actos verificados, en los cuales la poesía y la elocuencia exaltaron el sentimiento de la caridad.

Felicitamos al fundador del Asilo, nuestro respetable amigo señor doctor Agustín Avelardo, porque esas fiestas llevan á su alma la recompensa de sus afanes y desvelos encaminados al bien.

"Armonías del Avila."—Un nuevo obsequio debemos á la galantería de nuestro colaborador y amigo Salvador N. Llamozas, quien para bien del arte musical en Venezuela, se ha dedicado últimamente á compilar en preciosas ediciones las bellas obras de nuestros compositores y maestros. El envío que hoy tenemos que agradecer al bondadoso amigo laureado en justas literarias y artísticas, constituye un elegante álbum en el cual aparecen quince piezas para canto, piano y recitación. Cuatro damas concurren con celebradas composiciones á la formación del álbum, que lleva el mismo título de este suelto: Teresa Carreño, María Montemayor de Letts, Isabel Pachano de Mauri y la señorita Adina Manrique. Firman las otras producciones los señores Azpurúa, Calcaño (Eduardo,) Delgado Palacios, Manuel E. Hernández, Felipe Larrazábal, Llamozas, Montero y J. M. Suárez.

Aplaudimos la labor emprendida por el señor Llamozas.

"Hacia la muerte."—Lleva este título la novela que acaba de terminar nuestro colaborador y amigo señor doctor Pedro César Domínicí, actualmente Cónsul General de Venezuela en Roma.—Sabemos que ha empleado cuatro meses en escribir esta obra que se divide en tres partes, y cuya escena se desarrolla en París con personajes franceses y americanos. Antes de publicarla, dará á conocer otro capítulo en EL COJO ILUSTRADO. Hoy insertamos el capítulo IV.

Conocidas las brillantes aptitudes del joven literato, y dados los conocimientos que tiene del medio social donde se desenvuelve la acción de su novela, es de esperarse que ésta acentuará de modo muy lisonjero la reputación de su autor.

"Quo vadis."—La crítica inglesa que, como se sabe, es parca en materia de elogios, por más que la justicia los reclame, consagra á esta nueva obra las mejores referencias. Su autor, el insigne novelista polaco Henryk Sienkiewicz, evoca en ella una época que llena de luz y de sombra los do-

minios de la historia. La tendencia á reconstruir el pasado remoto ha producido triunfos insólitos en la novela moderna. *Salambó*, que inició el procedimiento, es obra que no muere. Así como la obra de Flaubert reconstruye á Cartago, *Quo vadis* reconstruye la Roma de Nerón. La época ofrece distintos puntos de vista á la observación artística y el novelista polaco los aprisiona en su obra como en lente maravilloso.

Debido á la galantería de nuestro amigo y colaborador señor doctor Angel César Rivas podemos ofrecer á nuestros lectores un capítulo de la novela de Sienkiewicz. Esa traducción al castellano es la primera que se publica.

Administración General de Correos.—Hemos recibido la siguiente nota:

"Caracas: 25 de julio de 1898.—Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.—Presente.—Muy señor mío.—Tengo el gusto de participar á usted que mañana se abrirá al público, en el Ferrocarril de La Guaira á Caracas, el nuevo servicio que se denominará "*Correo ambulante de última hora entre Caracas y La Guaira*" y que será atendido con esmero y eficacia y en la misma forma del que está establecido en el Gran Ferrocarril de Venezuela.

Se advierte que la correspondencia deberá depositarse suficientemente franqueada.—Soy su atento servidor, G. Terrero-Atienza."

El señor Gustavo Terrero Atienza hace plausibles esfuerzos por ordenar cual corresponde las oficinas de su cargo; le felicitamos cordialmente por los resultados que ya se notan.

Guillermo Santana.—Después de larga y penosa enfermedad falleció el 26 de julio último el señor Santana, antiguo y acreditado comerciante de esta plaza, miembro de una familia distinguida y padre de otra digna del aprecio y consideraciones de que disfruta en nuestra culta sociedad. El señor Santana heredó y supo conservar el nombre que sus antepasados ilustraron en la dignificante labor del trabajo ejercida con perseverancia y probidad. Sufrió y murió con santa resignación, como cumplía á un varón justo.

Reciba su atribulada familia la expresión de nuestra más sentida condolencia.

Folleto recibido.—Exposición del Secretario general de Carabobo.

Defensa en tercera instancia de la Compañía Tránvia Bolívar, en la demanda seguida contra ella por el señor doctor Eduardo Frías, sobre indemnización de perjuicios, por el doctor Ramón F. Feo.

Incidente del Cuyuní, por D. A. Sifontes.
Enriquecer al pobre, tres artículos en defensa de la propiedad, por Pedro P. Montenegro.
 Damos las gracias á los señores remitentes.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

Los más afamados médicos reconocen los méritos de la Emulsión de Scott.

Arecibo, Isla de Puerto Rico.

Si la experiencia de algunos años de práctica médica puede tener algún valimiento, nadie se extrañará que en ella funde mis aseveraciones cuando se trata de emitir una opinión sobre un medicamento que he usado con extraordinaria frecuencia. Me refiero á la Emulsión de Scott. La perfecta unión de los componentes, el agradable sabor que determina lo bien que se conserva mientras se está empleando, y sobre todo las importantes indicaciones médicas que llena, son su mejor y más segura garantía.

Por esa razón aun en las enfermedades al parecer más incurables como la *tisis*, las *caquexias*, las *escrófulas*, las *anemias*, el *raquitismo*, la *debilidad general*, la *falta de desarrollo* en las mujeres y en los niños y otra larga serie que sería prolijo enumerar, se ve que esta sustancia opera verdaderos milagros, y que los enfermos que, por decirlo así, se hallaban á las puertas de la muerte, se transforman de pronto adquiriendo fuerzas, robustez, color, animación, salud, en una palabra, que acredita cada día la justicia de la fama y del inmenso crédito de que tan útil preparación goza en todo el mundo.

DR. RAFAEL DEL VALLE.

Ex-Médico Titular y de Sanidad Marítima de Arecibo, Puerto Rico, Comendador de la Real y Distinguida Orden Americana de Isabel la Católica, de la Española de Carlos III, de la civil de Beneficencia, de la de Mérito Militar de segunda clase, etc.

SANCRE PURA

es la fuente de buena salud.

La Zarparrilla

del Dr. Ayer

**Hace Sangre Pura,
 Fortalece los Nervios,
 Despierta el Apetito,**

*Quita aquel Conocido Cansancio
 y Hace Llevadera la Vida.*

Millares de personas han declarado en pro de las virtudes curativas de la Zarparrilla del Dr. Ayer. Sus cartas llegan diariamente por el correo. No son meras teorías, pues todos los comunicantes aseveran que la Zarparrilla del Dr. Ayer les curó.

Mujeres presa de debilidad y cansancio

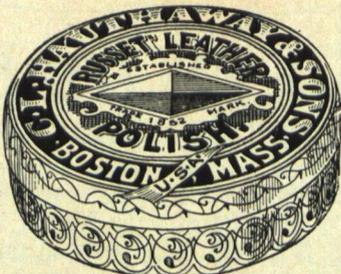
que han tenido que guardar cama, acongojadas por una infección escrofulosa y extenuadas, que padecían de enfermedades propias de su sexo, escriben agradecidas, de haber sido perfectamente curadas. Aquellos que desean aprovecharse de su experiencia y ponerse sanos y fuertes, tomen la

Zarparrilla del Dr. Ayer

el gran restaurador de fuerzas y depurativo de la sangre.

PREPARADA POR

Dr. J. C. Ayer & Ca., Lowell, Mass., U. S. A.



**PATENTE DE HAUTHAWAY
 PARA PULIR CUEROS**

Sencillemente usado es una patente para volver los zapatos de cuero nuevo. Muy útil para dar lustre á las cajas de piel.

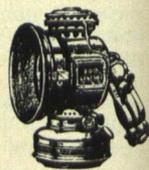
SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

EL 1898 20th Century OJO

LÁMPARAS PARA BICICLETAS DE PASEO
 De Níquel Platado,
 Pequeñas, Bonitas y Duraderas.

Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



Las mejores del mundo.



20th CENTURY CICLOMETROS. 10.000 Kilometros.

20th CENTURY MFG. COMPANY, 17 Warren St., N. Y., U. S. A.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
 Ministro de la Guerra, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

ROY. CHAS. H. PARK HURST,
 Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se Vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

Sozodonte
 PARA LOS
 DIENTES Y EL ALIENTO.

Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.

El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

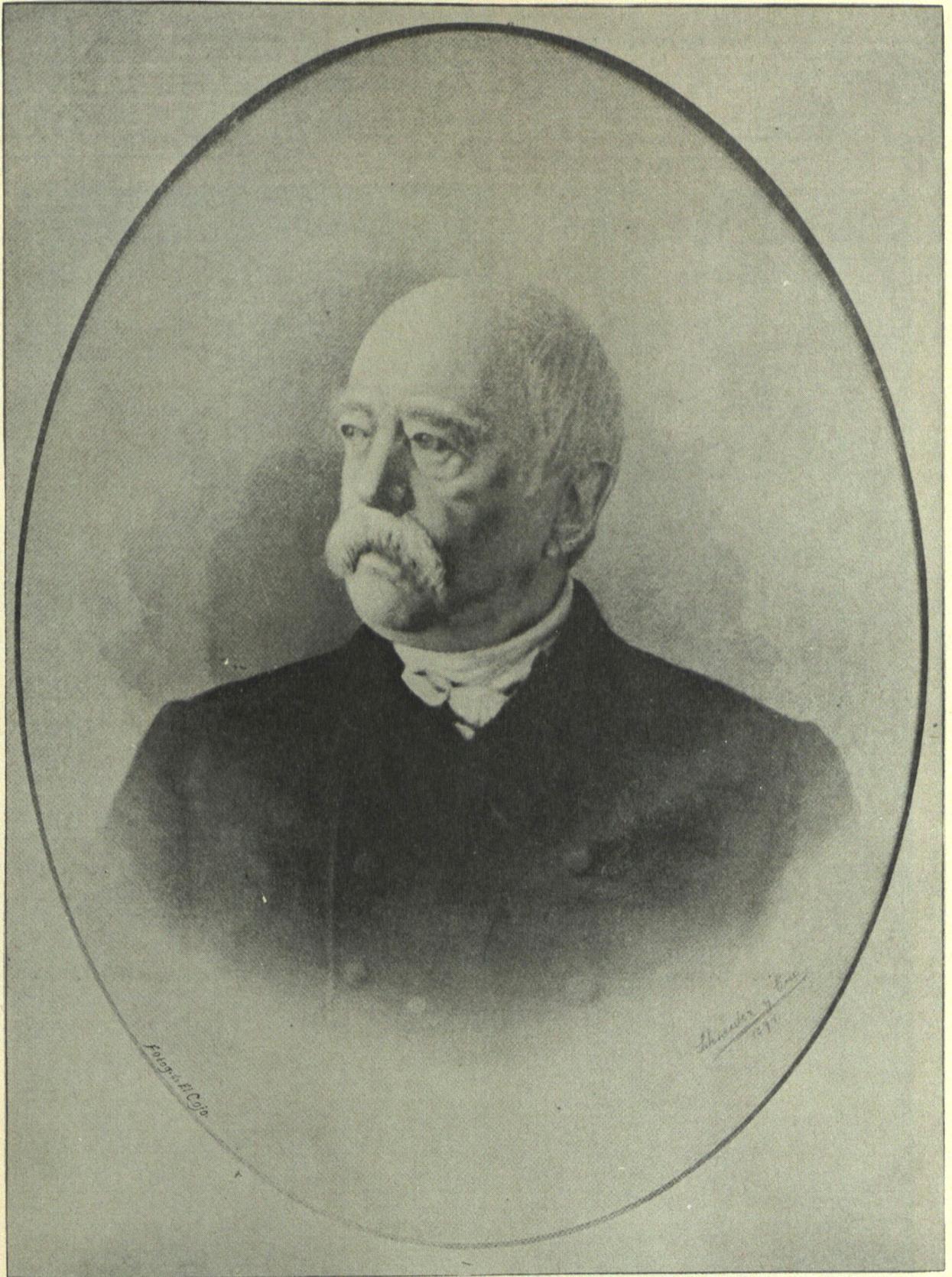
"SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedid por tarjeta postal la "Dentistería Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.





EL PRINCIPE DE BISMARCK
† el 30 de Julio de 1898